

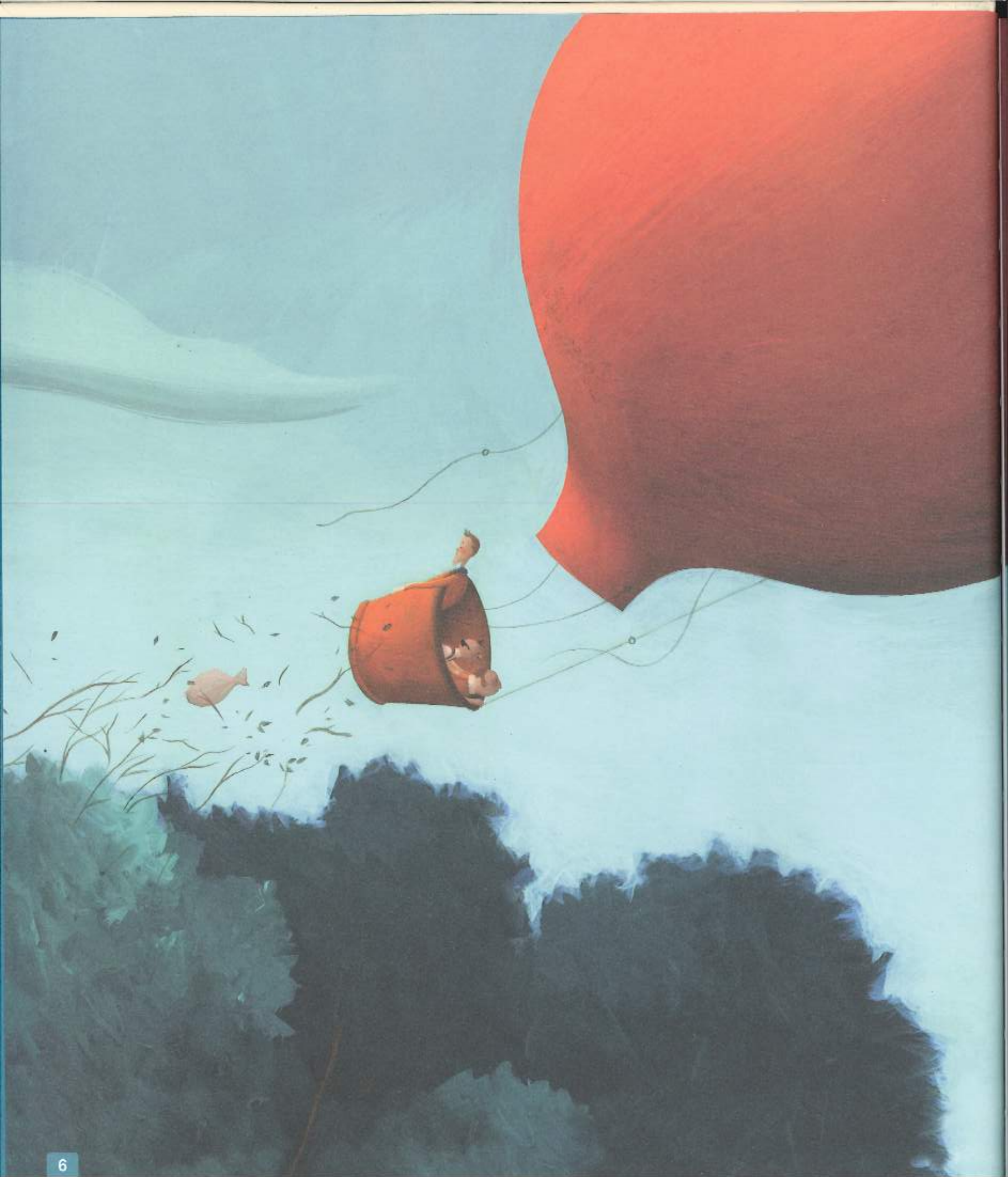
Los viajes
Fantásticos
de
Julio
Verne







Adaptación de Claude Carré
Ilustraciones de Éric Puybaret
Traducción de Marcela García Henríquez





ÍNDICE

Cinco semanas en globo	8
La vuelta al mundo en ochenta días	38
Alrededor de la Luna	68
Viaje al centro de la Tierra	90
Veinte mil leguas de viaje submarino	118



Cinco semanas EN GLOBO

Ese 14 de enero de 1862, un numeroso público asistió a la conferencia de Samuel Fergusson en la Real Sociedad Geográfica de Londres. Era un hombre de unos cuarenta años que transmitía un aire de calma y aplomo. A los veintidós años, ya había dado la vuelta al mundo.

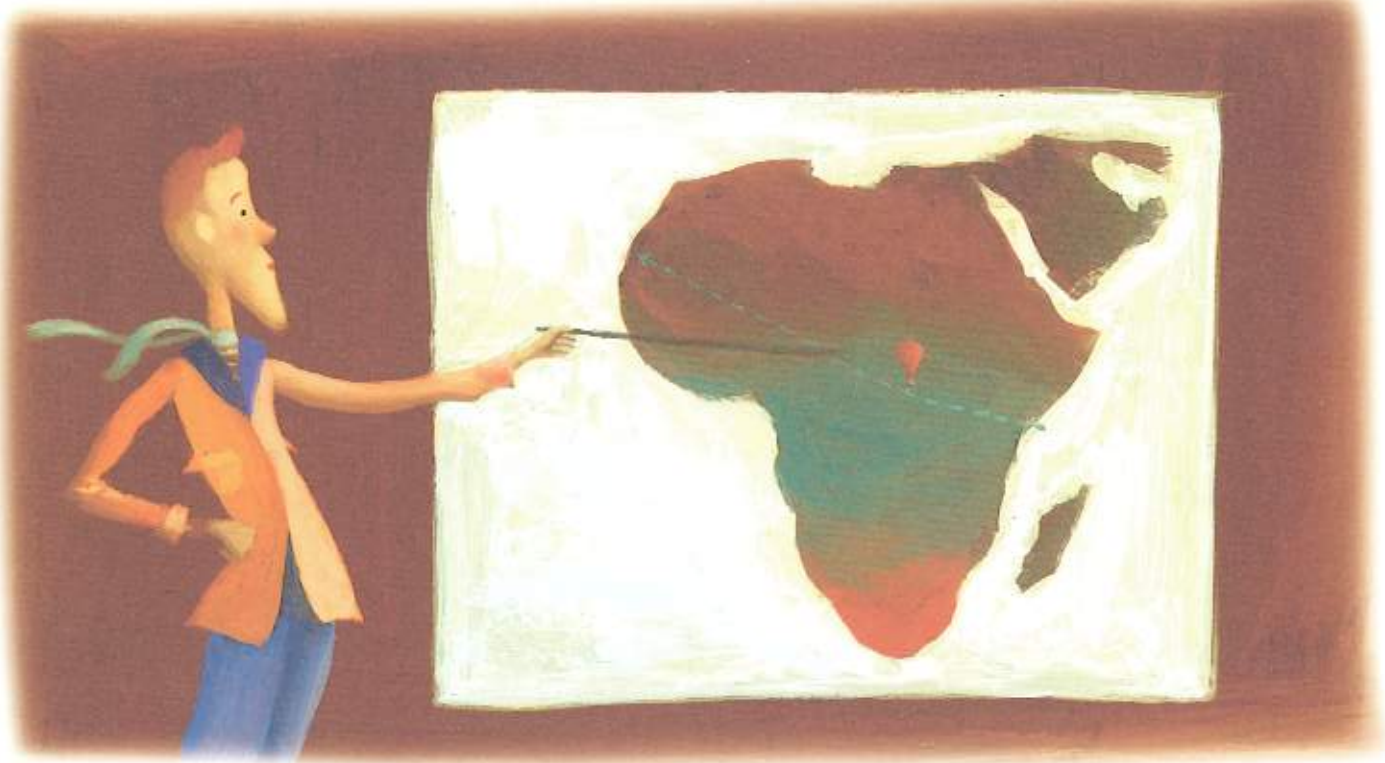
Pertencía a la escuela de los que prefieren invertir su tiempo en descubrir más que en disertar. No obstante, ese día, tenía que comunicar una noticia muy importante:

—Señoras y señores, queridos colegas, como ustedes saben, estoy admirado con las expediciones de mis compatriotas en búsqueda del nacimiento del Nilo...

Se escuchó un murmullo entre los asistentes. ¿De qué hablaba Fergusson?

—Por eso, en las próximas semanas, me propongo volver a recorrer el camino de mis predecesores... ¡Pero por vía aérea! El punto de partida será la isla de Zanzíbar. Atravesaré el África de este al oeste... ¡En globo!

El salón retumbó con las risas burlonas y los gritos de entusiasmo de los presentes. Sin embargo, hasta entonces, nada le había impedido llevar a cabo sus proyectos. Hecho el anuncio, regresó a su casa y comenzó con los preparativos. Muchos diarios publicaron la noticia; algunos describían la naturaleza de los obstáculos que encontraría y las ventajas de viajar en globo; otros no daban un centavo por el éxito de la expedición.



Más de un audaz aventurero se presentó al doctor con el afán de compartir la gloria por venir, y más de un ingeniero quiso proponerle sus inventos. Pero Samuel Fergusson rechazó a los unos y los otros, pues ya tenía un plan respecto de quien lo acompañaría en sus aventuras.

El doctor tenía un solo amigo: el franco y resuelto Dick Kennedy, un escocés obstinado y un poco colérico, a la vez que fiel y fortachón. Tras leer las noticias que anunciaban el insensato proyecto del doctor, Dick corrió hasta la estación para tomar el tren a Londres.

Al llegar a la casa de Fergusson, tocó cinco veces a la puerta de su amigo, quien parecía estar esperándolo:

—¡Adelante, Dick!

—Samuel... ¿Acaso es cierto lo que dicen los periódicos? ¿Realmente piensas atravesar el África en globo?

—Ven, siéntate, pareces un poco nervioso.

—¿Nervioso? ¡Más bien estoy preocupado por ti!

—No partiría sin antes avisarte. ¡Lo sabes!

El doctor Fergusson condujo a su amigo hasta el salón donde los esperaban una gran tetera y una bandeja llena de bizcochos. Dick Kennedy contemplaba a su amigo con la boca abierta, no podía salir de su asombro.

—En realidad, quisiera que vengas conmigo —dijo el doctor.

El escocés dio un salto digno de un mono.

—¡Pero tu proyecto, querido Samuel, es imposible, resulta totalmente impracticable!

—¿Hablas en serio?

—Eso lo veremos después de haberlo intentado —respondió el doctor Fergusson mientras servía dos tazas de té hirviendo—. Los obstáculos se han inventado para ser vencidos. En cuanto a los peligros, ¿quién puede evitarlos en esta vida?

La animada discusión prosiguió hasta que Dick Kennedy le preguntó a su amigo:

—Pero, en fin, si te empeñas en atravesar el África, ¿por qué no sigues las rutas ya conocidas?

—¡Porque hasta ahora todas las tentativas han fracasado! ¡Porque desde Mungo-Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, que desapareció en el Wadal; desde Oudney, muerto en Murmur, y Clapperton, muerto en Sackatou; desde el mayor Laing, asesinado por los tuaregs, hasta Roscher de Hamburgo, degollado en 1860, todos perdieron la vida, la salud o la razón!

—Por eso se me ocurrió viajar por el aire —agregó—. Todo sería posible a bordo de un globo. Si hace mucho calor, lo hago subir; si hace mucho frío, lo hago bajar; si debo cruzar una montaña, tomo altura y paso sobre ella; si encuentro un precipicio, lo paso; si hay un río, lo atravieso; si se desata una tormenta, la domino... ¡Y el mapa de África se abre ante mis ojos en el gran atlas del mundo!

El escocés lo miró con inquietud, pero también con interés.

—¿Y cuándo tendrás todo preparado?

—El globo está casi listo. Parto dentro de una semana. En fin, quiero decir «partimos».

Una semana más tarde, en los muelles de Londres, se acomodaron las bodegas del *Resolute*, que recorría la ruta hacia el océano Índico, para embarcar el aerostato.

El *Resolute* era un barco de hélice de ochocientas toneladas, muy rápido, dotado con una armadura de hierro, anclas, diversos instrumentos de medición y una gigantesca vela de veinte metros de altura.



Puesto que todo eso era frágil, se lo condujo con precaución por la desembocadura del Támesis.

Samuel Fergusson, parado no lejos del barco, en el muelle, se dirigió a su amigo Dick Kennedy y le dijo:

—Ya lo ves, Dick. Este globo es doble, ya que hay uno pequeño dentro de otro más grande. De esta forma, si la superficie exterior del globo se perfora, podemos permanecer en el aire, gracias al otro globo que está en su interior.

—¡Ese es tu gran descubrimiento! ¡Qué buena idea! ¿Qué nos falta embarcar?

—La inmensa batería eléctrica, diez toneladas de ácido sulfúrico y muchos toncles de hierro viejo, así como agua y víveres suficientes para varias semanas.

En ese momento, un simpático personaje se acercó a los dos amigos:

—Señores, Buckingham informa que la reina envía sus mejores deseos de éxito en vuestro emprendimiento.

Fergusson tenía un criado, Joe, un hombre que siempre estaba de excelente humor y que respondía con diligencia las órdenes de su amo.

Todos los detalles de la existencia del doctor dependían de Joe, y confiaba ciegamente en él. Joe, por su parte, sentía una admiración sin límites por Samuel Fergusson. ¡Con qué respeto y confianza recibía sus decisiones! Aunque cortaran a Joe en pedazos, no lograrían modificar en lo más mínimo el concepto que le merecía su amo.

Así es que cuando el doctor decidió atravesar el África por el aire, para Joe la empresa fue cosa indiscutible. No había obstáculos posibles. Desde el momento en que Fergusson había resuelto partir, podía decirse que ya había llegado acompañado de su fiel servidor.

Pues para Joe, cosa era clara:

«¿Dejarlo irse solo? ¿Y quién se ocuparía de él cuando estuviese agotado? ¿Quién le daría una mano para ayudarlo a cruzar un precipicio?

No, estaré siempre al lado del doctor, esté donde esté.»

Al día siguiente, 21 de febrero, el *Resolute*, levó anclas, llevando en la bodega el acrostato más moderno del mundo y en cubierta a un incansable trío de aventureros británicos.

El viento, siempre a favor, empujó al barco hacia su destino, la isla de Zanzíbar, donde llegaron un mes y medio más tarde de zarpar de Londres.

El cónsul inglés en Zanzíbar recibió fraternalmente al doctor Fergusson y sus compañeros. Después le ofreció que se alojasen en su propia casa, una residencia en la costa de esta isla paradisíaca, separada por solo treinta kilómetros del continente.

Intuía que esta tranquilidad no duraría mucho. Los habitantes de la isla, que sabían que un grupo de cristianos deseaba volar por el aire, no estaban nada felices. Temían que los forasteros despertaran la ira del Sol y la Luna, ambos venerados por ellos.

Para que los nativos no se dieran cuenta, fue necesario inflar el globo detrás de los altísimos árboles de un bosque.

Y para poder producir hidrógeno, se necesitaron doscientos cincuenta litros de ácido sulfúrico, ocho toneladas de hierro y más de cuarenta mil litros de agua.

A las nueve de la mañana del día siguiente, los tres compañeros de ruta se instalaron en la barquilla del aerostato.

—¡Amigos! —gritó el doctor, quitándose el sombrero—. ¡Bauticemos a nuestra aeronave con un nombre que le dé suerte! ¡Llamémosla *Victoria*!

—¡Viva la reina *Victoria*! ¡Viva Inglaterra! —aclamaron Joe y Dick Kennedy al mismo tiempo.

Entonces, Samuel Fergusson abrió uno de los conductos de gas y encendió el soplete. El globo, que se mantenía junto al suelo en perfecto equilibrio, empezó a levantarse. Los marineros tuvieron que aflojar un poco las cuerdas que lo retenían, tras lo cual la barquilla se elevó unos diez metros.

—¡Larga vida al *Victoria*!

A las diez, mientras que en el puerto de Zanzíbar los cañones del *Resolute* disparaban una salva de honor, la majestuosa aeronave voló sobre la isla antes de partir rumbo a la costa oriental del continente africano.

El aire era puro; el viento, moderado.

La isla de Zanzíbar se ofrecía por completo a la vista y se destacaba en un color más oscuro, como sobre un vasto planisferio.

Los habitantes de la isla parecían insectos.

—¿No dicen nada? —preguntó Joe.

—Miramos —respondió el doctor, dirigiendo su telescopio hacia el continente, donde el río parecía una larga franja de espuma.



El criado no podría salir de su asombro. Aferrado con las dos manos al borde de la barquilla, observaba el paisaje.

—En cuanto a mí, tengo que decirlo. Esto es extraordinario, fascinante, maravilloso, inolvidable...

Al cabo de dos horas, el globo llegó hasta la costa, donde el viento soplaba más fuerte y golpeaba en la cara de los tres aventureros. El doctor prefirió descender a unos cientos de metros del suelo. La aeronave sobrevoló una aldea. Toda la población lanzaba aullidos de cólera y de miedo; los nativos dirigieron en vano algunas flechas a ese monstruo de los aires, pero no lograron dar en el blanco. Las flechas iban directo al globo, pero por suerte ninguna tuvo la fuerza suficiente para perforarlo. Los tres hombres disfrutaban de este espectáculo.

—¡Se acabaron las diligencias! —exclamó Kennedy.

—¡Y los ferrocarriles! —agregó Joe.

—¡No hay como un globo! —dijo el doctor con una gran sonrisa.

El *Victoria* voló sobre los campos cultivados de tabaco, maíz y centeno... Desde lo alto, se divisaban carneros y cabras encerrados en grandes jaulas colocadas en pilotes, para evitar la voracidad del leopardo.

—Estamos en el país de Uzaramo —observó Samuel Fergusson—. Esta región está azotada por la malaria*. Nos conviene elevarnos un poco más para escapar del contagio.

Mientras tanto, vieron aparecer los primeros mosquitos en manos de los nativos.

—¿Si nos alcanzara un tiro, nuestro globo caería de inmediato?

—Tal vez no de inmediato —respondió el doctor, para tranquilizar a su amigo Dick—, pero el agujero se haría grande muy pronto, y por él se escaparía todo el gas.

Unas dieciocho horas más tarde, el *Victoria* llegó hasta el monte Duthumi. Fue necesario elevar el acrostato más de mil metros para franquear la cima.

Una vez que se encontraron del otro lado del monte, Joe lanzó una de las anclas por debajo de la barquilla, y esta se enganchó en una de las ramas más gruesas de un árbol. Para aterrizar, no quedaba otra alternativa que deslizar la escalera de cuerda y dejarla suspendida en el aire.

Una vez que comieron su primera cena en suelo africano, se prepararon para pasar la noche. Decidieron que montarían guardia por turnos.

Por la mañana, densas nubes cubrían la montaña y no pasó mucho tiempo antes de que se desencadenara un verdadero diluvio.

Zungomero era un triste país donde llovía continuamente, excepto tal vez unos quince días en el mes de enero.

El pobre Dick Kennedy comenzó a temblar bajo la manta.

—Samuel, estoy con fiebre desde ayer, me temo que me he contagiado un virus.

—No me sorprende, mi querido Dick; nos hallamos en una de las regiones más insalubres de África. Pero no permaneceremos aquí mucho tiempo. Para escapar de las enfermedades, hoy volaremos a la mayor altura posible. Volverás a sentir el aire puro y los sanos rayos del sol.

* enfermedad infecciosa, hoy conocida como «paludismo».

Después regresar a bordo de la barquilla y de subir el ancla, el globo remontó el vuelo, siempre rumbo al oeste, pero por encima de las nubes, a casi mil quinientos metros de altura.

Algunas horas más tarde, Dick Kennedy, que se sentía mucho mejor, dejó la manta al lado y dijo que tenía hambre. Para su sorpresa, no temblaba ni tenía más fiebre. Mientras tanto, Joe, inclinado sobre el borde de la barquilla, admiraba el paisaje.

—¡Qué bonita forma de viajar! —murmuró.

—Si tuviésemos que andar por este terreno pantanoso, la mitad de nuestras bestias de carga habría muerto de fatiga, y nosotros pareceríamos espectros y llevaríamos la desesperación en el alma. Estaríamos en incesante lucha con nuestros guías y expuestos a su brutalidad desenfrenada. Durante el día, nos agobiaría un calor sofocante. Durante la noche, sufriríamos un frío intolerable, y acabarían con nuestra paciencia las picaduras de ciertas moscas, cuyo aguijón atraviesa la tela más gruesa y es capaz de volver loco a cualquiera.

—¡Para no hablar de los ataques de los animales salvajes! — reflexionó Fergusson.

—¡Preferiría no intentarlo! —dijo Joe.

Hacia la medianoche, los acronautas coincidieron con que tenían muchas ganas de comerse unos buenos filetes de antílope.

Desde su puesto de vigía, Dick había divisado una manada de antílopes que despertó el instinto cazador.

El doctor se aproximó a tierra, echaron las anclas, y una de ellas quedó agarrada a las ramas de un sicomoro.

—¡A cazar! —gritó Dick y saltó, seguido de Joe.

—Sean prudentes —les aconsejó Samuel Fergusson—. Permaneceré aquí con un fusil.

Observaré el terreno y ante la menor sospecha dispararé para avisarles.



Dick y Joe, después de una media hora de marcha, se internaron en un bosque de gomeros, con el dedo en el gatillo de la escopeta. No sabían qué encontrarían.

En el lecho de un torrente, saciaban su sed unos diez antílopes cansados. Kennedy sabía que no tenía más que una oportunidad, por lo que hizo solo un disparo.

El grupo desapareció rápidamente, y dejó atrás a un hermoso macho marrón y arena, mortalmente herido.

Joe estaba asombrado.

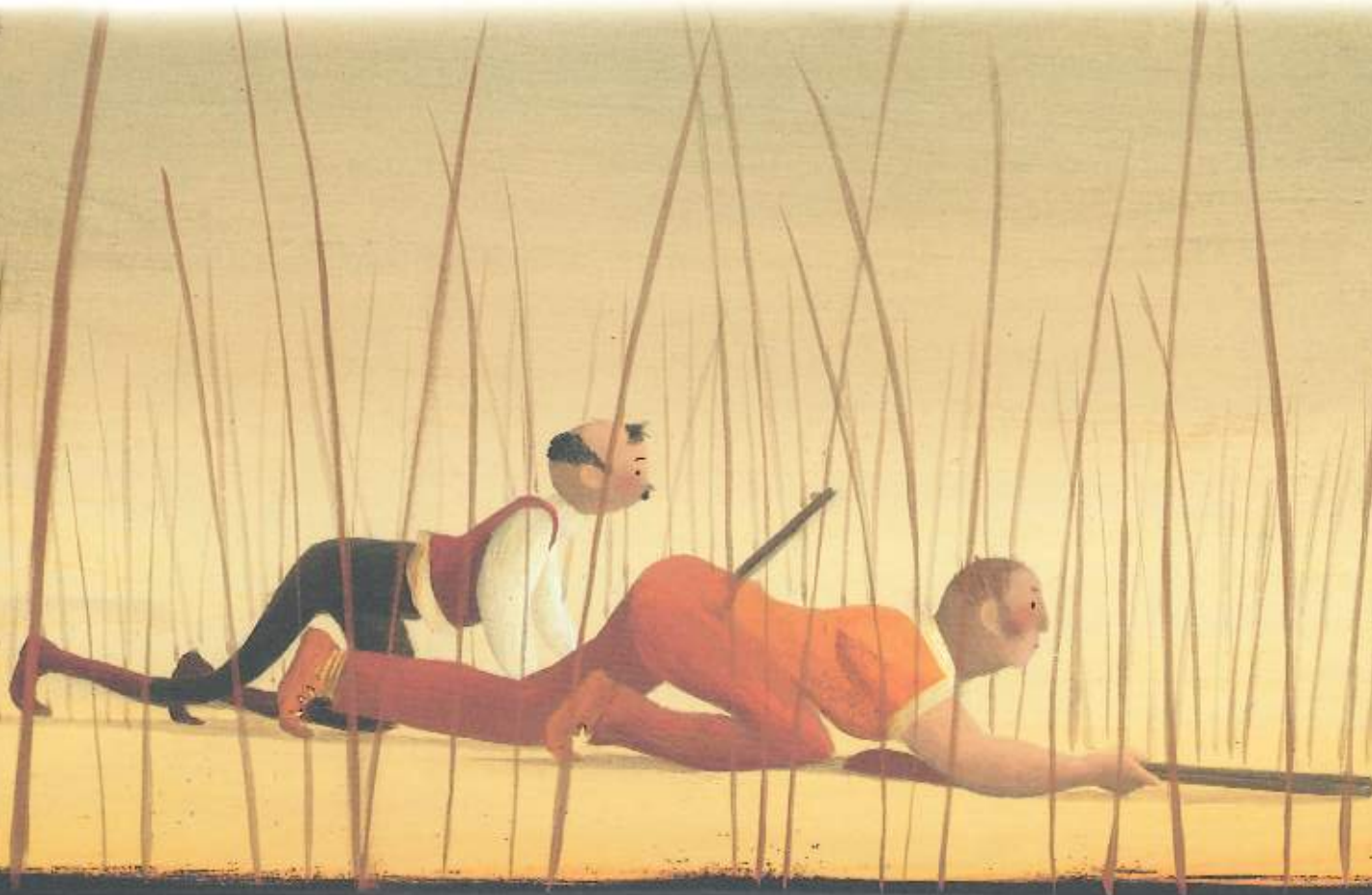
—¡Buen tiro, señor!

Como no era posible llevar el animal entero al globo, los dos hombres cortaron pedazos de carne con sus cuchillos.

Llevaban un buen rato desollando al antílope, cuando escucharon un estruendo a lo lejos.

—¡Una señal! ¿Será un peligro para nosotros? ¿O para Samuel?

Los cazadores recogieron en un momento la carne de caza y empezaron desandar el camino, guiándose por las ramas que Kennedy había esparcido



con esa intención. Un segundo disparo retumbó en el aire seco. Acelerando el paso, llegaron al medio de una batalla: la barquilla había sido asaltada por treinta individuos de baja estatura que gesticulaban, saltando y gritando.

La mayoría ya se había subido a las ramas del sicomoro y comenzaba a sacudir la barquilla. Entonces, un tercer tiro derribó a una de estas criaturas que se encaramaba por la cuerda del ancla. Un cuerpo sin vida cayó de rama en rama y quedó colgado a veinte pies del suelo, con las piernas y los brazos extendidos. Se trataba de una manada de cinocéfalos temibles, feroces y brutales, con un hocico de perro que les daba un aspecto horrible.

Pero después de unos cuantos tiros abandonaron el campo de batalla, y los tres exploradores se reunieron.

—Sin ustedes, mis amigos —sonrió el doctor Fergusson—, me habría convertido en la cena de estos primates...

—¡Por el contrario, querido Samuel, somos nosotros quienes nos vamos a comer un animal salvaje! ¿Qué le parecen estos ricos filetes de antilope?

Después de la cena, el doctor compartió con sus amigos el resultado de sus últimos cálculos:

—En apenas tres días, hemos recorrido casi trescientas millas, es decir, lo mismo que nuestros compatriotas Burton y Speke en cuatro meses y medio.

Después de conversar durante un buen rato sobre estas cifras, subieron el equipaje a bordo del *Victoria* y retomaron altura en dirección a Unyamwezy, región conocida como «la tierra de la Luna».

Las familias que allí vivían se dedicaban, principalmente, al comercio, y organizaban caravanas cargadas de algodón, marfil, especias o esclavos. Cuando divisaron el *Victoria*, no dieron señales de tener malas intenciones.

—Hace cinco años, Burton y Speke fueron recibidos con hospitalidad por esta gente —explicó el doctor, a la vez que hacía maniobras para descender.

El *Victoria*, tras haberse acercado poco a poco a tierra, enganchó una de sus anclas en la copa de un baobab, cerca de la plaza del mercado. Una multitud silenciosa se acercó seguida de los brujos del lugar, que llevaban colgando de la cintura calabacitas negras untadas con grasa y varios objetos de magia a los que atribuían efectos protectores. No sin dificultad, el doctor Fergusson intentó comunicarse con ellos, gracias a algunas nociones de árabe que había aprendido.

De la conversación, se desprendió que los aldeanos creían que el *Victoria* era la Luna misma, que había descendido hasta llegar al suelo.

—¿Qué esperan de nosotros? —dijo Joe tras escuchar al doctor.

—Por lo que he comprendido, el sultán está muy enfermo, y todos cuentan con que los habitantes de la Luna, es decir, nosotros, lo sanen.

—¿Y piensas bajar del globo? —preguntó Dick al ver que el doctor desplegaba la escalera de cuerda hasta dejarla tocar el suelo.

—Sí, voy a ir hasta el palacio del sultán, y llevaré algunas medicinas, con eso, lograré que se sienta un poco mejor. ¿Acaso no soy el hijo de la Luna? Ustedes se quedarán vigilando, estén listos para que nos vayamos ante el primer indicio de peligro.

El doctor, provisto de su botiquín de viaje, bajó del globo. Rodeado de una multitud respetuosa, siguió a los nativos hasta el palacio del sultán. Allí se encontraba un hombre aún joven, cuya enfermedad se prolongaba desde hacía años: una borrachera crónica. Tan solo hacía falta que se despertara un poco.

Con algunas gotas de un poderoso estimulante, el doctor consiguió reanimar instantáneamente aquel cuerpo embrutecido.

El sultán salió de su estado de adormecimiento, y ese mero signo sirvió para que todos creyeran que había ocurrido un milagro.



Admirados, se arrodillaron frente al hijo de la Luna. Pero el sultán no tardaría en volver a su anterior estado, así que Samuel regresó a toda velocidad al globo, esperando encontrar a sus compañeros sanos y salvos. Ahora los magos y los jefes parecían muy enojados. Rodcaban al doctor, lo empujaban y lo amenazaban.

Dick preguntó asustado:

—¿Qué sucede, Samuel?

—¡Tenemos que partir ahora mismo!

—¿Ha matado al sultán en lugar de curarlo? —sospechó Joe.

—¡No es eso, tan solo miren hacia el ciclo y comprenderán!

Haciendo lo que el doctor ordenaba, Joe y Dick se dieron cuenta de que atardecía y de que, a medida que el sol se ocultaba, salía la luna.

No era posible que existieran dos lunas. ¡Una de ellas estaba de más!

¡Los falsos dioses, impostores, hacían bien en levantar campamento lo antes posible!

—¡Rápido! Corten la cuerda del ancla, no hay tiempo para subirla.

La llama del soplete produjo una gran bocanada de aire caliente que infló el globo, el que ascendió rápidamente, pero no tanto como para alcanzar la altura inaccesible del auténtico astro lunar. Llegada la noche, el cielo estaba cubierto de electricidad; amenazaban fuertes tormentas.

Alrededor de las nueve, el *Victoria* estaba completamente inmóvil, a veinte metros del suelo, engullido por una gruesa capa de aire. Más tarde, el primer relámpago rasgó el cielo. Aún no se había cerrado la grieta entre las nubes cuando un espantoso trueno estremeció las profundidades, y se desencadenó un viento violento.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Descendemos? —preguntó Dick.

—No. El globo no lo resistiría. ¡Por el contrario, debemos subir lo más rápido y lo más alto posible!

Un segundo relámpago desgarró el cielo, y otros muchos le sucedieron inmediatamente. La electricidad de la atmósfera amenazaba al globo repleto de gas inflamable.

Toda la zona estaba literalmente en llamas; el viento retorció las nubes incandescentes.

Parecía que un ventilador gigantesco activara un incendio.

—¡Más alto, más alto!

La voz del doctor casi ni llegaba a sus compañeros, pero su expresión se mantenía en calma en medio de la tormenta. Sacudido por el viento, el *Victoria* logró elevarse hasta tres mil quinientos metros de altura y, al cabo de un cuarto de hora, había traspasado la zona de turbulencias.

En lo alto, reinaba la calma. Inclinandose sobre la barquilla, los tres amigos pudieron ver cómo se desencadenaba la tormenta bajo sus pies. Cuando el sol reapareció por el este, el *Victoria* se encontraba sobre el lago Tanganica.

Ya era hora de descender para ir en búsqueda de agua y carne fresca.

Dick maniobró el *Victoria* hasta hacerlo rozar el suelo.

La barquilla acarició las hierbas altas como si fuera una mariposa gigantesca que volara sobre las olas de un mar vegetal.

Las bandadas de pájaros volaron a su encuentro, emitiendo alegres gritos, en tanto que el ancla se sumergía en aquel lago de flores y trazaba un surco tras ellas, como la estela de un barco. De pronto, el ancla quedó atrapada en una gran roca gris que estaba debajo de la vegetación.

—Hemos quedado varados —gritó Dick.

—Diría que nos detiene una roca —agregó Joe—, pero parece una roca que camina.

—En fin, más bien parece un elefante.



Samuel tenía razón. Un gran elefante macho comenzó a tirar del globo a través de la sabana húmeda. Joe estaba encantado:

—¡Este animal tira con más fuerza que una ballena!

Al cabo de una hora de viaje, los aventureros decidieron poner fin a la experiencia. Bajaron del globo y partieron de caza tras un pequeño jabalí.

La comarca parecía desierta y bastante segura, por lo que decidieron pasar la noche allí. Después formar un círculo de hogueras, barricadas indispensables contra los leopardos y los chacales, pudieron descansar.

—Mis amigos —les confió el doctor antes de que se quedaran dormidos—, falta poco para que lleguemos al Ecuador e ingresemos de nuevo a nuestros hemisferio. ¡Mañana sobrevolaremos el canal donde nace el Nilo!

A la mañana siguiente, el doctor Fergusson localizó unas gargantas por las que corrían aguas agitadas.

—¡Es aquí! —exclamó con emoción—. Los relatos de los viajeros árabes coinciden exactamente con este lugar. Los presentimientos de nuestro compatriota Burton también lo confirman. Miren, ese río existe y corre rumbo al norte a toda velocidad.



—¿Se trata del Nilo, Samuel?

—¡Sin duda! ¡Y esas gotas de agua que discurren bajo nuestros pies van indudablemente a confundirse con las olas del Mediterráneo! ¡Es el Nilo!

—¡Viva el Nilo! —gritó Joe a su vez, contagiado del entusiasmo de su amo.

Más tarde, cuando la noche cayó sobre el *Victoria*, dejaron que el ancla quedara atrapada entre las ramas más altas de un baniano. Como de costumbre, montaron guardia por turnos.

—Vigila con atención, Dick —aconsejó Samuel a su amigo cerca de la una de la mañana—. Creo haber escuchado algunos rumores.

Luego el doctor se quedó dormido. El cielo estaba cubierto de densas nubes; ni una pizca de viento agitaba el aire.

El *Victoria* estaba totalmente inmóvil.

Todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo. Al cabo de media hora, Dick Kennedy sintió un movimiento bajo sus pies. Inclinandose sobre la barquilla de mimbre, intentó perforar la oscuridad con su mirada. Pero no logró ver nada al principio.

Poco más tarde, cuando su visión se acostumbró a las tinieblas, logró distinguir un puñado de sombras silenciosas que se arrastraban a lo largo del tronco del baniano.

—¡Joe! ¡Samuel! ¡Despierten! ¡Vamos a necesitar todos nuestros fusiles!

Y seguidamente apuntó en la noche oscura hacia esas sombras furtivas que avanzaban por las ramas.

Una de ellas ya había asido la cuerda que unía la barquilla al ancla.

Cuando la cabeza del primer guerrero salió de las sombras, una detonación retumbó como un trueno y se extinguió entre gritos de dolor. El cuerpo rebotó de rama en rama hasta caer al suelo.

En un momento, toda la horda había desaparecido. Su tropa no lograba hacer frente a los fusiles modernos de los tres exploradores.

Ninguno de los tres pudo retomar el sueño, por lo que decidieron hacer un vuelo nocturno sobre el territorio africano.

Cansados, pero ilesos, los aeronautas descubrieron algunas horas más tarde, cuando amaneció, que el terreno era considerablemente árido.

Por un lado, cráteres en extinción; por otro, quebradas pedregosas; ni una gota de agua en las cañadas de estos valles polvorientos.

El doctor Fergusson intentó reprimir una mueca de preocupación. Si no los hubiesen atacado por la noche, habrían tenido el tiempo necesario para abastecerse de agua; pero ahora se encontraban en un lugar donde sería imposible conseguirla.

Obligado a alimentar incesantemente el soplete, empezaba a escasear el agua para beber, y se propuso no desperdiciar ninguna ocasión de renovar su reserva. Para evitar que el globo siguiera subiendo hasta el cielo, decidió soltar el lastre. Después de unos momentos, todo estuvo en orden.

—Vaya si son pesadas estas piedras! —suspiró Joe.

—Pues claro, lo que acabamos de subir a bordo nos son piedras, sino rocas con oro. ¡Somos muy afortunados!

Al escuchar las palabras de Samuel, Joe y Dick quedaron inmóviles y miraron las piedras a sus pies. No se habían dado cuenta de que habían aterrizado en medio de una mina de oro. Joe era el más sorprendido.

—¡Por Dios! —exclamó, y se arrodilló sobre las piedras, acariciándolas, para luego subir la mayor cantidad posible en la barquilla.

—Ni te lo sueñes, Joe. ¿Para qué nos servirían todas estas riquezas? No podemos llevarlas. ¿Acaso te has contagiado la fiebre del oro? ¿No has aprendido cuál es el verdadero valor de las cosas? No hemos venido hasta aquí para buscar tesoros.

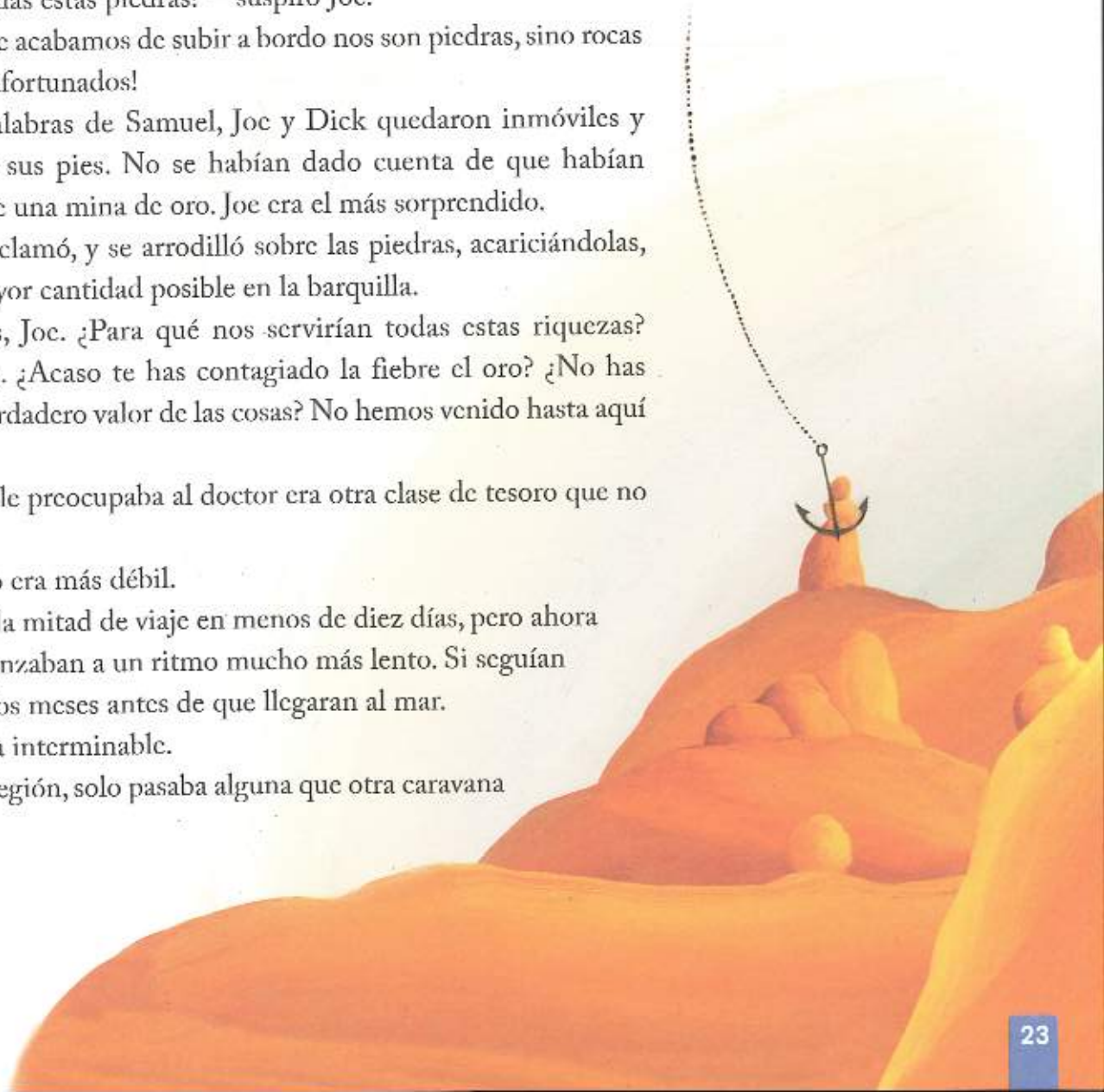
Lo que realmente le preocupaba al doctor era otra clase de tesoro que no debía faltar: el agua.

Cada día, el viento era más débil.

Habían recorrido la mitad de viaje en menos de diez días, pero ahora los tres aeronautas avanzaban a un ritmo mucho más lento. Si seguían así, transcurrirían varios meses antes de que llegaran al mar.

El desierto parecía interminable.

En esta desolada región, solo pasaba alguna que otra caravana cada varias semanas.



No pasó mucho tiempo hasta que las reservas de agua se redujeron a dos galones, esto es, alrededor de veintitrés litros.

Pero con eso, había que fabricar más hidrógeno y, además, tener agua para beber...

Poco después de que salieran los primeros rayos del sol, el calor era insoportable.

—¡Esta es África tal como me la imaginaba! Calor, arena, sería absurdo buscar otra cosa...

El doctor no podía impedir sentirse responsable por la aventura en la que había embarcado a sus dos amigos. Si les pasaba algo, sin duda, sería su culpa. ¿Acaso en este viaje no había intentado franquear los límites de lo imposible?

—Mis amigos —le dijo—, sé que tolerarán las privaciones que los esperan. El agua no está muy lejos, solo nos hace falta el viento necesario para llegar hasta ella.

—Esperaremos, Samuel —respondió Dick, apoyando la mano sobre el hombro del doctor.

Por todos lados, la misma tierra ardiente e inmóvil.

Pronto el calor comenzó a jugarles trucos.

De repente, Joe abrió los brazos.

—¡Ciclo santo! ¡No estamos aquí solos! ¡Nos han robado nuestro invento!

—¿Has perdido la razón, Joe?

—¡Claro que no! ¡Miren!

—Por san Patricio, no es posible —balbuceó Dick—, hay otro globo con viajeros como nosotros...

En efecto, a menos de cincuenta metros, un acrostato flotaba a la misma altura que el *Victoria*, idéntico, con su barquilla y su tripulación.

Solo Samuel Fergusson mantuvo la sangre fría, a pesar del calor.



—¡Señores! Esto no es más que un fenómeno óptico debido a la temperatura ambiental, se trata de un espejismo.

Una vez que el fenómeno se disipó, el otro globo desapareció, y los viajeros, se entregaron de nuevo a sus tristes pensamientos, abrumados por el calor insoportable. Un poco más lejos, aparecieron unas palmeras que les dieron algo de esperanza.

Dick hizo unas maniobras para hacer aterrizar la barquilla a la orilla de un viejo pozo, pero este no había recibido agua durante años. Estaba rodeado de restos de esqueletos.

—Debe de haber llegado una caravana hasta aquí, pero toda el agua se había evaporado, así que hombres y animales sucumbieron aquí mismo.

Piedras por todos lados, hasta el infinito. Vacío.

El termómetro marcaba 45 °C a la sombra.

Así transcurrieron las horas. Los tres hombres no pensaban sino en una sola cosa: la esperanza de una fuente clara y pura de agua. Agua, sí. Agua fresca corriendo entre sus dedos.

Poco más tarde se agotó el gas. El globo se detuvo y comenzó a contraerse y a flotar en la atmósfera como un estandarte a media asta.

No quedaban más que dos litros de agua para los tres hombres.

Cuando llegó la noche, nada había cambiado. Si bien el sol se había ocultado, estaba escondido detrás del horizonte y continuaba calentando la Tierra. El infierno regresó a la mañana siguiente.

—¡Esta arena ardiente como si saliera de un horno es para volverse loco!

No había dónde detener la mirada, fuera de las vibraciones del aire en el silencio del desierto.

Los tres hombres estaban desesperados.

El doctor, que escuchaba las quejas de sus compañeros, se levantó repentinamente, lleno de una energía inexplicable.

—Tienen razón. Esto no puede seguir así. Caminaré en línea recta hasta encontrar agua, iré en búsqueda de ayuda.

Justo cuando sus amigos comenzaban a dudar de su sano juicio, apareció una masa negra e inquietante en el horizonte.

Dick le advirtió al doctor:

—¡Allá! ¿Qué es eso?

Las nubes cubrían el horizonte, trayendo consigo lo que parecía ser una enorme masa de polvo y arena.

—¡Gracias a Dios! ¡El simún! ¡Una tormenta de arena y viento! ¡Y viento! ¡Viento!

Samuel se precipitó sobre las últimas gotas de agua que quedaban en el fondo de la garrafa y las vertió en el tanque. El simún llegaba, en efecto, con la rapidez del rayo. El inmenso torbellino alcanzó al *Victoria* y lo envolvió en una lluvia de arena.



El *Victoria* subió rápidamente encima del torbellino; pero, envuelto en el inmenso desplazamiento de aire, fue arrastrado a una velocidad incalculable.

Los tres británicos quedaron en silencio, con los ojos abiertos frente a este fenómeno que los transportaba como un mar de espuma.

Durante tres horas, el *Victoria* y su tripulación soportaron este asalto.

Y cuando se calmó la tormenta, se encontraron bajo un oasis que creaba un nuevo espacio verde. Habían recorrido doscientos kilómetros.

—¡Agua! ¡Agua!

Los tres saltaron a tierra y corrieron hacia un pozo. El agua estancada no era muy fresca, pero poco les importó. Bebieron con avidez, como si se embriegasen con el más precioso y exquisito néctar.

Después, jadeando, se dirigieron hasta la sombra de unas palmeras.

—¡Vamos! —dijo el doctor Fergusson después de algunos minutos—. Tenemos mucho trabajo. Hay que llenar las garrafas de agua y conseguir alimentos.

Al día siguiente, después de descansar, los hombres retomaron el camino.

Muy pronto encontraron colinas cubiertas de árboles: era el fin de la monotonía. El *Victoria* había avanzado más de dos mil doscientos kilómetros desde su partida, y se acercaba al Chad, su lago y el río que en él desembocaba, el Chari. Vista desde el cielo, la capital de esta región parecía una gran ciudad, con sus casas alineadas y sus calles largas.

Había un mercado con una multitud de mercaderes y nómadas.

El doctor Fergusson hubiese deseado volar más lejos, pero la falta de viento paralizó la aeronave.

Apenas si logró hacerla remontar unas decenas de metros para evitar los disparos que lanzaron sobre ellos.

Al caer la noche, ni un sonido venía de la tierra, no brillaba una sola hoguera, como si la ciudad hubiese sido tragada por la arena.

—Esto está demasiado tranquilo. Me parece que traman algo —dijo Kennedy, sacudiendo la cabeza.

No fue sino hasta medianoche que sucedió algo. En segundos, se desató un incendio.

—¡Que Dios me perdone! —exclamó Joe unos instantes más tarde—. ¡Me atrevería a decir que este incendio no solo crece sino que se nos acerca!

En efecto, así era.

Miles de palomas que llevaban en la cola materiales combustibles habían sido lanzadas contra el *Victoria*. Asustadas, las pobres aves volaban al cielo, trazando círculos de fuego en el aire nocturno. Las palomas revoloteaban alrededor de la barquilla y del globo, cuyas paredes, reflejando su luz, parecían envueltas en una red de llamas.

Era necesario subir sin demora lo más alto posible y arrojar todo el peso innecesario. Por fin, el *Victoria* logró alejarse, y los pasajeros respiraron aliviados.

—Estos salvajes utilizan a las palomas para incendiar las aldeas vecinas —observó Joe—, pero esta vez nuestra aldea voló más alto que sus palomas.

A la mañana siguiente, llegaron al lago Chad. La aeronave había funcionado a la perfección durante las tres semanas de viaje.

Una mañana, el doctor anunció:

—¡Dentro de unos diez días llegaremos a la orilla del Atlántico! ¡Lo sé!

Pero en el mapa, esta afirmación no era tan evidente.

El *Victoria* aún se encontraba bien adentrado en el continente, siguiendo el curso del río Chari.

Bajo sus ojos, los cocodrilos retozaban al sol o se zambullían en el agua, ligeros como peces, y se acercaban jugando a las numerosas islas verdes que rompían la corriente del río.

Los aeronautas sobrevolaron parte del reino de Borneo, con sus incontables aldeas a la orilla del lago Chad.

Esa mañana, Joe, mirando al horizonte, descubrió un espectáculo que le gustaría mucho a Dick, el cazador.

—¿Ves allá abajo esa bandada de pájaros gigantes que se dirige hacia nosotros? ¡Por lo menos, son una docena!

—¡Cuidado con ellos! —advirtió Samuel—. Son águilas salvajes. ¡Son muy agresivas!



El tafetán del globo no resistiría sus picotazos. Afortunadamente, me parece que nuestra máquina, lejos de atracrlas, las asusta.

Samuel Fergusson no había terminado de hablar cuando el primer agresor emplumado se lanzó en picada contra el *Victoria*, con su pico afilado como una navaja. Un tiro de fusil lo detuvo en el intento, pero las demás aves rapaces se precipitaron contra el globo.

Entonces pasó lo que tenía que pasar.

Se escuchó un ruido estridente, como un chal de seda desgarrado, y el globo comenzó precipitarse rápidamente rumbo a la aldea.

—¡Rápido, tenemos que tirarlo todo por la borda! ¡Arrojen lo que encuentren!

Piedras, oro, cajas vacías, algunos costales, todo fue a parar al suelo, pero aún así la barquilla siguió cayendo, hasta quedar a menos de cien metros del agua del lago. Con la tela del globo exterior totalmente rasgada, no quedaba otra cosa que el pequeño globo interior para sostener la barquilla.

—Arrojamos todo —dijo Kennedy, jadeando y desorientad—. ¡Ya no queda nada más!

—¡Así es! —gritó Joe.

Y tras decir esto, se asombró por el borde de la barquilla y se lanzó al vacío. El globo estaba a veinte metros de la superficie. Sus amigos no tuvieron tiempo de detenerlo. La escena no tardó más de tres segundos. Joe ya no estaba a bordo. El *Victoria*, sin lastre, recobró su marcha ascensional y se elevó alrededor de cien metros.

—¡Se sacrificó para salvarnos! —dijo Dick.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de aquellos dos hombres tan intrépidos. Ambos se asomaron, intentando distinguir algún rastro del desgraciado Joe, pero ya estaban lejos.

No obstante, el doctor se repuso, y luchó contra el viento para que el *Victoria* volara hacia el lugar donde Joe había saltado. Pero ya lo había perdido de vista.

Los momentos siguientes fueron los más angustiosos del viaje.

Durante la tarde y la mañana del día siguiente, repararon el globo.

Los dos hombres sentían tristeza y ni podían hablar de su compañero extraviado.

—Joe no puede estar perdido —dijo Dick—. Es un excelente nadador. Sin duda, nos espera en alguna parte.

—¿Pero dónde? —preguntó el doctor Fergusson, retorciéndose las manos—. ¡El lago Chad es gigantesco! ¡Y hay un sinfín de peligros!

Una y otra vez, el *Victoria* pasó sobre las islas centrales del lago, buscando al acronauta perdido. Samuel y Dick observaron cada rincón del terreno, cada aldea, cada pantano...



Nada.

Solamente el asedio inquietante de los cocodrilos en el agua.

Los hombres pasaron dos días consagrados a esta búsqueda.

Pero Joc no apareció.

Llegó el momento de tomar una decisión terrible: abandonar al fiel criado y partir.

—Tal vez hayamos tentado al demonio —suspiró Samuel, y miró por última vez los cañamos sobre el lago—. No corresponde a los hombres emprender un viaje como este...

El *Victoria* emprendió vuelo al oeste como una estrella fugaz, pasó sobre nuevas caravanas, nuevos oasis, y se sumergió en un torbellino de polvo que hizo llorar a los dos hombres.

Hasta que llegaron a las estribaciones del Sahara. Estas tierras desoladas, no obstante, no estaban desiertas. Un torbellino de polvo en el horizonte alertó a Dick:

—¿Será una tormenta de arena o una caballería armada?

—Es un grupo de jinetes árabes —dijo Samuel, que miraba con su telescopio. Son casi cincuenta hombres a caballo, y parece que están de cacería.

—¿De cacería? ¿No perseguirán a un hombre, verdad? —gritó Dick con una mezcla de esperanza y furia.

—Sí, un fugitivo corre delante de ellos, a caballo, parece que quiere escapar... Tal vez sea...



—¡Joe! —gritó Kennedy.

Y era Joe.

Uno de los cazadores casi lo había alcanzado, e iba a traspasarle con su lanza cuando Kennedy, que seguía todos sus movimientos, lo derribó de un balazo. Como mordido por una serpiente, apareció Joe, huyendo a toda velocidad. Entonces, Samuel, en una maniobra acrobática, orientó el *Victoria* sobre las huellas del prófugo, mientras que Dick desenrollaba la escalera justo hasta el ras del suelo.

Justo en el momento en que uno de los jinetes estaba a punto de atraparlo, Joe sintió a sus espaldas la escalera de cuerda que se abría paso en el aire. Se agarró con fuerza a la escalera, hizo a los árabes una mueca indescriptible y, trepando, llegó a los brazos de sus compañeros.

—¡Retomemos altura! —le gritó Dick a Samuel.

Demasiado sorprendidos para reaccionar, los árabes dejaron escapar a su presa, y el globo subió rumbo a las nubes.

Rendido por la emoción y el cansancio, cayó desvanecido.

—¡Amo! ¡Señor Dick! —gimió antes de desmayarse.

Estaba casi desnudo y tenía todo el cuerpo cubierto de llagas.



El doctor curó sus heridas y lo acostó bajo la tienda, y el pobre Joe concilió un profundo sueño del que salió veinticuatro horas más tarde. Cuando despertó, sus primeras palabras fueron:

—¿Cómo se encuentran ustedes? ¡Vaya, pueden jactarse de haberme asustado bastante!

Riendo, Samuel le acercó un tazón de té, un vaso de aguardiente y algunos filetes de oca salvaje grillados a punto. Después de comer y beber, Joe pareció estar en buen estado. Por lo menos, se recuperaba con rapidez.

Hasta tenía energías suficientes para contar sus aventuras, desde su zambullida en el agua del Chari, infestado de cocodrilos, hasta su fuga a caballo a través del Sahara. También explicó como gracias a su piel blanca de hombre caído del cielo se había convertido en el objeto de adoración de toda una aldea.

—Y si tuviera que hacerlo de nuevo, señor Fergusson —concluyó—, si tuviera que volver a tirarme al agua para salvar al *Victoria*, créame, ¡lo haría sin dudar!

—Ni te lo sueñes, Joe. Por suerte, no es necesario que lo hagas. En este momento, volamos rumbo a Tombuctú.

—Muy bien. Hoy en día, uno no puede permitirse viajar al África sin pasar por Tombuctú.

Divertido, el doctor Fergusson agregó:

—Creo que somos el quinto, el sexto y el séptimo europeo que visitan esta aldea misteriosa. ¡Y los primeros que lo hacen desde el cielo!

Aprovechando el viento, el doctor Fergusson condujo la aeronave sin interrupciones durante los tres días siguientes en camino al río Níger.

No pararon ni un segundo.

—Los habitantes de estos parajes, los misteriosos tuaregs, han recibido de la naturaleza un instinto maravilloso. Una piedra insignificante, un pedregal solitario, una brizna de hierba, los colores de las arenas, cualquier cosa les bastaba para avanzar con certeza. Por la noche, se guiaban por las estrellas. Y para trasladarse, tenían los animales más resistentes, los camellos.

Así sobrevolaron sobre Agadés, Gao y el río Níger, sobre el que las barcazas transportaban a hombres y bestias de una orilla a la otra. Pero cuando al fin apareció Tombuctú de la bruma calurosa que la rodeaba, la decepción cubrió los rostros de los tres hombres.



No era más que un triángulo de callejuelas en medio de la arena blanca, las casas parecían dados situados unos al lado de otros. Las únicas eminencias eran los tres minaretes de las tres mezquitas. No había nada especial, ni gente vestida de vivos colores, ni ajetreados mercados, en fin, no había nada.

La ciudad, que había sido un gran centro cultural siglos atrás, estaba en decadencia, casi abandonada. Sin arrepentimientos, el *Victoria* emprendió viaje rumbo al río Níger, hacia el sur.

—Y ahora, Samuel, ¿dónde crees que encontraremos la costa atlántica?

—Mucho me gustaría poder responderte, querido Dick, pero estamos a merced de vientos muy variables. Sin embargo, sea cual sea el lugar, encontraremos pronto alguna embarcación francesa o británica. Un poco más tarde, los tres hombres fueron testigos de un evento espectacular: lo que en un principio creyeron que era una densa nube resultó ser una invasión de langostas que se lanzaban sobre enormes extensiones cultivadas y las devastaban en menos de media hora.

—¿No existe forma alguna de protegerse de esta plaga? —preguntó Dick.

—No la hay. Como venganza, los aldeanos cazan kilos de insectos y se los comen asados.

—¡Eso es lo único que nos faltó! Probar una de esas, en fin... ¿cómo llamarlas? ¡Langostas del aire!

El *Victoria* retomó vuelo rumbo al sudoeste, atravesando el Níger hasta llegar el río Senegal, el más largo del África después del Nilo.

—¿Creerán los habitantes de estas costas lo que hemos vivido durante nuestro periplo?

—Hay una cosa indiscutible, Joe. Miles de personas nos vieron partir de un extremo del África; miles de personas nos verán llegar al otro extremo.

No obstante, pasados algunos días, el doctor Fergusson comenzó a sentirse impaciente. El globo había adoptado un aspecto arrugado. En conjunto, resultaba difícil hacer maniobras con el *Victoria*, que no dejaba de descender.

El 26 de mayo, cuando el globo estaba ya suspendido en las inmediaciones del río Senegal, el doctor Fergusson lo hizo tomar vuelo con una nueva inyección de aire caliente. Pero el fin estaba próximo. El 28 de mayo, a apenas treinta metros de altura, Samuel tomó una de las última y más graves decisiones durante la expedición:

—Amigos míos, estamos descendiendo en caída libre. Tenemos que deshacernos de todo el peso innecesario. Arrojuremos la tienda, los barriles, las armas, las reservas de ácido y de plomo. Solo nos quedaremos con algunas provisiones indispensables.

La barquilla rozaba las copas de los árboles y, cada tanto, alguna que otra punta de roca muy afilada. A pesar de estos últimos sacrificios, el *Victoria* volvió a chocar contra el suelo, acaban de caer a metros del estuario del río Senegal, en los alrededores de San Luis.

Unos militares franceses vieron que los tres tripulantes caían y corrieron a ayudarlos, pero para el globo era demasiado tarde: empujado por el viento, medio deshinchado y arrastrado por una corriente rápida, como una inmensa burbuja, quedó sepultado bajo las aguas del Senegal.

Joc dejó caer una lágrima.

—¡Adiós, *Victoria*!

Un par de semanas después de regresar a Londres, el doctor Fergusson y sus dos compañeros dieron una conferencia en la Sociedad Real de Geografía.

Durante el evento, Joe, para esconder sus emociones, no pudo impedir hacer reír a la audiencia:

—¡Nuestro viaje no fue la gran cosa! Si me encontrase con alguien que buscara aventuras, no le aconsejaría imitarnos. ¡Casi nos morimos de aburrimiento!

FIN DEL VIAJE





La vuelta al mundo EN 80 DÍAS

En el año 1872, Phileas Fogg vivía en Saville Row, una de las calles más elegantes de Londres. Aunque este *gentleman* de la alta sociedad inglesa parecía haber tomado partido por no hacer nada que pudiese llamar la atención, era uno de los miembros más notables del selecto Reform Club de Londres.

Era rico, pero nadie sabía cómo había hecho su fortuna. Había viajado mucho. Nadie conocía el mapa del mundo mejor que él. No tenía esposa, hijos, padres o amigos. Le bastaba con un único sirviente que lo atendiese.

Ese 2 de octubre, Phileas Fogg esperaba, precisamente, a un nuevo mayordomo.

A la hora prevista, tocaron a la puerta.

Un joven atlético y sonriente esperaba allí.

—Buenos días, joven. ¿Es usted francés, si mal no recuerdo?

—Sí, señor. Mi nombre es Jean Passepartout, a sus órdenes. He trabajado en muchos oficios. Fui acróbata en un circo, así como profesor de gimnasia. Pero ahora preferiría una vida más tranquila, por lo que quisiera ser mayordomo.

—Pues bien, entonces, a partir de este 2 de octubre a las once horas y veintinueve minutos, usted es mi nuevo mayordomo.

El acuerdo había sido resuelto con rapidez. El *gentleman* le mostró sus habitaciones a Passepartout y regresó al club como de costumbre.

* Juego de cartas parecido al bridge.

La tarde de Phileas Fogg habría seguido su curso usual si no hubiese sido porque el tema de conversación de todos los miembros del club era bastante poco usual: unos días atrás, un desconocido había robado cincuenta mil libras del cajero principal del Banco de Inglaterra.

—Y bien, ¿tenemos alguna novedad sobre el ladrón? —preguntó el ingeniero Andrew Stuart.

—¡No hay ninguna pista! —respondió Thomas Flanagan, un importante industrial.

—¡En el *Morning Chronicle* de esta mañana, afirman que podría ser un *gentleman*!

—Si nuestro hombre se ha fugado de Inglaterra, no podrá refugiarse en ningún país... —observó otro miembro del club.

—De todos modos, la Tierra es bastante vasta —replicó otro.

—Lo era antaño —murmuró Phileas Fogg.

—¿Por casualidad, ha disminuido el tamaño del planeta?

Mientras repartía las cartas, Phileas Fogg explicó:

—¡Sí, en la medida en que en la actualidad podemos recorrerla diez veces más rápido que hace cien años! Hoy en día, ochenta días son suficientes para dar la vuelta al mundo.

—¡Quisiera verlo!

Andrew Stuart no pudo ocultar un dejo de ironía en su afirmación. Phileas Fogg dejó bruscamente de repartir las cartas y se puso de pic.

—¡Sin duda! No hay más que una forma de demostrarlo. ¡Dar la vuelta al mundo en ochenta días! Partiré ahora mismo.



—Pero Fogg —protestó John Sullivan—. Piense en los imprevistos, en todo lo que puede suceder...

—Hoy es el 2 de octubre de 1872. Apuesto veinte mil libras que si parto mañana, estaré de regreso el sábado 21 de diciembre de este año, a las veinte horas y cuarenta y cinco minutos. De lo contrario, perderé esas veinte mil libras. Y si llego a tiempo, ustedes tendrán que pagarme esa suma.

—¡De acuerdo! —sonrió Andrew Stuart.

Phileas Fogg puso un cheque por el valor anunciado sobre la mesa, dio media vuelta y salió del club. Cuando regresó a su casa, a las diecinueve horas y cincuenta minutos, llamó a su nuevo mayordomo. Pero como el joven francés no sabía que debía responder a su amo a esa hora, no apareció.

No obstante, después de que Fogg lo llamó por segunda vez, bajó las escaleras a toda velocidad, con el reloj en la mano.

—¡Aún no es medianoche! ¡No he preparado su té!

—Lo sé. Pero nuestros planes han cambiado. Partimos ahora mismo a Douvres y Caláis.

—¿El señor se va de viaje?

—Sí —respondió el *gentleman* con frialdad—. Vamos a dar la vuelta al mundo.

Passepartout, boquiabierto, se quedó mirándolo con sorpresa.

—Pero como solamente tenemos ochenta días, no podemos perder ni un instante —continuó Fogg.

A partir de ese instante, todo sucedió con velocidad: las maletas se apilaron a la entrada, y pronto llegó un carruaje para llevarlos hasta la estación de Charing Cross. En el momento de salir, y antes de que Passepartout hubiese cerrado la puerta de la casa, Phileas Fogg le entregó un gran maletín de cuero.

—Tenga, y cuide bien este maletín, que contiene veinte mil libras.

Passepartout, que jamás había tenido en sus manos semejante suma, dejó caer el maletín al suelo. Diez minutos más tarde, los hombres llegaron a la estación, donde los esperaban algunos miembros del Reform Club que había ido a despedirlos.

—Señores, estaré de regreso dentro de ochenta días —dijo el señor Fogg. Y luego los viajeros subieron al tren y se instalaron en su compartimento.

El tren partió exactamente a las veinte horas y cuarenta y cinco minutos.
La noche estaba muy oscura, y caía una fina lluvia.

Desbordado por estos acontecimientos, Passepartout apretaba contra sí el maletín repleto de libras esterlinas.

De repente, el joven francés dio un grito.

—¿Qué sucede, Passepartout? —le preguntó el señor Fogg.

—¡Estaba tan apurado cuando partimos, que creo que dejé encendida la garrafa de gas de mi habitación!

—Y bien —respondió su amo con una mueca—, se descontará de su sueldo...

Al dejar Londres, Philcas Fogg ni sospechaba hasta que punto su aventura provocaría la curiosidad de todos. De hecho, al día siguiente, los periódicos ingleses se pronunciaron a favor o en contra del viaje.

Según la Sociedad Real de Geografía, la excursión estaba destinada al fracaso. Pero lo más engorroso de todo el asunto era la extraña coincidencia de la repentina partida de Philcas Fogg con el robo de cincuenta mil libras al Banco de Inglaterra.



Las autoridades británicas no tardaron en enviar telegramas a sus agentes en todo el mundo, advirtiéndoles que repararan en el *gentleman*.

Entre estos agentes, estaba el detective Fix. Era un personaje delgado y nervioso, de aspecto bastante inteligente, aunque obstinado. Llevaba unos cuantos días observando el desembarco de extranjeros en los muelles del puerto de Suez. Aquella mañana, esperaba la llegada de un barco de vapor que venía de Inglaterra.

Alrededor de las once, la gigantesca proa del *Mongolia* ingresó al canal, dejando atrás una franja de vapor que salía de sus chimeneas. De inmediato, el detective Fix fijó la atención en un europeo de aspecto deportivo que acababa de desembarcar.

Este joven se acercó a él para hacerle una pregunta:

—Disculpe, señor. ¿Adónde debo dirigirme para solicitar una visa británica para este pasaporte?



Inmediatamente, la aguda vista de Fix notó que el pasaporte abierto de par en par frente a sus ojos era el de Phileas Fogg. Y tratando de enmascarar el temblor de su voz, el detective le preguntó al joven:

—¿Ese pasaporte es suyo?

—No, pertenece a mi amo, que se quedó a bordo del *Mongolia*.

Fix reaccionó enseguida, y agregó con aplomo:

—Para obtener la visa, me temo que su amo debe presentarse en persona en el consulado...

Tras escuchar estas palabras, el sirviente francés se dio media vuelta y regresó al barco. Fix se frotó las manos con satisfacción, pues disfrutaba de ese momento único en la vida de un detective: ¡tal vez, había atrapado a uno de los ladrones más grandes de Inglaterra! Pero se equivocaba.

El pasaporte de Fogg estaba perfectamente en regla. Y aunque fuese el ladrón del Banco de Inglaterra, no había forma de demostrar que había sido el autor del robo. Para Fix, lo más exasperante era que la orden de arresto emitida en Londres aún no había llegado a Suez.

El detective decidió enviar un telegrama a las autoridades de Inglaterra para que mandaran la orden de arresto a Bombay, la próxima escala del *Mongolia*. Inmediatamente, compró un pasaje a la India en la oficina de la compañía marítima. Mientras tanto, ya de regreso en el barco, Phileas Fogg pidió que le sirvieran el desayuno en su camarote. No pensaba visitar la ciudad, ya que no era de la clase de personas que aprecian el turismo.

Dos días después de que el *Mongolia* zarpó rumbo al océano Índico, el 10 de octubre. Passepartout quedó más que sorprendido al encontrarse frente a frente con este hombre delgado y nervioso en la cubierta del barco.

—¿Qué hace usted aquí? Yo pensaba que tenía una oficina en Egipto.

—Eh... Pues no —balbuceó su interlocutor—. Soy Fix, agente consultor británico. Casi nunca estoy en el continente, ya que suelo encontrarme en un barco u otro medio de transporte. En cuanto a usted, lo recuerdo bien. Es el mayordomo de ese pasajero inglés tan peculiar... No me lo he cruzado en el barco.

—El señor Fogg no tiene nada de curioso. Suele quedarse jugando a las cartas en su camarote.

Desde este encuentro, los dos hombres se reunieron con frecuencia en el bar del barco para hablar sobre el viaje. Passepartout se sentía muy contento de haber contar con la amable compañía del detective Fix.

El 20 de octubre, dos días antes de la fecha prevista, el *Mongolia* llegó al puerto de Bombay. En esa época, las colonias inglesas ocupaban casi la mitad de la India. Los ingenieros británicos habían construido una red ferroviaria que atravesaba el subcontinente de extremo a extremo. Phileas Fogg contaba con tomar uno de esos trenes para viajar hasta Calcuta.

—Passepartout —ordenó a su sirviente antes de desembarcar—, aquí tiene una lista de compras que debe hacer.

Después Fogg fue tranquilamente a la estación sin ni siquiera visitar los fuertes, los bazares, las mezquitas y los templos budistas de la ciudad. Al mismo tiempo, Fix se enteraba de que la ansiada orden de arresto aún no había llegado.

El detective tendría que seguir al supuesto fugitivo...

Por su parte, Passepartout, curioso como todo hombre joven, se paseaba por las calles de Bombay mientras hacía las compras. Le llamó la atención la magnífica pagoda de Malabar, y tuvo la mala idea de visitarla por dentro... Apenas entró, tres sacerdotes furiosos se arrojaron sobre él, y le arrancaron los zapatos y los calcetines, y comenzaron a molerlo a golpes, a la vez que gritaban como salvajes. Passepartout no sabía que era un pecado entrar con zapatos a un templo.

El ágil y vigoroso francés se defendió contra sus agresores. De un par de puñetazos se libró de dos de ellos, para luego lanzarse a correr y escapar de la multitud indignada.

Llegó a la estación apenas unos minutos de que partiera el tren. Estaba jadeando, con los pies descalzos, perdido entre el desorden de bolsas de compras.

—Créame, señor Fogg, lo siento mucho —afirmó el pobre.

—Espero que esto no vuelva a suceder —respondió su amo.

Unas horas más tarde, Phileas Fogg se encontró con el brigadier sir Francis Cromarty, que iba rumbo a Benarés para reunirse con sus tropas. El brigadier no comprendía demasiado bien cuál era la meta del señor Fogg. Mientras el tren atravesaba las montañas de los Ghats Occidentales, le explicó:

—Hace algunos años, en este lugar, hubiera tenido un atraso que habría puesto en peligro su programa de ochenta días.

—¿Y por qué?

—Porque la red ferroviaria terminaba aquí, y después había que cruzar esta cadena montañosa a pie o a caballo.

—No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos — respondió Fogg.

Mientras tanto, Passepartout miraba a su alrededor y no podía creer lo que veía: vastas plantaciones de algodón, cafetales, campos de girasoles, tras los que continuaban densas selvas donde, cada tanto, se divisaba el pelaje de un tigre o de un mono, o los ojos brillantes de un elefante...

Sin embargo, esta tranquilidad terminó cuando llegó el alba.

El tren se detuvo a mitad de camino, precisamente, a cien kilómetros de la estación de Allahabad.

Passepartout, que había sido enviado como explorador, regresó corriendo para contar la noticia a los pasajeros de su compartimento:

—¡El tren no puede avanzar porque no hay más vías! ¡Aún no han terminado de construir la red ferroviaria!

Phileas Fogg hizo un rápido cálculo.

—Hoy es el 22 de octubre, y nuestro próximo barco parte de Calcuta a Hong Kong el 25.

Todavía estamos a tiempo de alcanzarlo.

Los demás viajeros habían buscado todos los medios de transporte disponibles en ese rincón perdido: carretas tiradas por bueyes y toda clase de animales de cuatro patas.

Passepartout forcejeó entre los apurados pasajeros hasta conseguir un vehículo especial:

—Señor, creo que por fin he encontrado lo que necesitamos: ¡un hindú está dispuesto a vendernos un elefante!

El elefante en cuestión podía tolerar un galope rápido durante un buen rato, exactamente lo que deseaba el señor Fogg.

Passepartout, sir Cromarty y Phileas Fogg se montaron con cierta comodidad sobre el paquidermo.

Tal como le había ordenado el señor Fogg, el parsi que lo conducía se sentó sobre el cuello del elefante y lo hizo trotar por los caminos de las montañas.

Suspendidos en unas barquillas sobre el lomo del animal, los dos lores ingleses ni se animaban a decir palabra, en tanto que Passepartout se agarraba como podía. Así pasaron siete horas de viaje, una dura prueba para las articulaciones de los pasajeros.

Cuando se adentraron en un bosque frondoso, escucharon un extraño concierto de cantos sagrados y tambores inquietantes. Después de esconder su montura bajo un denso follaje, el guía explicó en voz baja a los ingleses:

—Una procesión de brahmanes se dirige en esta dirección. Si es posible, evitemos que nos vean.



Y así era, un grupo de sacerdotes vestidos con largas túnicas anaranjadas avanzaba lentamente bajo los árboles. Detrás de ellos, sobre un carruaje con grandes ruedas, tirado por dos bueyes, se alzaba una estatua de una diosa hindú con cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo oscuro, los ojos extraviados, el pelo enredado y la lengua colgando.

—La diosa Kali —murmuró Cromarty—, divinidad del amor y de la muerte.

A los pies del carruaje, los brahmanes arrastraban a una joven cargada de los pics a la cabeza con joyas: collares, brazaletes, pendientes. La mujer apenas se tenía en pie.

Y detrás de ella, unos faquires sostenían un cadáver sobre un palanquín.

—¡Un suttu! —exclamó Cromarty con la voz quebrada—. Es un sacrificio humano. Esta joven que ven ahí será quemada a primera hora de la mañana. El cadáver es el de su marido, y como él ha muerto, ella también debe morir.

—¿Esas bárbaras costumbres subsisten todavía en la India, y los ingleses no han podido destruirlas?





El guía tomó la palabra:

—El sacrificio no es voluntario... ¡Miren a esta mujer, la han hecho fumar opio para que no oponga resistencia!

—¡Tenemos que salvarla! —anunció Phileas Fogg.

—¡Usted es un hombre de corazón! —dijo el brigadier Cromarty con admiración.

—Algunas veces. Cuando me sobra el tiempo. Y sucede que estoy doce horas adelantado a mi programa.

El guía expuso entonces algunos pormenores sobre la víctima. Era una joven parsi de célebre belleza, hija de ricos comerciantes de Bombay. Había recibido en esta ciudad una educación absolutamente inglesa. Por sus modales y su instrucción hubicra pasado por europea. Se llamaba Aouda.

La habían casado a la fuerza con un anciano rajá que ya estaba enfermo.

Pero al intentar salvarla, los tres europeos se arriesgaban a lo peor.

—¿Dónde tendrá lugar la ceremonia de cremación? —preguntó Phileas Fogg.

—En la pagoda de Pillaji. Síganme.

Casi había caído la noche cuando los aventureros llegaron a la pagoda. Frente al monumento, habían dispuesto una hoguera. Sobre la hoguera, reposaban los restos embalsamados del difunto rajá, que serían quemados al mismo tiempo que su viuda. Media docena de guardias vigilaba la entrada del templo. Todos estaban armados con afilados sables. Era imposible hacer nada.

—No nos queda otra cosa que partir —dijo Cromarty.

—Claro que no —aseguró Phileas Fogg.

En el medio de la noche, Aouda salió de su prisión y, rodeada de faquires y sacerdotes, fue conducida hasta la hoguera. Allí la tendieron a un costado de su difunto marido.

Después aproximaron una antorcha a la base de la hoguera; la leña, impregnada de aceite, se prendió de inmediato en llamas.

Pero luego hubo un grito de terror, y los faquires, los guardianes y los sacerdotes se arrojaron al suelo, muertos de miedo.

Creyeron que el viejo rajá no había muerto, puesto que lo vieron de repente levantarse, tomar a la joven en sus brazos y bajar de la hoguera en medio del humo que le daba la apariencia de un fantasma.

Entonces, el fantasma del viejo rajá, con sus esposa Aouda en brazos, se acercó hasta los señores Fogg y Cromarty y susurró:

—¡Huyamos!

Era el mismísimo Passepartout, quien se había deslizado hasta la hoguera, aprovechando la oscuridad, para tomar el lugar del cadáver.

Arrancando a la joven cautiva de la muerte, había logrado pasar en medio de los guardias aterrorizados.

Pero este estupor no duraría mucho, así que desaparecieron en la selva antes de que los descubricen.

El elefante los llevó al trote rápido, mientras los guardias los perseguían, y pronto lograron escabullirse de las balas y las flechas.

—¡Esta joven no estará a salvo hasta que abandone la India! —advirtió Cromarty.

Algunas horas después, el elefante y sus pasajeros llegaron a Allahabad. Allí los esperaba un tren nuevo que los llevaría sobre las vías recién construidas. Al día siguiente, Phileas Fogg y los suyos llegaron al puerto de Calcuta, justo a tiempo para embarcarse rumbo a Hong Kong.



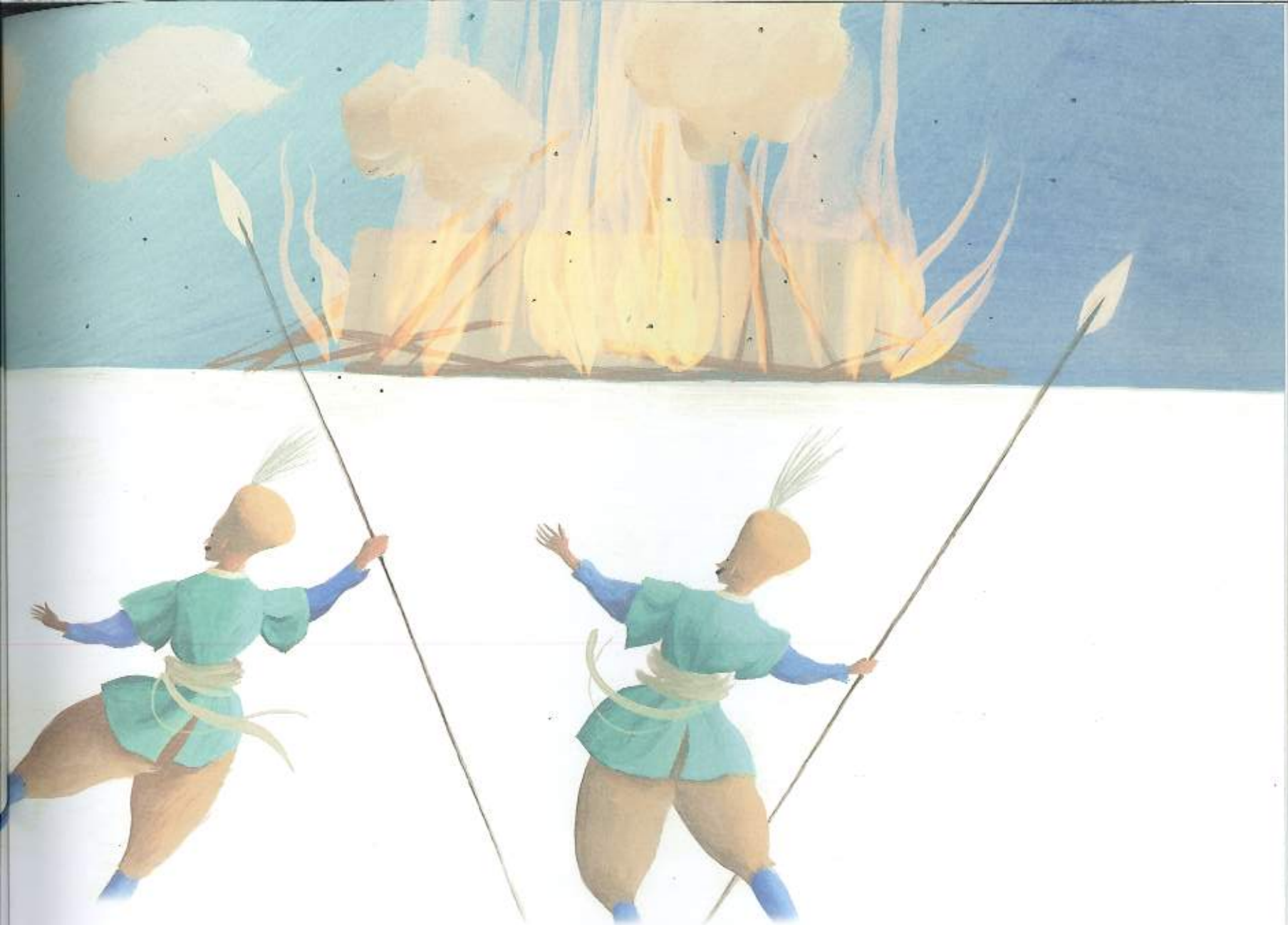
Hasta entonces, la apuesta de dar la vuelta al mundo en ochenta días seguía en pie. Aouda recobró por completo los sentidos, cómodamente instalada en su compartimento de primera clase. Hablando el inglés a la perfección, la encantadora joven expresó su gratitud a sus salvadores.

De Benarés a Calcuta, el tren recorrió kilómetro tras kilómetro a un ritmo constante y veloz. Aouda aceptó la idea de viajar hasta Hong Kong, donde tenía parientes que la ayudarían.

El tren llegó a Calcuta a las siete de la mañana. Según los horarios del señor Fogg, el barco a Hong Kong no zarparía hasta el mediodía, así que tenían cinco horas de espera. El detective Fix, que aún aguardaba la orden de arresto, los esperaba en el muelle con la vana esperanza de que el barco partiese sin ellos. Así que cerca de las once, cuando vio que no solo Fogg y Passepartout sino también una joven hindú se acercaban, su asombro fue enorme.

—¿Qué significa esto?—murmuró entre dientes, pensando en algún truco para impedirles viajar.

El barco en el que navegarían el señor Fogg y sus compañeros se llamaba *Rangoon*. Comunicaba los puertos del Asia. Y en él uno se cruzaba con toda clase de gente.



—¡Usted en el *Rangoon*! ¡El señor Fix a bordo! ¡Cómo! ¡Lo dejo en Bombay y lo encuentro camino a Hong Kong! Entonces, ¿también está dando la vuelta al mundo?

El mayordomo no salía de su asombro. No comprendía que el detective quería tenderle una trampa. Creía haberse reencontrado con un compañero de viaje.

—No, en absoluto, tan solo tengo que arreglar un asunto en el sur de China. ¿Qué hay de nuevo?

Y Passepartout comenzó a contarle acerca de sus aventuras.

El joven francés no se imaginaba el detective le seguía la pista a su amo desde Suez y alrededor del mundo.

Como mucho, había pensado que Fix era un agente enviado por el Reform Club de Londres para comprobar que el señor Fogg cumpliera con el itinerario previsto. El 1 de noviembre, el *Rangoon* hizo una escala en Singapur.

Desde allí, debía navegar seis días más antes de llegar a la costa de Hong Kong. Pero el mar estaba agitado, y el capitán decidió tomar las precauciones necesarias y navegar con más lentitud. Phileas Fogg esperaba pacientemente.

La presencia de Aouda lo conmovía, aun cuando diera la impresión de dar la vuelta al mundo de una manera totalmente matemática.

—¿Aceptaría usted acompañarnos hasta Inglaterra? —le había preguntado.

La joven no respondió, tardaría en hacerlo... Pero Passepartout vivía en un permanente estado de angustia. Se lo veía trepar al mástil para echar una mano a los marineros, bajar a la sala de máquinas para controlar las turbinas... Si hubiera podido calmar el viento, bajar las olas o empujar el barco, lo habría hecho. Afortunadamente, el mar se calmó. Todo volvió a la normalidad.

En fin, Hong Kong no apareció sino hasta la mañana del 6 de noviembre, aunque el barco tendría que haber abordado la costa el día anterior.

Tan pronto como llegaron al puerto, Phileas Fogg se dirigió a la oficina de las autoridades portuarias.

—¿Cuándo zarpa el próximo barco al Japón?

—Mañana, con la marea temprana —le respondió uno de los empleados—. Es el *Carnatic*, que también hace una escala en Shanghai.

Treinta y cinco días después de salir de Londres, Phileas Fogg y su mayordomo respetaban su programa casi con veinticuatro horas de diferencia. Y eso no estaba dentro de los planes de Fix. El detective tuvo un plan. Invitó, entonces, al sirviente francés a tomar algo en una taberna.

Passepartout tenía tiempo libre, así que aceptó. Pero este establecimiento era de una clase especial, un fumadero frecuentado por esos miserables, enflaquecidos desgraciados que consumían opio.

—Tengo que hablarle de cosas serias —comenzó Fix, dirigiéndose al joven francés.

—Creo saber de qué se trata —lo interrumpió Passepartout—. ¡Quiere confesar que anda tras nuestras huellas porque lo han enviado del Reform Club de Londres!

Fix pidió una botella de brandy y le sirvió varias copas al mayordomo.

—Verá, joven, poca horas antes de su inesperada partida, se cometió un robo de grandes dimensiones en el Banco de Inglaterra. Y parece que el perfil del malhechor corresponde rasgo por rasgo al señor Fogg.

—¿Qué es toda esta historia? —bramó Passepartout y descargó el puño con furia sobre la mesa—. ¡Mi amo es el hombre más honesto del mundo!

—¿Y cómo lo sabe? —insistió Fix—. Trabaja para él desde el día mismo en que salieron de viaje, ¿no? En cuanto a mí soy un detective al servicio de Su Majestad. ¿Acaso quiere quedar arrestado como cómplice?

Passepartout se tomó la cabeza entre las manos. Las copas de brandy, mezcladas con el humo del opio, comenzaban a hacer efecto en sus sentidos.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó al detective, conteniéndose todo lo posible.

Después quiso levantarse, pero cayó sobre la silla, totalmente borracho. Aprovechando la debilidad del joven, Fix se apoderó de una pipa de opio que un hombre dormido había dejado abandonada y la deslizó entre las manos del mayordomo.

—Vamos, sería una lástima que no pruebe aunque sea algunas bocanadas —murmuró.

Algunos instantes más tarde, Passepartout cayó sobre la mesa, bajo la influencia del narcótico, y quedó inconsciente durante horas.

A la mañana siguiente, cuando Phileas Fogg llamó a su mayordomo, este no apareció. Lo cual era de lo más desagradable, ya que tenían que partir en barco. Así es que el señor Fogg se dirigió al muelle con Aouda, pero sin Passepartout. La familia que la joven hindú esperaba encontrar en Hong Kong ya había abandonado la ciudad, así que Aouda comenzó a pensar cada vez más en establecerse en Inglaterra. Pero al llegar al puerto, un hombre flaco y nervioso se aproximó a la pareja y les dio una mala noticia:

—¿También usted piensa abordar el *Carnatic* con destino a Yokohama?

Los rasgos de este individuo le decían vagamente algo a Phileas Fogg; le parecía habérselo cruzado en algún lugar.



—Y bien —insistió con voz persistente el hombre, cuyos ojos pequeños brillaban de manera extraña—, el barco partió temprano ayer por la noche, antes de lo previsto.

Después de algunos instantes de silencio, Phileas Fogg, sacudiendo lentamente la cabeza, preguntó:

—¿En este puerto hay otros barcos aparte del *Carnatic*, no es verdad?

Y tras decir esto, tomó a Aouda del brazo y partió sin demora en búsqueda de una solución. El capitán de la *Tankadere*, una goleta parecida a un yate de competición, les ofreció sus servicios. Pero cuando supo que el destino era Japón, anuló su oferta.

—¡Le ofrezco dos mil quinientas libras por día! —insistió el señor Fogg.

El capitán cedió, pero solamente para llevarlos hasta Nagasaki, que quedaba mucho más cerca.

—Pero, querido Phileas —dijo Aouda, preocupada—, ¿qué hacemos con Passepartout? ¿Lo dejaremos atrás?

La mirada del doctor era sombría y triste.

—Lamentaría mucho que no aparezca —respondió en voz baja—, pero si no llega en el transcurso de una hora, nos veremos obligados a zarpar sin él.

Durante ese intervalo, el sirviente francés no llegó al puerto. La *Tankadere* levó anclas en dirección a Nagasaki, llevando, además del equipaje, a Phileas Fogg, Aouda y el detective Fix, quien había aprovechado la ocasión para embarcarse junto a ellos hacia el país del sol naciente.

Tirado en su cucheta, Fix hervía de impaciencia. Había logrado detener al mayordomo, pero no al amo. Ahora no tenía duda de que la orden de arresto lo esperaba en Japón.

Mientras tanto, el doctor Fogg y su protegida no podían dejar de pensar en el desafortunado Passepartout. ¿Qué le había sucedido?

Durante los dos primeros días de viaje, el mar estuvo en calma, pero el tercer día, se desató un tifón tan fuerte en China que llegó hasta la pequeña goleta. Las olas gigantescas sacudieron la embarcación, el mar la golpeaba con violencia. El agua caía pesadamente sobre la cubierta e inundaba la cabina del piloto.

Con semejante alboroto, era imposible comprender nada. Finalmente, el capitán le gritó a Fogg:

—Me temo, señor, que haríamos bien en acercarnos a un puerto de la costa. Esto hará que se demore, pero no tanto como si naufragamos.

—Yo también lo creo —respondió Fogg—, y ese puerto es Shanghai. ¡A Shanghai, entonces!

Mientras tanto, el pobre Passepartout, que recién se recuperaba de la intoxicación del opio, había logrado llegar hasta el puerto. Confundido, se trepó como pudo a bordo del *Carnatic*, convencido de que su amo y Aouda estaban allí. Pero al día siguiente, después de despertar, se dio cuenta de que no estaban a bordo del barco. ¡Había partido sin ellos!

—¡Maldito Fix! ¡Si lo tuviera entre mis manos! —gritó.

Una vez que llegó a Yokohama, solo, sin un céntimo, muerto de hambre y descorazonado, Passepartout comenzó a deambular por la antigua aldea hasta encontrar un empleo en una compañía de acróbatas japoneses.

Entretanto, en el mar de la China, el capitán de la *Tankadere* había tenido que recurrir a toda su destreza para navegar, aun cuando temía que la goleta naufragara como consecuencia del tifón. Los pasajeros fueron trasladados en pleno mar a un poderoso trasatlántico. Este barco navegaba directamente a Yokohama, y llegó sin inconvenientes menos de dos días más tarde.

Por pura casualidad, Phileas Fogg y Aouda, que querían olvidarse un poco de sus desventuras, el 14 de noviembre, fueron a un espectáculo de acróbatas que se presentaba no muy lejos del puerto. Apenas comenzó el espectáculo, Fogg reparó en un joven diferente a los demás, con un fuerte acento francés...

—¿Passepartout? ¿Aquí? —exclamó Aouda— ¡Pero eso es imposible!

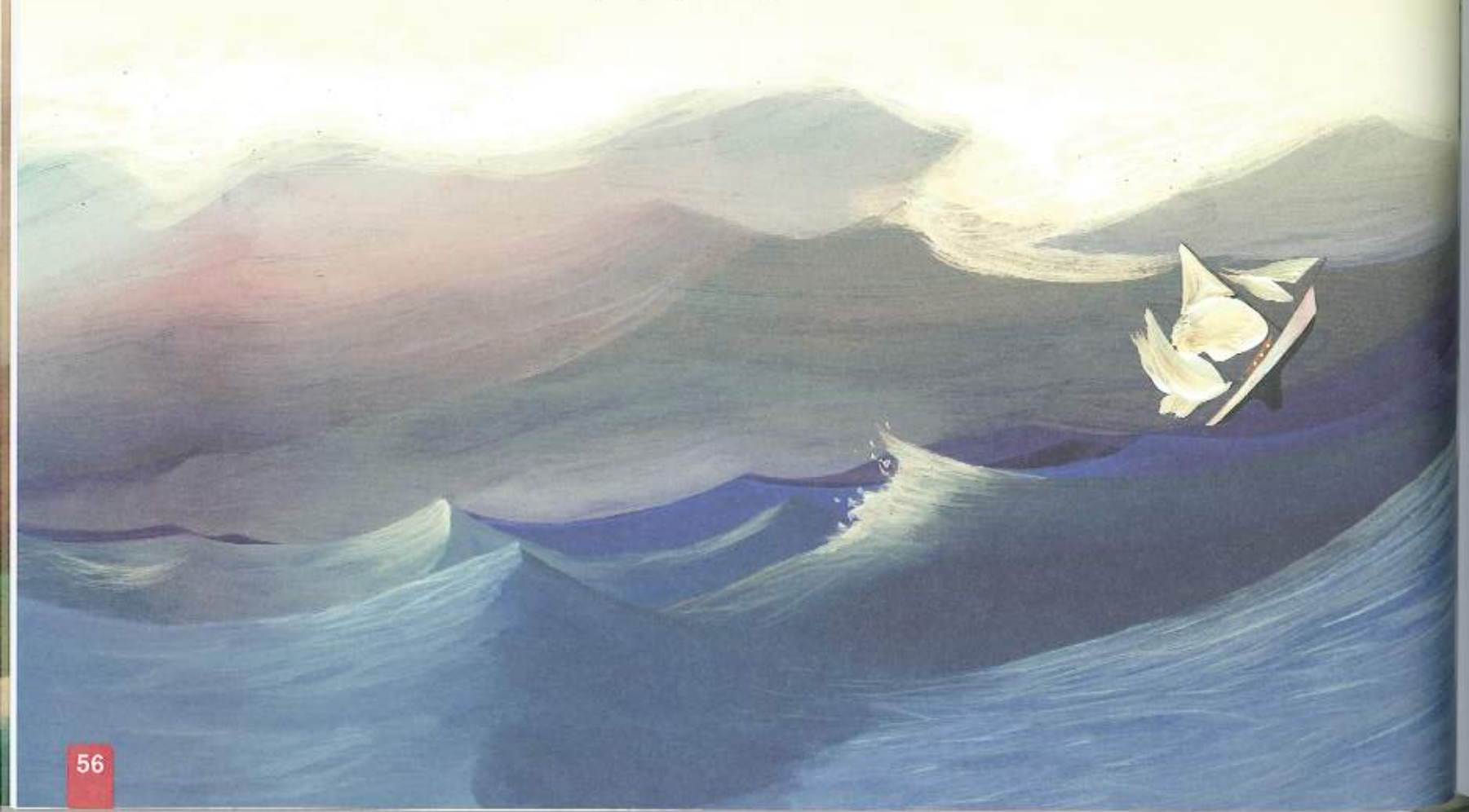
El mayordomo, loco de alegría, corrió a abrazarla.

—¡Aouda!

—¡Señor Fogg! ¡Qué alegría encontrarlos! ¡Si supieran las que he pasado!

—Lo sabemos, lo sabemos —respondió el señor Fogg sin perder la calma, como si no lo sorprendiese descubrir a su mayordomo francés vestido de acróbata en el circo de Yokohama.

Passepartout les contó sus aventuras. Más tarde, Phileas Fogg fue a comprar los pasajes para viajar a San Francisco.



El General Grant, el barco en el que navegarían a los Estados Unidos, era un barco de vapor que demoraba menos de veintiún días en atravesar el océano Pacífico.

El viaje se realizó sin problemas, excepto un día a fines de noviembre en el que un joven furioso y lleno de energía se lanzó sobre un hombre flaco y nervioso, para molerlo a golpes.

—¡Ya no parece tan valiente! ¡Mentiroso! —se burló Passepartout, mirando como Fix había quedado despatarrado en el suelo, con la nariz sangrando y lleno de moretones en la cara. Al fin y al cabo, pronto regresaremos a Inglaterra, donde nos espera la orden de arresto.

Lanzándole una mirada de desprecio, Passepartout lo dejó tirado allí, no sin antes advertirle:

—Mi amo es inocente.

El 3 de diciembre, el General Grant ancló en los alrededores del puerto de San Francisco al amanecer.

El señor Fogg no tardó en averiguar los horarios de los trenes a Nueva York, y se permitió pasear un poco por la ciudad, pues sabía que el primer tren salía recién a las seis de la tarde. *Ocean to ocean*, así llamaban a la Pacific Rail Road, la red ferroviaria que atravesaba los Estados Unidos desde el Pacífico hasta el Atlántico. Este tren demoraba, en principio, siete días en completar el trayecto. De ser así, Phileas Fogg esperaba llegar el 11 de diciembre a Nueva York.

Los viajeros habían salido de la estación de Oakland a las seis de la tarde. Era una noche fría, sombría, con el cielo encapotado, cuyas nubes prometían nieve.

Por la mañana, la locomotora condujo a los numerosos vagones sobre los rieles que estaban al pie del macizo de Sierra Nevada, para luego seguir al borde de los precipicios.

Un poco más lejos, en las planicies, aparecieron las impresionantes manadas de bisontes que al cruzar las vías obligaron a la locomotora a detenerse.

—¡Qué país! —dijo Passepartout, nervioso—. Basta con que unos rumiantes atraviesen las vías para que se detenga el tren. ¡Y pareciera que para todo el mundo esto es normal!

Después, el tren llegó a Salt Lake City, aunque con tres horas de atraso. Cada vez nevaba más fuerte. Passepartout estaba impaciente:

—¡Vaya idea la que tuvo mi amo al salir de viaje en pleno invierno! ¿Acaso no podía esperar a que el clima mejorase un poco?

En breve, entre una y otra cosa, el tren llegó a la noche siguiente hasta la línea divisoria de las aguas entre el Océano y el Pacífico.

—¿Estamos a tiempo? —preguntó Aouda.

—Sí, en tanto no tengamos ningún inconveniente en el camino —respondió el señor Fogg.

Pero el tren no alcanzó a recorrer ni diez millas en el estado de Iowa cuando sintieron unos disparos que los obligaron a alejarse de las ventanas y ocultarse bajo los asientos.

—¡Son los indios!

Estos audaces guerreros no eran aficionados. Sin esperar a que se detuviera la locomotora, subieron a los vagones mientras el tren estaba en marcha, gritando y saltando de sus caballos. Pero los pasajeros los esperaban armados.

Passepartout, Fogg y los demás ocupantes del compartimento, con pistolas listas para disparar, estaban listos para defenderse. Hasta Aouda disparó con audacia. Los sioux habían comenzado por atacar la locomotora, y uno de ellos, al tratar de detener el tren, en lugar de cerrar la válvula de vapor, la había abierto. Ahora no sabían cómo frenar el tren, y la locomotora corría a una velocidad increíble. Los viajeros se defendían con valor. En algunos vagones, los pasajeros habían formado, por medio de barricadas, sitios de lucha, como verdaderos fuertes ambulantes.

Había heridos en ambos bandos. Pero si el tren no se detenía, los sioux ganarían la batalla. El conductor, herido de bala, gritó:

—¡Estamos perdidos si el tren tarda cinco minutos más en parar!

—¡Parará! —dijo Phileas Fogg.

Justo entonces, Passepartout abrió una portezuela y se deslizó bajo el vagón. Arrastrándose colgado por debajo de los coches, y agarrándose de las cadenas y las palancas de freno, avanzó de uno a otro vagón. Con su agilidad de acróbata, el mayordomo, con maravillosa destreza, llegó a la parte delantera del tren sin que lo vieran. Allí, entre el primer vagón y la locomotora, desenganchó las cadenas de seguridad y la barra de enganche.

Poco a poco, el tren empezó a detenerse, en tanto que la locomotora, liberada del peso de los vagones, tomó aún más velocidad y siguió hacia el este. El tren se detuvo, al fin, a menos de cien pasos del fuerte de Kearney, donde un grupo de soldados estaba acampando.



Los soldados intervinieron de inmediato, y los indios emprendieron la fuga. La locomotora, con dos operarios heridos, siguió sola, dejando a todos los pasajeros atrás.

—Señor Fogg —fue a preguntarle Fix unos minutos más tarde—, ¿tiene que estar a cualquier precio en Nueva York el 11 de diciembre antes de las diez de la noche?

—Así es, a cualquier precio.

—¿Se atreve a cruzar las extensas planicies congeladas que nos separan de Omaha con un medio de transporte muy especial? Hay un hombre que tiene un trineo de vela.

Así fue como Phileas Fogg y su mayordomo emprendieron viaje en un extraño vehículo. Esta especie de trineo, que a la vez contaba con una cubierta y un mástil, así como una vela y un timón, tenía capacidad para cinco personas.

Desde el oeste, soplaban un viento bastante fuerte, por lo que el vehículo pudo desplazarse sobre la nieve a cuarenta millas por hora. Los pasajeros, apiñados para protegerse del frío, se habrían congelado de no cubrirse con unas mantas. ¡Qué travesía!

—Si nada se rompe —dijo el conductor, un tal Mudge—, llegaremos a tiempo!

La pradera era plana como el mar. Solo restaba esperar que ninguno de los pasajeros se muriese de frío en el camino, que el viento no aflojara y que se mantuviera orientado en el sentido correcto. El trineo parecía volar sobre una alfombra de nieve.

De vez en cuando, con el ruido del motor, salían volando las bandadas de pájaros salvajes. Incluso alguno que otro lobo hambriento se animaba a competir en velocidad con el trineo, pero sin alcanzarlo. No era el momento de tener un accidente... ¡Había peligros por doquier!

Con el dedo sobre el gatillo de su fusil, Passepartout estaba preparado para abatir a las bestias salvajes. Alrededor de la una de la tarde, este barco de los hielos llegó hasta un pequeño grupo de casas sepultadas en la nieve: el pueblo de Omaha.

La carrera contra el reloj se precipitó aún más. Apenas descendieron del trineo, corrieron a la estación, y lograron tomar un nuevo tren justo a tiempo para viajar a Chicago.

Por la noche, llegaron al lago Michigan, para luego atravesar Iowa, Mississippi, Indiana y Ohio. Pero el 11 de diciembre, a las once y cuarto de la noche, cuando el tren frenó en una nube de vapor sobre uno de los muelles de la estación marítima de Nueva York, Phileas Fogg y sus compañeros comprendieron que la apuesta estaba casi perdida. El *China*, con destino a Liverpool, había partido hacía cuarenta y cinco minutos.

—¡Es inadmisibile! —rugió Passepartout—. ¡Perderse una travesía como esa por solo tres cuartos de hora!

—¿A qué hora sale el próximo barco a Liverpool? —preguntó Phileas Fogg—. No creo que dentro de los próximos dos días... ¿O tal vez ha partido? ¡No es posible!

Esa noche, apesadumbrados y muy desilusionados, se fueron a dormir a un hotel cercano al puerto. Sin embargo, a primera hora de la mañana, el señor Fogg estaba nuevamente en el muelle. Observaba...

En medio de una multitud de veleros, reparó en una embarcación de hélice, desde cuya chimenea escapaba una gruesa cortina de humo. Phileas Fogg se acercó en bote hasta esta embarcación, donde preguntó por el capitán.

Este lobo de mar no parecía estar dispuesto a negociar...

—¿Están por zarpar? —preguntó el *gentleman* inglés.

—Sí. Dentro de una hora partimos rumbo a Burdeos con nuestra carga.

Pero tengo que advertirle algo: el *Henrietta* jamás transporta pasajeros.

—Si le ofrezco una buena suma, ¿podría, a pesar de todo, llevarnos hasta Liverpool? Somos cuatro personas.

—No.

—Le pagaré dos mil dólares por esta travesía, y somos cuatro, insisto.

Después de veinte minutos de negociaciones, el capitán terminó por aceptar llevarlos a bordo, pero no a Liverpool, sino a Burdeos. La apuesta parecía perdida, pero el señor Fogg aún creía que sucedería un milagro. El *Henrietta* era un barco que avanzaba sin inconvenientes.



Tan pronto como zarpó del puerto de Nueva York, con estos indescabales pasajeros, pareció estar corriendo una carrera hacia al este. Pero durante la noche, sucedieron un par de cosas que cambiaron el destino del barco. Con varias ofertas de dólares, libras esterlinas y otros sobornos, Phileas Fogg y Passepartout lograron que la tripulación se amotinara y que tomara el control del barco.

El capitán, encerrado en su cabina, profería toda clase de insultos y maldiciones. Así lograron que el *Henrietta* avanzara ya no hacia Burdeos, sino hacia Liverpool. El 16 de diciembre, el trasatlántico cruzó el extremo de Terranova. Hacía setenta y cinco días que habían dejado Londres. En realidad, no estaban tan atrasados con respecto al programa.

Sin embargo, todo dependía del consumo de carbón de las máquinas. El maquinista tuvo una acalorada conversación con el señor Fogg.

—Señor, desde nuestra partida, marchamos a todo vapor. Si bien tenemos suficiente combustible para llegar hasta Burdeos, no lograremos jamás alcanzar Liverpool.

Al escuchar la noticia, fue Fogg quien se puso a pensar a todo vapor.

—¡Activen las máquinas al máximo hasta agotar el combustible! —exigió—. Cuando se termine el carbón, los hombres arrancarán los tablonces del barco, los echaremos al fuego para tener más combustible.

Phileas Fogg hizo que trajeran al capitán, encerrado en la cabina, y compró el barco por la considerable suma de sesenta mil dólares. Ahora que era el nuevo propietario, podía hacer lo que quisiera.

Todo el mundo se puso a trabajar. El que más se esforzaba era Passepartout, quien hacía la tarea de diez hombres. Los camarotes, la cubierta, los palos, todo fue a parar a los hornos de la sala de máquina. La tripulación hachaba todo sin parar, reduciendo a tablas todas las partes de madera del barco.

Así, el barco, casi reducido a su estructura, llegó el 20 de diciembre a la mañana al puerto de Liverpool. Pero cuando todos desembarcaron en el muelle, Fix, que había obtenido la orden de arresto en Nueva York, se acercó a Phileas Fogg y, poniéndole una mano en el hombro, le presentó el documento.

—Señor Fogg, queda arrestado en nombre de Su Majestad.

El 21 de diciembre al mediodía, Phileas Fogg se encontraba detenido en una celda de la aduana de Liverpool. Aunque Aouda y Passepartout se quejaron a las autoridades, no había nada que hacer.

Fogg no solo estaba preso, sino también en bancarrota. Apenas quedaban ocho horas para perder la apuesta. Durante cuatro horas, el señor Fogg recorrió la celda de un lado a otro.



Todavía tenía tiempo para tomar el tren a Londres y llegar al club antes de las veinte horas y cuarenta y cinco minutos, pero... Estaba sumido en sus pensamientos, cuando sintió gritos y un estrépito de puertas que se golpeaban. Distinguió la voz de Passepartout, enérgica; la de Aouda, dulce; y la de Fix, temblorosa, en medio de las voces autoritarias de la policía.

Una vez que todos entraron en la celda, Fix, con la cabeza gacha, tomó la palabra:

—Señor —balbuceó—, lo siento mucho. En fin, yo... Ha sido un parecido deplorable... El verdadero ladrón fue arrestado hace tres días, acabo de enterarme... ¡Y usted, pues, es libre!

Entonces Phileas Fogg se plantó delante del detective y le dio un puñetazo neto y exacto en el medio de la mandíbula, enviándolo al suelo sin demora.

Passepartout se inclinó sobre Fix y le dijo:

—Con franqueza, se lo merece, ¿no?

Sin perder un minuto, Fogg y sus dos compañeros corrieron hasta la estación y tomaron el primer tren a Londres. Faltaban cinco horas para llegar hasta la ciudad y ya eran las cuatro de la tarde.

Cuando el tren llegó a la estación de Charing Cross, Phileas Fogg comprobó lo inevitable: ¡había perdido la apuesta por cinco minutos! Ahora les debía veinte mil libras a los miembros del Reform Club.

Después de haber vencido mil obstáculos, enfrentado cientos de peligros y salvado a una inocente, estaba arruinado a causa de un malentendido y por culpa de un torpe detective.

Una vez que llegó a la casa de Saville Row, Passepartout fue a apagar la garrafa de gas que estaba encendida hacía ochenta días. Después hizo lo mejor que pudo para ocuparse del señor Fogg y de su hermosa compañera hindú. Phileas Fogg se mostraba imperturbable, pero su mayordomo sabía que debajo de esa calma aparente, el *gentleman* estaba indignado.

—Señora, ¿me perdona por haberla traído hasta Inglaterra? —le preguntó a Aouda.

—Y usted, querido Phileas, ¿me perdona por haberlo seguido y haber contribuido a su pérdida al demorarlo?

Después de que cada uno expresara sus disculpas, Aouda y Fogg no solo se perdonaron, sino que se comprometieron. Cuando Passepartout llegó a la sala de estar, Phileas Fogg simplemente le dijo:

—Querido Passepartout, conviene que vaya a avisarle al reverendo de la parroquia que pronto se celebrará un matrimonio.

—Muy bien, muy bien —balbuceó Passepartout, a la vez que se sonrojaba—
¿Y para cuándo se debe reservar la fecha?

—Para mañana.

Decididamente, este Fogg rara vez se tomaba el tiempo para reflexionar acerca de sus decisiones. Mientras tanto, la opinión pública había cambiado. Hasta el arresto del verdadero ladrón del banco, la prensa había descrito a Phileas Fogg como un hábil delincuente que había huido de la policía, yendo al otro extremo del mundo.

Pero en los últimos días, por el contrario, se había convertido en un audaz aventurero que llegaba tras un increíble viaje alrededor del mundo... Pocos sabían que había perdido la apuesta. Pero durante la noche de ese mismo día, después de ir a buscar al reverendo a la parroquia, el mayordomo salió de la capilla en un estado indescriptible.



Corrió hasta la casa de su amo y le dio una serie de noticias tan confusas que nadie lo entendió.

—¡Mañana es imposible celebrar la boda! ¡Es domingo!

—No, Passepartout, es lunes.

—No, es domingo. ¡No ha perdido la apuesta! ¡Los ochenta días se cumplen esta noche!

—¿Y por qué?

—Porque dimos la vuelta al mundo partiendo hacia el este, así que ganamos un día. ¡Llegamos a Londres anoche, esto es, el septuagésimo noveno día! ¡Hoy es el octogésimo día!

¡Phileas Fogg había dado la vuelta al mundo en ochenta días! Si hubiesen partido hacia el oeste, el viaje habría durado ochenta días, pero al partir hacia donde nace el sol, habían viajado un día menos. ¡Aún estaban a tiempo de ganar! Minutos antes de que llegara la hora en que vencía la apuesta, una multitud de curiosos y periodistas se reunieron en la puerta del Reform Club.

Fogg, seguido de Passepartout y Aouda, ingresó al salón del club donde los caballeros terminaban una partida de whist.



—¡Señores, tal como anuncié, aquí estoy!

El reloj indicaba que aún no eran las veinte horas y cuarenta y cinco minutos. Phileas Fogg, que horas antes creía haber perdido hasta el último centavo, ahora se haría rico. Había ganado la apuesta, aun cuando hubiese gastado sumas colosales en el transcurso del viaje.

Pero no había emprendido esta aventura por dinero, sino por honor, así como por el placer de ver las caras asombradas de sus amigos del club.

Y al fin y al cabo, ¿qué importancia podía tener el dinero si, al fin y al cabo, había traído consigo a la más hermosa de las princesas de la India, que se convertiría en su compañera?

FIN DEL VIAJE





Alrededor de LA LUNA

Cerca de 1860, en los Estados Unidos, un proyecto increíble sorprendió a la prensa: el envío de una bala gigante hasta la superficie de la Luna. El responsable de esta gran idea, un hombre llamado Barbicane, era presidente del Gun Club, una asociación de cañoneros que había estudiado los últimos conflictos en los Estados Unidos.

El poder del fuego y de las armas era tanto que había imaginado enviar un proyectil justo a nuestro satélite desde un cañón monumental. El asunto habría sido original y se habría confiado en la experiencia si no fuera por un elemento que agregó una nueva dimensión al proyecto. Un aventurero francés, Michel Ardan, se ofreció a que lo encerraran en el cañón que iban a disparar.

Solo un francés podía tener semejante idea.

—¡Por fin he encontrado una forma de viajar alrededor de la Luna! ¡No veo por qué habría de privarme de esta aventura! —decía.

El presidente Barbicane trató de disuadirlo varias veces:

—No es nada prudente, señor Ardan.

—Si afirma esto es porque no está seguro acerca de su cañón y su bala. Entonces, ¿vale la pena invertir tanto dinero y energía en una experiencia que, según su punto de vista, no tendrá éxito?

—¡Claro que tendrá éxito! —respondió Barbicane, ofendido.



—En ese caso, me voy de viaje. Y usted me acompañará.

Puesto que hizo esta declaración en público, al presidente Barbicane no le quedó otra cosa que aceptar. Negarse habría sido admitir que su proyecto no era cosa seria.

Así fue como la forma de la bala se cambió a último momento, para permitir que los viajeros por el espacio tuvieran lugar en la cámara cilíndrica. De hecho, un tercer insensato había aceptado partir con los otros dos: un cierto capitán Nicholl, enemigo histórico y opositor público de Barbicane, persuadido de que el proyectil caería unos pocos metros después de que se disparara.

El 30 de noviembre de ese año, cerca de la ciudad de Tampa, Florida, tres hombres valientes, para no decir locos furiosos, se metieron dentro de un inmenso cañón que dispararía a una fuerza de ochocientos kilómetros por hora. Se estimaba que llegarían a la Luna cuatro días más tarde. Algunos minutos antes de la explosión, Barbicane se dirigió a sus compañeros:

—Señores, ha llegado la hora. Decidamos cómo nos colocaremos dentro del cañón para amortizar los efectos del choque.

Se instalaron tres colchonetas gruesas, para que los pasajeros salvaran sus vidas... Michel Ardan quiso decir unas últimas palabras para sus fieles amigos, los perros Diana y Satélite, que habían querido acompañarlo.

—¡Vamos, ustedes dos! Van a demostrarles a los perros de la Luna cómo se comportan sus colegas terrestres.

—Si hay perros en la Luna —agregó Barbicane.

—¡Los hay, se lo garantizo, al igual que caballos, vacas, burros y gallinas!

—¡Apuesto cien dólares a que no encontraremos ninguno!

—¡Es inútil apostar lo que sea! —los interrumpió Nicholl—. Dentro de unos minutos nos estrellaremos contra el suelo, a algunos metros de acá...

Los tres hombres se metieron dentro del cañón. No muy lejos, en el centro de controles, exactamente a las diez de la noche, Murchison, oprimió el contacto eléctrico para prender la chispa del cañón. Se produjo instantáneamente una detonación ensordecedora, sobrehumana.

Un inmenso haz de llamas surgió de las entrañas de la Tierra y se produjo un choque espantoso. El proyectil, impulsado por seis mil millones de litros de explosivos, se elevó en el espacio.

En el suelo, atrás del cañón, se produjo un verdadero terremoto que arrancó los árboles de raíz.

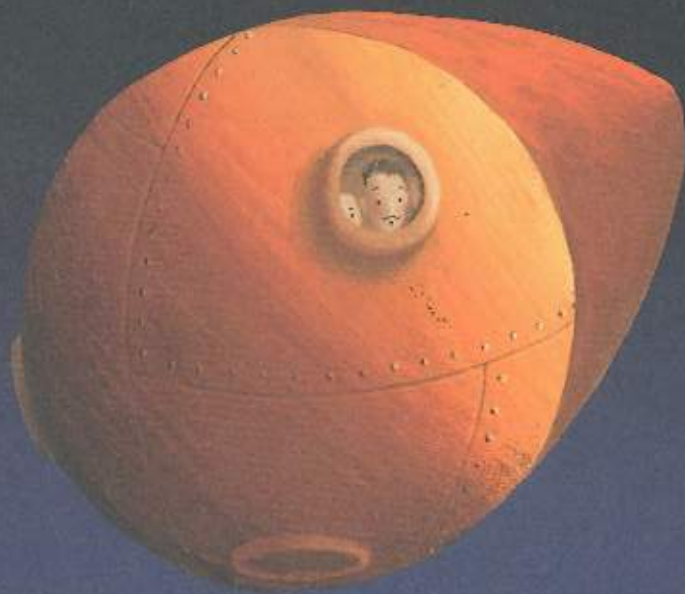
Y en Tampa, decenas de casas se derrumbaron, para no hablar de los monumentos que se llenaron de grietas. Si así había quedado todo, nadie osaba imaginar cómo estarían los pasajeros del proyectil.

¿Cómo sobrevivir a semejante impacto?

Dentro del proyectil, la oscuridad era total. Las paredes del proyectil habían resistido el disparo sin que les causara el menor destrozo, abertura o deformación. Todo parecía intacto. Pero ¿y los pasajeros?

Algunos minutos después de las diez, el primero de los tres cuerpos se movió, estiró sus brazos, levantó la cabeza y finalmente se puso de rodillas.





Era Michel Ardan, que se palpaba minuciosamente, para comprobar si no tenía huesos rotos. Luego suspiró:

—Michel Ardan, completo. Veamos cómo están los demás.

Barbicane y Nicholl estaban el uno sobre el otro, inertes. Ardan consiguió reanimarlos con un vigoroso masaje. Comenzó con Nicholl. Luego siguió con Barbicane. No tardaron en recuperarse. Con la boca seca, Barbicane intentó hablar:

—¿Avanzamos? ¿O agonizamos en algún rincón de la Florida?

—Estamos en el fondo del golfo de México, ¿no? —preguntó Nicholl.

—Señores, creo que estamos en el medio del cielo —pregonó Michel Ardan.

Los tres hombres se incorporaron y fueron a abrir la persiana que cubría una de las ventanillas.

Los ojos de Barbicane se abrieron como platos:

—¡Miren todas las estrellas y la oscuridad que hay entre la Tierra y nosotros! ¡Lo logramos! ¡Estamos viajando por el espacio!

—¡Hurra! —gritó Ardan. ¡Nos vamos de picnic a la Luna!

El capitán Nicholl, admitiendo que habían dejado atrás la Tierra, sacudió la cabeza y luego sacó varios fajos de dólares de sus bolsillos, para dárselos a Barbicane.

—Perdí la apuesta —dijo.

Suspirando, ayudó a Michel Ardan a abrir el panel lateral que daba al exterior. Esta vez, la intensa luminosidad de la Luna ingresó a través del cristal e invadió la nave. En cuanto a la Tierra, parecía una medialuna plateada bajo sus pies.

—¿Esa es la Tierra? —preguntó Nicholl con sorpresa.

—Apenas si se ve una parte.

El espectáculo era tan asombroso que los tres hombres permanecieron un buen rato contemplando las profundidades del espacio hasta que escucharon unos ladridos.

—¡Los perros!

Los dos perros no se habían olvidado de lo que es tener hambre. Michel Ardan encontró a uno de ellos escondido debajo de un diván. Era Diana. Atemorizada por el estruendo inicial, estaba en un rincón, pero no había sufrido heridas.

En cuanto a Satélite, se había perdido, y fue necesario buscarlo largo rato, hasta que se lo encontraron en uno de los compartimentos superiores del proyectil, hasta donde había sido lanzado por el choque. Se había lastimado la cabeza contra la bóveda de acero de la cabina.

Dándole agua, Michel Ardan le susurró en la oreja:

—Te cuidaremos, mi viejo, somos responsables de tu vida.

Mientras tanto, Nicholl y Barbicane verificaban que las provisiones, las herramientas y los instrumentos hubieran tolerado el fuerte impacto. Los barriles de agua y los víveres estaban intactos, lo que era fundamental para que los viajeros pudieran establecerse en la Luna.

Sin embargo, Nicholl, teniendo en cuenta que los rayos del Sol pegaban contra la cabina, se preguntó si el calor no pondría en riesgo el estado del proyectil, puesto que la atmósfera terrestre ya no lo protegía.

—Nuestra cápsula toleró una temperatura bastante más alta cuando viajaba a toda velocidad sobre las capas atmosféricas —le dijo Barbicane para tranquilizarlo.

Michel Ardan se había subido a lo alto de unos armarios recubiertos de un material misterioso, donde guardaba algo. Sus compañeros sabían que lo que ocultaba en el interior era un montón de semillas que contaba con hacer germinar en la Luna.

—¡Por suerte, nuestros cohetes no se dañaron! —anunció Barbicane, observando la pared exterior.

Estos pequeños reactores servían para hacer más lento el curso de la bala cuando esta, empujada por la atracción lunar, cayera. Lo que era extraño, los tres hombres tenían la impresión de permanecer inmóviles, pero circulaban a una velocidad excesiva. Una cosa era segura: no dependían ni de los baches de los caminos ni del oleaje del mar que hacía moverse a los barcos.

De todos modos, como estaban realmente cansados, los tres viajeros se durmieron como marmotas. Cuando despertaron, se asombraron, porque escucharon el canto de un gallo dentro del habitáculo.

—¿Qué es eso? —dijo Barbicane, abriendo los ojos no sin cierta sospecha.

—Nada, nada, soy yo —respondió Michel Ardan con picardía—. Se trata de una tradición francesa: ¡cuando me levanto, canto «cocoricó»!



Los dos estadounidenses miraron azorados a su colega, pero este se comportaba con toda la naturalidad del mundo. Después de un buen desayuno, Barbicane volvió a sus observaciones y sus cálculos. Pero, aparentemente, era otra cosa la que lo fastidiaba:

—Tengo miedo de que no lleguemos a nuestro destino, señores. La velocidad de salida fue inferior a lo previsto.

—¿Pero no estamos ya a mitad de camino? —se sorprendió Nicholl.

—Así es, pero corremos el riesgo de no alcanzar el punto neutro a partir del cual dejaríamos atrás la atracción terrestre, y pasando ese punto, la atracción lunar nos llevaría hasta la Luna.

Encogiéndose de hombros, Michel Ardan intervino:

—¡Puro cuento! Ustedes los científicos hacen tantos cálculos que se les suben a la cabeza. Si ya recorrimos la mitad del camino, tarde o temprano, la Luna se ocupará de nosotros. ¡No se preocupen, señores! Traje conmigo bastantes juegos de cartas, dados, damas y dominós para que nos entretengamos hasta llegar a Júpiter. ¡Hasta podrán jugar con nosotros los habitantes de la Luna!

—Amigo mío —le contestó Barbicane—, si hay vida en la Luna, sus habitantes deben de tener un cerebro organizado como el del ser humano. Sin duda, ya habrán inventado todo lo que nosotros conocemos, así que esos juegos nos serán ninguna novedad.

—Lo dudo. Si los selenitas son tan inteligentes como nosotros, ¿por qué no han intentado comunicarse con los seres humanos?

—¡Tal vez lo hicieron!

Esta conversación tenía tan ocupados a los pasajeros que pasó mucho tiempo hasta que Michel Ardan, inclinándose sobre la cucha de su perro Satélite, exclamó.

—¡El pobre Satélite ha muerto!

Tras un momento breve de recogimiento, tuvo que deshacerse del desafortunado animal.

No quedaba lugar en una cabina tan estrecha para criaturas muertas y vivas. Los tres hombres deslizaron los restos del perro por una estrecha cámara, lo más rápidamente posible, para que el aire de la cápsula no se escapara.



Durante la noche del 4 de diciembre, el proyectil había viajados el setenta por ciento del itinerario previsto. La Luna se parecía ahora a un enorme globo suspendido. Casi se la podía tocar con la mano.

Esa noche, justo antes de irse a dormir, Michel Ardan reflexionó con tristeza mientras miraba por una de las ventanillas:

—¡Mi pobre perro se ha convertido en un bólido macabro!

Barbicane observó que cualquier objeto, sin importar su masa o su composición, acompañaría al proyectil en su movimiento, sin ir ni más rápida ni más lentamente, puesto que sus movimientos se efectuarían en el vacío.

El 5 de diciembre por la mañana, se levantaron con la perspectiva de tocar esa misma noche la superficie lunar.

El satélite ocupaba todo el espacio visible por las ventanillas, y la tripulación comenzó a buscar en medio de las planicies y los mares cuál sería el mejor lugar para el aterrizaje.

Los viajeros no cesaban de observar este mundo nuevo. Su imaginación los paseaba a través de parajes desconocidos. ¡Pronto los recorrerían a pie! No obstante, la verdadera preocupación comenzó a reflejarse en el rostro de Barbicane, y Nicholl compartía la misma inquietud. Al verlos tan perplejos, Michael Ardan también se sintió ansioso.

—¿Qué está sucediendo? Tienen una expresión muy rara...

—Lo que pasa, Michel, es que nuestro trayecto no es exactamente lo que esperábamos. No sé en qué momento nos habremos equivocado, pero ahora que debemos aterrizar en el centro del astro lunar, estamos viajando hacia los extremos.

—La atracción de la Luna nos hace girar a su alrededor —explicó el capitán Nicholl.

—Pero, en realidad, señores, aún no me han dicho cómo piensan regresar a la Tierra después de nuestra expedición a la Luna... Eso es lo que a mí me preocupa.

—En fin, sinceramente, no tengo idea —respondió Barbicane.

—Poco importa —reanudó Ardan—, por mi parte, si yo hubiese sabido cómo volver, no lo hubiese hecho.

Los viajeros no pudieron acercarse a su objetivo ni esa noche ni la siguiente. Después de realizar nuevos cálculos, Barbicane llegó a la conclusión de que el proyectil se dirigía hacia los misteriosos confines de la faz oculta de la Luna. Nicholl tomó con brusquedad a Michael Ardan de una manga:

—Esta vez, Michel, va a tener que decirnos la verdad. ¿De dónde viene ese ruido?

En efecto, se había escuchado nuevos «cocoricós» y muy fuertes, y todos provenían del equipaje del francés. Suspirando, y camino a liberar a sus mascotas, terminó admitiendo la verdad:

—¡Lo confieso, soy responsable!

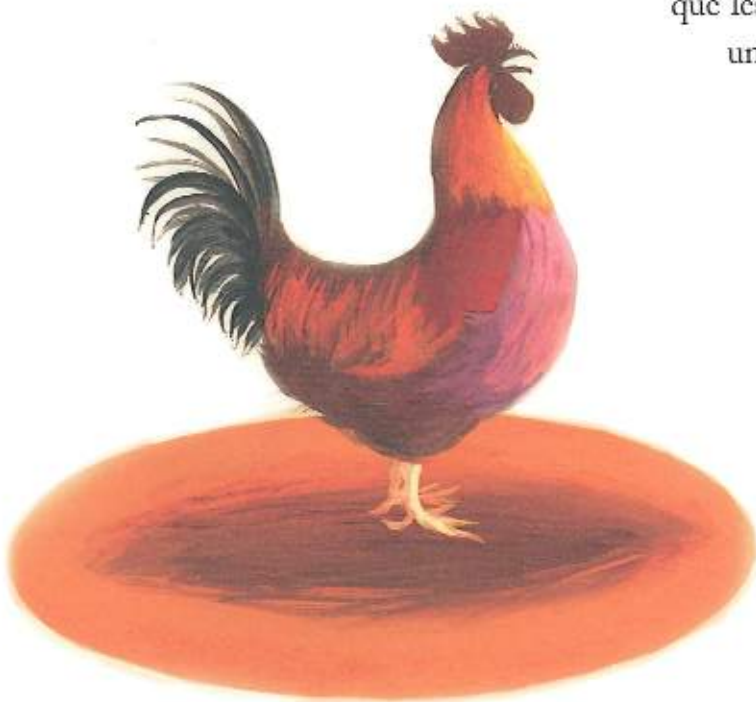
—Pero, en fin... ¿qué pensaba hacer con esas gallinas? —le preguntó Nicholl, a la vez que veía cómo un gallo y cinco gallinas revoloteaban por el habitáculo.

—¡Quería acostumbrarlos al continente lunar! Estoy seguro de que les gustaría, verán, hasta podrían comer huevos frescos una vez que llegáramos a la Luna.

—¡Señores, un poco de atención, miren! —dijo Barbicane.

Estaba de pie con los brazos extendidos y con un vaso suspendido a algunos centímetros de sus dedos.

—Este sí que es un fenómeno físico peculiar —comentó Michel Ardan.



Varios objetos, dejando su base de apoyo, se unieron al vaso suspendido en el aire: libros, instrumentos, botellas y hasta las gallinas que jamás habían volado fuera del gallinero. Hasta Diana, la perra del francés, se encontró junto a su amo, pero a varios metros del suelo.

—Así es, amigos, estamos fuera de la gravedad —sonrió Barbicane.

—¡Vaya si no sería un progreso poder librarnos de todo ese peso fastidioso que nos sobrecarga en la Tierra! —imaginó Ardan.

—Ya no sentiríamos cansancio ni en piernas ni en brazos —agregó Nicholl y se puso a girar entre Michel Ardan, su perra y sus gallinas.

—Así es, señores, cuando estemos en la Luna, nuestros setenta kilos no pesarán más de diez.

Barbicane se divirtió un rato con este juego de la falta de gravedad.

Pero, en realidad, sabía que la situación era crítica. El curso del proyectil seguía ahora un recorrido paralelo al del astro, con el riesgo de no alcanzarlo nunca. ¿Cuánto tiempo les podía quedar a los tres hombres, arrojados alrededor de la Luna, con las reservas de aire que restaban? De cerca, el relieve lunar era extraordinariamente complejo.

Pero no había agua que erosionara la superficie y formara ríos. Ni había aire que permitiera al viento desgastar el suelo. Tan solo era el efecto de los volcanes que plegaban rocas, creaban crestas y abismos.

Y todos esos mares que describían los astrónomos y los cartógrafos no eran más que vastas planicies: el Mar de la Tranquilidad, el Océano de las Tempestades, el Mar de las Nubes o el Lago de los Sueños.

Cincuenta mil cráteres y otras protuberancias constelaban sobre toda la superficie de este astro, como testigos del bombardeo astronómico del que había sido víctima desde su creación.

—Mis amigos —declaró el ingeniero Barbicane en la noche del 6 al 7 de diciembre con un tono grave—: en este momento deberíamos estar en la parte septentrional de Mar de las Nubes. Pero por ahora, no nos queda más que observar sin poder actuar. Así que observemos.

—Esta montaña circular, acá, bajo el Sol... ¿cómo se llama? —preguntó Michel Ardan, que examinaba el paisaje detrás de una ventanilla.

Barbicané desplegó un nuevo mapa y no tuvo problema en responderle:

—Al norte del Mar de las Nubes, se encuentra el cráter Copérnico, que debe su nombre al célebre astrónomo polaco. Sus paredes son casi verticales.

—Se calcula que su altura es de tres mil cuatrocientos metros —precisó Nicholl.

—Son tan redondos que uno podría llegar a suponer que los cavaron unas criaturas.

—El gran Kepler te habría dado la razón, Michel —sonrió Barbicané—. Según este astrónomo del Siglo XVIII, los selenitas, habitantes de la Luna, cavaron estas enormes superficies para resguardarse de los rayos solares. Nicholl se encogió de hombros.

—Kepler no pudo haber calculado las dimensiones reales de estos cráteres. Sería una tarea de titanes, de gigantes, imposible para los selenitas. Ardan reflexionaba con las cejas fruncidas.

—Si la gravedad es seis veces menor que en la Tierra, ¿los trabajos son por lo tanto seis veces menos pesados?

—Sí, pero... ¿y si los selenitas eran seis veces más pequeños?

—¿Y si no había selenitas? En fin, todas las hipótesis eran posibles.

Mientras tanto, el proyectil proseguía su órbita alrededor de la Luna, mil paisajes uniformemente gris o amarillos desfilaban frente a los ojos de los viajeros. Pero esta obra no parecía indicar la intervención del hombre, ni tampoco había ruinas que reflejasen la arquitectura del pasado. Michel Ardan hizo un comentario:

—Todo esto es un poco monótono. ¿No habrá persona alguna en la superficie de este planeta?

—Ni con la vista más aguda puede verse un hombre más allá de siete kilómetros —dijo el presidente del Gun Club—. Por consiguiente, si hay selenitas en alguna parte, divisarán nuestro proyectil, pero nosotros no podremos verlos.

Casi rozando el polo norte, el proyectil se acercó a menos de sesenta kilómetros de la superficie del satélite. Se veía de cada vez más claramente la línea divisoria entre la cara visible y la cara oculta de la Luna. Cuando esta línea fue alcanzada, el proyectil y sus ocupantes quedaron brutalmente sumidos en una noche profunda. Ni un reflejo, ni el menor resplandor. La total oscuridad...

Este cambio había sido tan brutal que se hubiera creído que la Luna se había apagado de golpe, apagada como la llama de una vela por un soplido.

Tras encender una lámpara de gas para poder leer los mapas, Barbicane explicó lo siguiente:

—La Luna está situada como una pantalla entre el Sol y nosotros—. ¡Y la noche aquí dura trescientas cincuenta y cuatro horas!

De hecho, los tres exploradores se sentían bastante contrariados. Con tal oscuridad, era imposible observar algo o saber si esta cara oculta de la Luna albergaba más vida que la cara visible.

No obstante, gozaban del magnífico espectáculo de todas las estrellas suspendidas en el cielo, como millones de ojos que miraban la noche en medio del silencio absoluto del espacio ultraterrestre...



Sin embargo, una sensación de temor se había apoderado de los tres aventureros: el frío intenso había invadido la cabina, y una capa de escarcha recubría la cara interior de las ventanillas.

A falta de luz solar, la cabina del proyectil comenzaba a congelarse. Para que no muriesen a causa de frío, Barbicane puso a más potencia el quemador de gas.

—Creo que la temperatura exterior es de ciento cuarenta bajo cero —dijo.

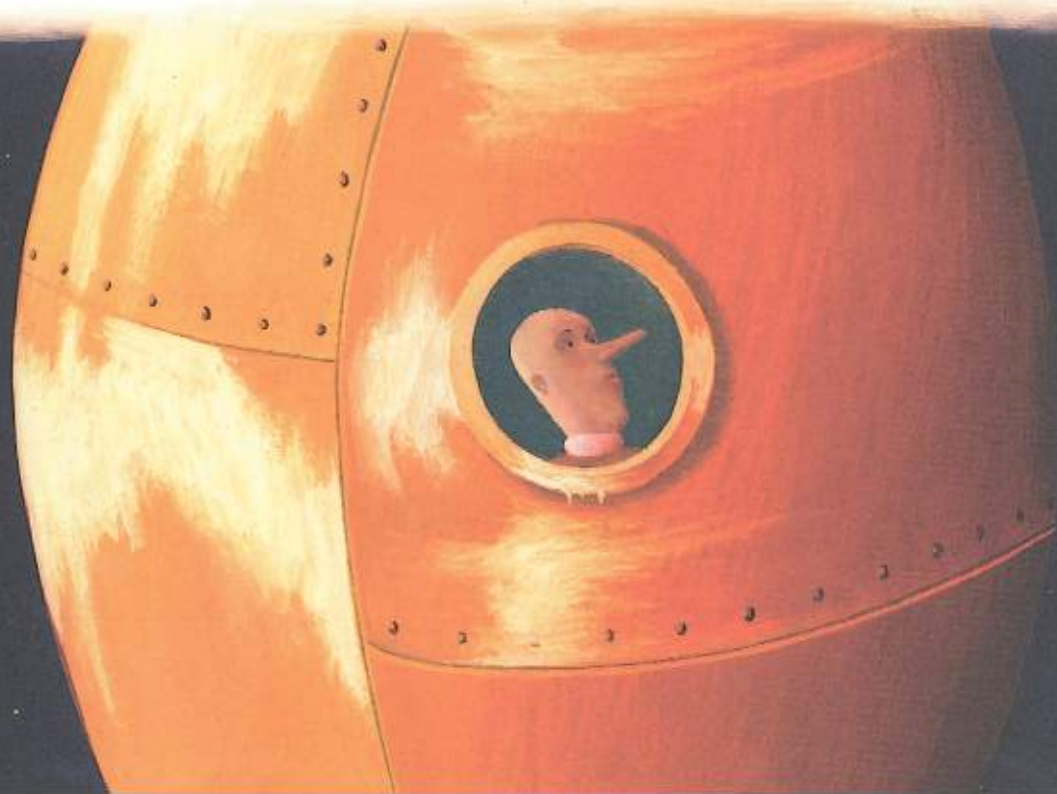
—Al menos, no nos quejaremos de la monotonía del viaje —comentó Michel—. A veces, demasiado luminoso y caliente, otras veces, demasiado frío y oscuro. ¡La naturaleza sabe lo que hace!

Parecía sorprendente que los tres hombres, bastante poco preocupados por su futuro, debatieran como si estuvieran tranquilamente instalados en sus oficinas; dicho esto, no podían ni detener la marcha del proyectil ni modificar la dirección, estaban obligados dejarse llevar.

Hubrían gastado demasiada energía en innecesarias molestias. De pronto, en medio de la profunda oscuridad apareció una masa enorme. Era como una pequeña luna, lanzada a gran velocidad, que venía del fondo del espacio y que se dirigía hacia el proyectil, iluminando su interior con una luz intensa.

—¡Mil demonios! —exclamó Michel Ardan— ¡Se diría que el fuego cósmico avanza hacia nosotros!

—Es un meteorito en llamas, una bola de fuego —dijo Nicholl con la voz casi apagada.



El meteorito parecía haberlos elegido como blanco.

A pesar de lo valientes que eran estos hombres, de su sangre fría y su despreocupación frente al peligro, se quedaron mudos e inmóviles. Sin embargo, dos minutos antes de chocar contra ellos, el meteorito explotó como una bomba. En un sorprendente silencio, miles de fragmentos luminosos invadieron el espacio.

Michel Ardan resumió el panorama, murmurando:

—¡Miren, la cara invisible, por fin, está iluminada!

Gracias a esta explosión inesperada, los tres hombres pudieron ver una parte de la superficie oculta de la Luna por primera vez. ¿Acaso Ardan, Barbicane y Nicholl eran víctimas de alucinaciones? Ante sus ojos, se extendían inmensos paisajes, no ya de llanuras áridas sino de verdaderos mares y, en la superficie de los continentes, se destacaban grandes masas sombrías, similares a enormes bosques.

Las luces brillantes se extinguieron poco a poco. Los asteroides proyectados en el cielo lunar se alejaron hacia el infinito, y el espacio ultraterrestre regresó a la oscuridad. La Luna volvió a caer en la noche impenetrable.

—Bien, creo que todo esto merece una buena comida —propuso Ardan, que nunca olvidaba interrumpir el ayuno.

Los tres hombres y la perra compartieron algunos trozos de pan y de carne fría, mientras que el proyectil continuaba con su ruta, y, poco a poco, se descongelaba el hielo de las ventanillas.

—Es el alba en el polo sur —comentó Barbicane.

Un débil resplandor brillaba en el borde del astro oscuro.

El Sol apareció del otro lado de la Luna y, después de girar, el proyectil volvió a acercarse a su cara visible.

—Parece que hemos regresado para una nueva vuelta... —dijo Nicholl con aire de preocupación.



Barbicané miró a sus dos amigos con emoción.

—Esperemos no girar eternamente...

Pero menos de una hora más tarde, volaban sobre un gigantesco cráter perfectamente circular. Ardan, entusiasmando, gritó:

—¡Cuántos habitantes vivirán aquí, en el corazón de una ciudad bien resguardada!

—Lamento decepcionarte, Michel —dijo Barbicané—. Por lo que hemos observado, la Luna no me parece habitable. Con su mar seco, sus ciclos de calor y frío, la falta de oxígeno, este lugar no favorece en modo alguno al desarrollo de la vida.

Nicholl se permitió hacer una pregunta:

—¿Y si la Luna es inhabitable para nosotros, pero resulta viable para seres distintos a los humanos?

—Me gustaría creerlo, pero pienso que debemos ser realistas. La presencia de una civilización cualquiera, incluso, desaparecida, se descubriría por sus ruinas, por vestigios de construcciones antiguas, huellas, en fin. Pero no hemos visto nada. Si existió la vida en el pasado, hoy es un mundo muerto.

—¿Y si tal suerte le esperara a la Tierra?

—Es posible, cuando el enfriamiento de su corteza la haga inhabitable... Pero es inútil de entrar en pánico ahora, esto no sucederá en los próximos cuatrocientos mil años.

—¡Menos mal! —suspiró Michel—. Pensaba que no teníamos más que cincuenta mil años por delante.

Gracias a las nuevas observaciones, Barbicané había llegado a la conclusión de que el proyectil describía una elipse y no un círculo. Esta elipse podría acercarlos al punto de equilibrio entre la atracción de la Luna y la de la Tierra.

Se trataba de una excelente noticia.

—Bueno, pero una vez lleguemos a este punto neutral —preguntó Nicholl— ¿Qué será de nosotros?

—Hay dos hipótesis —respondió Barbicané—. O bien seguiremos eternamente inmóviles sobre esta línea de doble atracción...

—¡Prefiero la otra hipótesis! —interrumpió Michel.

—O bien giraremos indefinidamente alrededor de la Luna como un nuevo satélite del sistema terrestre...

Con esta situación, lo único que restaba a los tres viajeros era encontrar el medio de influir en ese movimiento, para interrumpirlo de una u otra forma.

Había una solución: usar los cohetes de auxilio previstos para atenuar el aterrizaje del proyectil en la Luna. Si se los empleaba en el momento oportuno y con la potencia adecuada, sería posible sacar al proyectil de su interminable trayectoria. Barbicane consideró que alcanzarían el punto neutro exactamente veintidós horas y diecisiete minutos más tarde.

El día se había hecho largo. Tan largo que estos señores se dieron el lujo de dormir una buena siesta, teniendo en cuenta que no dormían hacía cuarenta horas. Sesenta minutos antes de la fecha prevista, todo el mundo se despertó. Barbicane, con la ayuda de Nicholl, había orientado en el buen sentido los cohetes colgados en el exterior de la cápsula.

A la hora señalada, procedió al lanzamiento. Una luz fulgurante iluminó las ventanillas, mientras que un leve temblor agitó la cabina. Los tres compañeros miraban, escuchaban, observaban con el corazón palpitante.

—¿Entonces? —dijo Michel Ardan algunos instantes más tarde.





Inmerso en los resultados que le revclaban sus instrumentos, Barbicane tardó en responder.

—Señores... —contestó por fin— Creo que ahora descendemos.

—¡En efecto! —confirmó Nicholl mientras miraba con el telescopio— Hemos escapado de nuestro eclipse sin fin.

—Pero ¿hacia dónde descendemos? ¡No entiendo! —insistió Ardan.

—¡Hacia la Tierra!

Esta sería una caída impresionante desde una altura de varios cientos de kilómetros, imposible de atenuar. Michel sujetaba a Diana contra él; Barbicane y Nicholl apretaban los puños. Entonces, Ardan planteó la cuestión que todo el mundo tenía en mente:

—¿Estamos perdidos?

—Es muy probable, sí.

—Entonces, digamos que perderse es un mal menor para encontrar el camino hasta nuestra vieja y querida Tierra...

A las diez de la noche de ese 11 de diciembre, el océano Pacífico estaba en calma en la costa de Nuevo México. La corbeta *Susquehanna*, de la marina de los Estados Unidos, responsable de la colocación de cables en el fondo de los mares, había anclado, pues la noche había llegado.

El teniente Bronsfield se disponía a dejar su puesto y a regresar a su camarote cuando su atención se fijó en un inesperado silbido que escuchó a lo lejos. Al principio, creyó que había una fuga de vapor en la sala de máquinas, pero cuando levantó la cabeza, observó que el sonido provenía de lo más remoto del cielo.



El leve silbido adquirió una intensidad alarmante hasta que, de pronto, apareció un enorme bólido en llamas que atravesaba la capa atmosférica. Esta bola de fuego bajó hacia las olas a una velocidad increíble y chocó contra el mar con un ruido ensordecedor. El capitán Blomsberry salió corriendo de su camarote y se dirigió a uno de sus oficiales.

—Con su permiso, señor, ¿qué pasa?

—¡Regresaron, capitán!

Era evidente que esta masa que había atravesado del cielo no podía ser otra cosa que el proyectil lanzado once días antes. Sobre la suerte de los viajeros, las opiniones de los marineros eran diversas.

—¡Están muertos! —dijo uno.

—¡No, están vivos! —lo contradijo otro— El agua es profunda, el impacto de la caída se ha amortizado...

—Pero les ha faltado el aire —respondió el primero— ¡Se asfixiaron!

—¡Se quemaron! —afirmó un tercero—. ¿Acaso no vieron esas llamas?

El capitán Blomsberry se reunió con los demás oficiales. Se decidió salir de inmediato en búsqueda del proyectil, para auxiliar a los naufragos. Pero era necesario contar con los elementos necesarios, y no los había en el barco. Decidieron entonces navegar hasta el puerto más cercano en la bahía de San Francisco.

Esto era necesario, pero no convenía a los naufragos, ya que durante los dos días que tardarían en rescatarlos, iban a correr el riesgo de quedarse sin aire. Cuando se divulgó en San Francisco la noticia de que los astronautas habían regresado, todos los telegrafistas se abalanzaron sobre sus aparatos para alertar al mundo entero.

En todas las imprentas del país, se pusieron en marcha las rotativas para la impresión de periódicos de la tarde. En el Gun Club, después de una primera explosión de alegría, el secretario anunció:

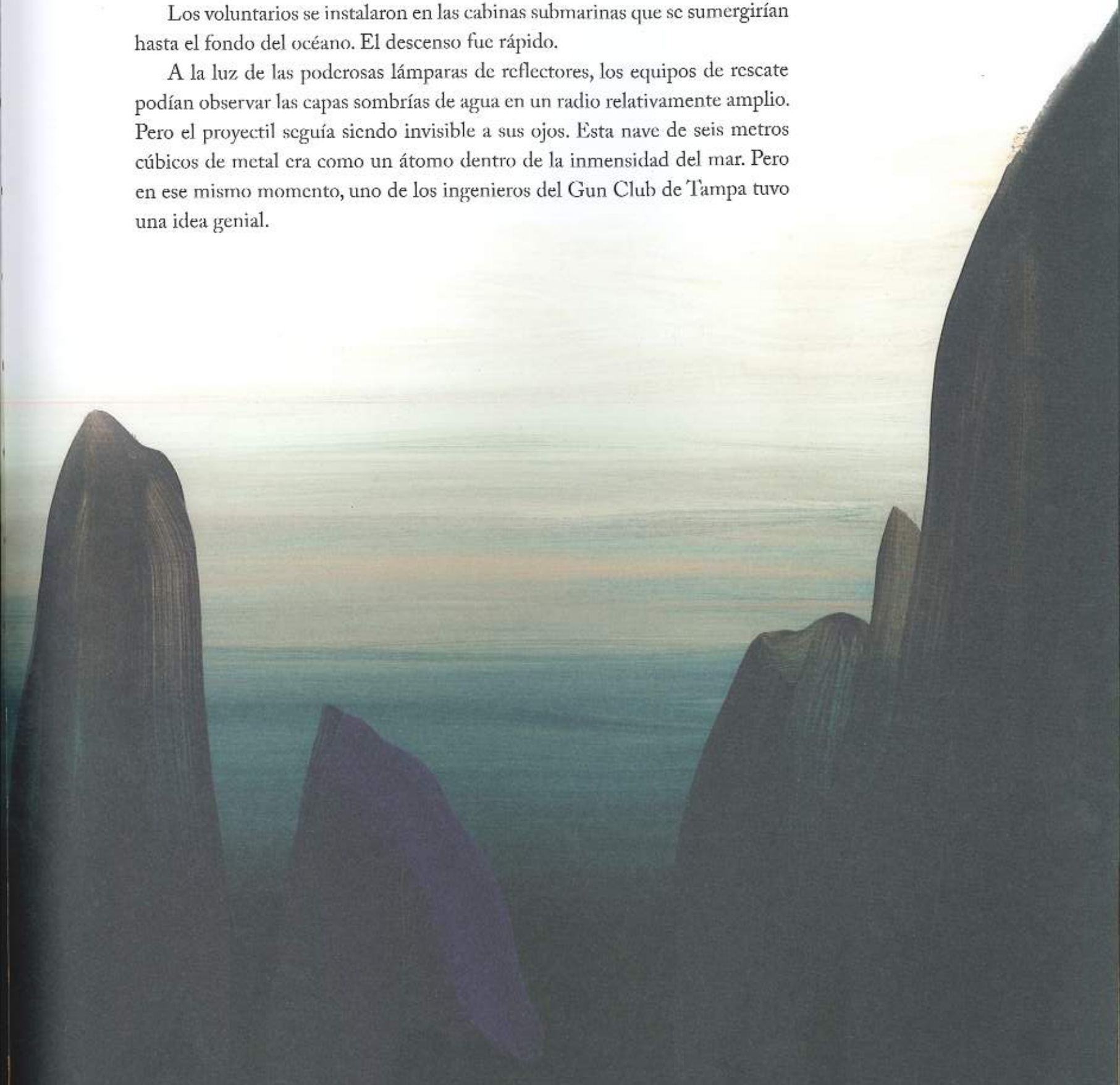
—¡Nuestros amigos son personas sensatas! ¡No pueden haber caído como torpes! Están vivos, bien vivos y, por ello, es necesario apurarse para salvarlos. Deben de tener alimentos y agua suficientes. ¡Pero lo que les falta es el aire! ¡Así que hay que apurarse!

Acababa de comenzar una carrera contra el reloj. El barco zarpó nuevamente desde San Francisco, cargado de herramientas y equipos submarinos listos para usar. Cuando llegó cerca, habían pasado treinta y dos horas desde la caída del proyectil.



Los voluntarios se instalaron en las cabinas submarinas que se sumergirían hasta el fondo del océano. El descenso fue rápido.

A la luz de las poderosas lámparas de reflectores, los equipos de rescate podían observar las capas sombrías de agua en un radio relativamente amplio. Pero el proyectil seguía siendo invisible a sus ojos. Esta nave de seis metros cúbicos de metal era como un átomo dentro de la inmensidad del mar. Pero en ese mismo momento, uno de los ingenieros del Gun Club de Tampa tuvo una idea genial.



Después de hacer mil cálculos, llegó a una nueva conclusión: si al caer, el proyectil se había sumergido hasta lo más profundo del mar, por el hecho de ser hueco y de estar lleno de aire, tendría que haber regresado a la superficie. Estas pocas palabras, telegrafiadas a las autoridades marítimas de San Francisco, fueron reenviadas al barco. Y así fue...

—¡Objeto no identificado a la vista!

Uno de los marineros que estaba en la cima de un mástil logró divisar algo poco usual en el medio de las olas. El comandante Blomsberry observó a través de un catalejo.

—¡Es verdad! ¡Ese objeto parecer ser cónico! ¡Son ellos! ¡Están flotando!

En medio de un gran entusiasmo, lanzaron unos botes al agua. Sin duda, era el proyectil. Desde lejos, pudieron ver que una de las ventanillas estaba abierta. Blomsberry se acercó con la primera embarcación. Al llegar hasta el proyectil, se puso de puntas de pie para mirar por la ventanilla, y escuchó unos ladridos:

Después escuchó gritos:

—¡Tienes razón Diana! ¡Ladra lo que quieras! —exclamó una voz con acento francés— ¿Quién se atreve a interrumpirnos en medio de nuestra partida de dominó?

Y entre las risas que siguieron a esta insólita declaración, reconoció los acentos enérgicos del capital Nicholl y el presidente Barbicane, quienes se divertían por la broma de Michel Ardan.

Los tres hombres regresaban de su expedición no solo sanos y salvos sino también de muy buen humor. La gran simpatía que había acompañado a los viajeros se había multiplicado por el anuncio de su regreso.

Miles de personas de todos los rincones se reunieron en los muelles de San Francisco para recibir a los tres hombres cuando llegaron a tierra firme. Como resultado de su aventura, aportaban a la ciencia y a toda la humanidad miles de observaciones sobre el astro lunar, ese cuerpo celeste tan familiar, pero tan misterioso hasta entonces.

Este viaje alrededor de la Luna no sería sino el primero de una serie de exploraciones. A partir de entonces, los aventureros esperaban fundar colonias no solamente en la Luna sino también en Marte y hasta en Júpiter. Con este fin, poco después de su regreso, los tres amigos crearon una sociedad a la que bautizaron con un nombre evocador: «Sociedad Nacional de Comunicaciones Interestelares».

FIN DEL VIAJE





Viaje al centro DE LA TIERRA

Mi tío, el profesor Lidenbrock, era un hombre original. Ese día, apenas llegó a nuestra casa, en el número 19 de la Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo, lo escuché gritar:

—¡Axel! Ven de inmediato.

Sorprendido de que yo no hubiera entrado aún en su escritorio, volvió a llamarme:

—¿No has bajado todavía? Mi tío era profesor de Geología en una gran universidad. Solía correr de un proyecto al otro.

Se sentó en su viejo sillón de cuero con un libro entre las manos.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —repetía mientras contemplaba las páginas con admiración.

—Sin duda —observé.

—Un amigo del museo me lo acaba de regalar. ¡Imagínate, es un manuscrito islandés que está escrito con runas!

En ese preciso instante, un pergamino amarillento se deslizó de entre las páginas del libro y cayó al suelo. Mi tío lo levantó de inmediato y lo desplegó sobre su escritorio.

Ж. А. К. П. П. Ч Х. Ч. А. Т. П. Т. Р Ч. Т. Т. П. П. Б. Р.
Ч. П. Т. Ч. Ч. П. Ф П. К. Т. Т. П. Т. Ф К. П. Т. П. А. Р. Т.



Una vez abierto el manuscrito, que tenía alrededor de treinta centímetros de anchura y veinte de longitud, mi tío se detuvo a observar los caracteres mágicos trazados en líneas transversales. Al ver lo asombrado que estaba, adiviné que había descubierto un tesoro de incalculable valor.

—¿De qué se trata? —le pregunté— ¿Está en un idioma ya conocido?

En ese momento, Marta, nuestra cocinera, se asomó por la puerta:

—Señor Lindenbrock, Axel, pueden venir cuando quieran, la sopa está servida.

¡Para qué había hablado! Furioso, mi tío alzó la vista mirando al cielo y gritó:

—¡Al diablo con la sopa, con la que la preparó y con los que la coman!

Marta se marchó asustada; yo me sentía un poco incómodo en el escritorio de mi tío; tenía hambre...

—Se trata de un código secreto en islandés antiguo —afirmó mi tío—. No cabe duda de que detrás de estos signos hay un significado oculto. Si se los lee tal como están, no tienen sentido alguno.

Examinó el pergamino por todos lados, lo miró a contraluz, con una lupa y con varios pares de anteojos hasta que encontró una firma al final del manuscrito.

—¡Estaba seguro! —murmuró— «Saknussem». ¡Arne Saknussem, el sabio y alquimista islandés más grande del Siglo XVI! ¡Lo sabía! ¡En este pergamino hay un mensaje para nosotros!

Mi tío decidió traducir estos signos al latín mientras mis ojos vagabundaban por las paredes de la habitación hasta detenerse en el retrato de Graüben, mi prometida, quien era también alumna de mi tío.

Aquí había llegado en mis sueños, cuando mi tío, descargando sobre la mesa un terrible puñetazo, me hizo regresar a la realidad:

—Axel, ¿me escuchas? La traducción al latín no quiere decir absolutamente nada. ¡Tendremos que descifrar estos signos de alguna otra forma! Lo único que quería es que dejásemos todo eso para el día siguiente y que fuéramos a la mesa...

Llevado por su entusiasmo, mi tío cruzó el umbral de su oficina y después de cerrar la puerta de entrada, desapareció en la noche.

Tuve el tiempo justo de tragar dos platos de esta excelente sopa. Me imaginaba al profesor Lidenbrock atravesado el campo nocturno en todas las direcciones, gesticulando y hablando en voz alta. Pero en menos de una hora, estuvo de regreso.

—Axel, procederemos de otra manera...

Intentando simular que me interesaba, le pregunté:

—¿Y si bastara con leer el pergamino al revés, tío?

—¿Qué dices?

Los ojos casi atravesaron los cristales de sus anteojos. Había imaginado miles de formas de descifrar el mensaje secreto, pero no se le había ocurrido una solución tan sencilla. Se lanzó sobre una hoja en blanco y transcribió el texto, pero comenzando por el final.

—¡Escucha esto! ¡Escucha! —me gritó con increíble entusiasmo.

El texto decía algo parecido a lo siguiente:

«Desciende hasta el cráter del volcán Sneffels durante los últimos días de junio, al alba, y hasta el lugar que te mostrará la sombra del monte Scartaris. Así, audaz viajero, encontrarás en el corazón del cráter la entrada al túnel que te conducirá hasta el centro de la Tierra. Eso fue lo que hice yo.
Arne Saknussem»

Mi tío no podía salir de su asombro. Iba y venía de un lado al otro de la habitación, tomándose la cabeza entre las manos; me daba palmadas en el hombro, reía y lloraba a la vez.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¿Y qué hora es?

—Son las once.

—Perfecto. Tengo tiempo de cenar antes de preparar mi equipaje.

—¿Tu equipaje, tío?

—Sí. Y tú vas a ir a preparar el tuyo, ya que vienes conmigo. Creí haber entendido mal.

—¿Qué? ¿Y hacia dónde vamos, tío?

—¡Pues a Islandia, por supuesto! —respondió alzando la mirada hacia el cielo.

Mi tío había decidido seguir las huellas de su ilustre colega del siglo XVI. ¡Pero no lo seguiría tan solo hasta Islandia sino hasta las mismísimas entrañas de la Tierra! No pude dormir durante toda la noche. De todos modos, a la mañana siguiente, estábamos preparándonos para la aventura.

Estudiando un mapa reciente de Islandia, habíamos logrado ubicar el volcán Sneffels y el monte Scartaris, el pico más alto entre las montañas de la región. Suspirando, intenté explicarle a mi tío sobre mis dudas:

—Tío... ¿Estás seguro de que este Saknussem logró llevar a cabo su viaje? ¿Porque si no lo hizo, no es cuestión de que nos embarquemos en este emprendimiento!

En fin, yo era el digno sobrino de un iluminado. Esperaba que, al menos, el volcán no estuviera en actividad cuando nos adentráramos en el cráter. En cuanto a Graüben, mi querida compañera, vino a visitarnos esa misma tarde. Cuando nos vio ocupados en preparar nuestro equipaje, no pareció sorprendida.

Entonces, tomándole las manos con prontitud, le expliqué acerca de la nueva locura de mi tío. Tras escucharme, sonrió con ternura:

—Será un hermoso viaje —me garantizó.

Justo cuando estaba a punto de balbucear unas tontas palabras de amor, puso un dedo sobre mis labios para hacerme callar.

—Sí, Axel, este es un viaje digno del sobrino de un crudito, por el que te harás famoso.

—¡Axel —nos interrumpió mi tío—, tu equipaje no está listo!

El profesor Lidenbrock dedicó la tarde a amontonar los más diversos objetos y a encargar los que le faltaban, no sin dejar de gritar por cualquier cosa. Graüben se fue de vacaciones. No sabía cuándo volvería a verla. Tampoco estaba seguro de que nuestro destino fuese volver a estar juntos algún día.

Pero no tuve ni un segundo para lamentarme.

—¿Acaso crees es tan fácil viajar a Islandia? —me preguntó el profesor—. Tenemos que partir de inmediato, llegar a Copenhague, alcanzar el único barco que va a Reikiavik y, sobre todo, no perderle porque, de lo contrario, llegaremos demasiado tarde para ver cómo la sobra del monte Scartaris se posa sobre el cráter del volcán Sneffels.

A partir de ese momento, todo pasó rápidamente. En la estación de Hamburgo, nuestros numerosos paquetes fueron transportados, pesados y etiquetados. Más tarde, en la estación de Copenhague, los paquetes pasaron por las mismas operaciones, pero en el orden inverso.

Cuando emprendimos camino al puerto, ya no sabía si era de día o de noche. Finalmente, al tirarme a descansar en mi cucheta a bordo del *Ellénora*, nuestro barco de vapor, me quedé inmediatamente dormido, después de veinticuatro horas de vigilia.

Mientras tanto, mi tío, que no dormía, no paraba de murmurar dentro de su cabina, a la vez que examinaba cada milímetro del mapa de Islandia, como si quisiera aprenderlo de memoria. Por la noche, nuestro barco atravesó Escocia y las islas Feroe. A la mañana siguiente, llegamos hasta las costas desoladas y castigadas por mil vientos: los territorios del sur de Islandia, la bahía de Reikiavik.

Tan pronto como se anunció que desembarcaríamos, el profesor se acercó a cubierta. Colérico, entusiasmado, seco y grandioso, extendió el brazo hacia el norte:

—¡Mira Axel! ¡El monte Sneffels!

En efecto, una montaña con dos cimas gemelas se elevaba en el horizonte, con sus dos picos cubiertos de nieves eternas. Estábamos cada vez más cerca de nuestro objetivo, esto es, de dos a tres días a pie de distancia.



En Reikiavik, nos recibió el señor Fredriksson, profesor de Ciencias Naturales y colega, de algún modo, de mi tío. Se sentía encantado con nuestra visita, así que puso a nuestra disposición dos cómodas habitaciones, tan bonitas, que el profesor Lidenbrock se puso de excelente humor.

—¡Y bien! ¡Ya hemos logrado hacer lo más difícil! ¡Solamente nos resta descender!

Durante el almuerzo, el señor Fredriksson compartió con nosotros toda la información que necesitábamos para llevar a cabo nuestra expedición. Nos confirmó que el volcán Sneffels estaba extinguido hacía más de cien años. También había previsto quién podría ser nuestro guía durante el viaje. De hecho, cuando llegó el amanecer, un hombre llamado Hans se presentó en la entrada.

Era un personaje robusto, de naturaleza reservada, silencioso...

En cuanto lo vi, confié plenamente en él, y me sentí contento de poder contar con alguien que parecía tener buen criterio y ser razonable, al contrario que mi tío. Hans, hablando en danés, le explicó a mi tío que el camino para acceder al volcán sería largo y peligroso, y que necesitaríamos, por lo menos, cuatro caballos.

Dos caballos cargarían nuestro equipaje: brújulas, manómetros, generadores de electricidad, telescopios; para no hablar de nuestros equipos para escalar: zapatos reforzados, cuerdas y víveres para seis meses.

—¿Nos acompañarás hasta el final, Hans?

—Sí, Axel... ¡Hasta el centro de la Tierra!

Aún no eran ni las seis de la mañana de ese 17 de junio cuando partimos. Mecido por el ritmo constante de mi caballo, dejé que me inundaran cientos de pensamientos hasta que, finalmente, encontré algo que me entusiasmara sobre la situación que me tocaba vivir. ¿Qué riesgos corría? ¿Subir una montaña, descender hasta el fondo de un cráter en extinción y luego...?

Resultaba fácil imaginar que encontraríamos un túnel que condujese hasta el centro de la Tierra, puesto que el núcleo del planeta está formado por rocas en fusión. Todo el mundo lo sabe. Hans caminaba adelante, a un ritmo constante, llevando los cuatro caballos.

El escenario era bastante lúgubre: rocas volcánicas, corrientes de lava negra ahora sólida.

Como si esto fuese poco, el cielo estaba cargado de pesadas nubes grises. A pesar de la naturaleza accidentada del terreno, los caballos avanzaban con seguridad. Después de cinco horas de viaje, comencé a sentir apetito.

—Tío, ¿te parece que hagamos una pausa para almorzar? De esta forma, los caballos podrían descansar un poco, ¿no?

—¿Ya?

Perdido en sus pensamientos, sin duda, querría partir después de diez minutos. Nos detuvimos y comimos en silencio. Nuestro almuerzo fueron unas galletas y un poco de carne seca. Al profesor Lidenbrock no le importaba más que una cosa: volver a emprender camino lo antes posible para llegar a tiempo de encontrar el lugar donde se posaría la sombra del Scartaris en el cráter del Sneffels.

—¡Vamos! ¡En camino! —exclamó mi tío!

No alcancé a tragar ni media galleta. Hans le lanzó una mirada, luego me miró, e intercambiamos una gran sonrisa. ¡Y nos pusimos en marcha!

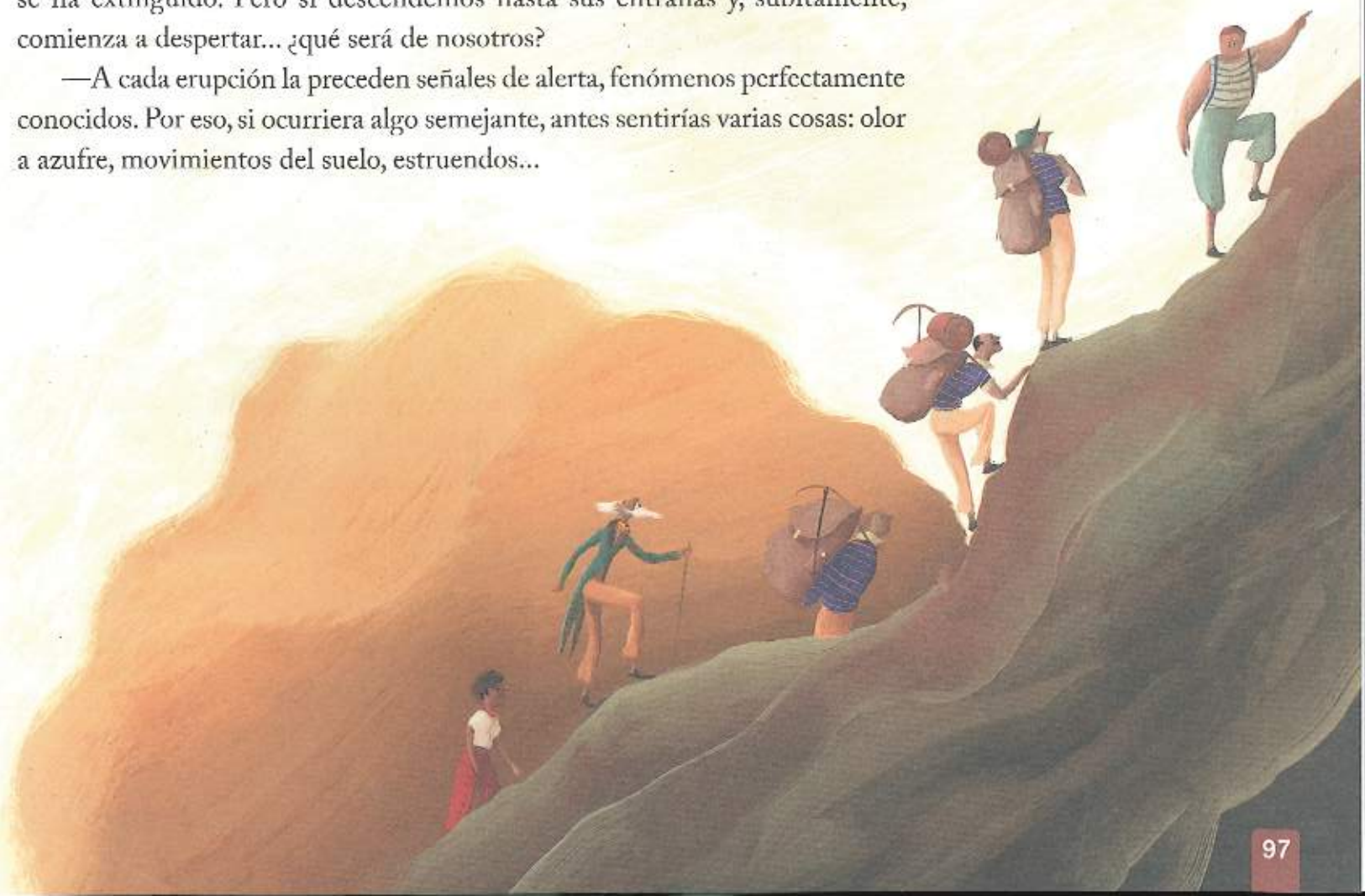
Recorrimos muchos kilómetros a través de un paisaje casi lunar que no recibía un solo rayo de sol. Por la noche, nos vimos obligados a pasar la noche en una casa en ruinas. Muerto de cansancio, me quedé dormido en medio de un discurso de mi tío, quien detallaba los pormenores de la mitología escandinava. A la mañana siguiente, el 19 de junio, después de una larga jornada a caballo, llegamos al pic del volcán.

Mi tío parecía desafiar el lugar con la mirada. Enseguida, nos preparamos para pasar la noche dentro de una especie de pueblo fantasma, que parecía sacado de infierno mismo, en medio de un caos indescriptible de lava petrificada. Fue allí donde planificamos nuestra última subida.

Tuvimos que dejar a los caballos y reemplazarlos por tres hombres que llevarían el equipaje. En cuanto a Hans, seguía siendo nuestro guía fiel.

—Tío, ¿puedo hacerle una pregunta? Si mal no comprendo, este volcán se ha extinguido. Pero si descendemos hasta sus entrañas y, súbitamente, comienza a despertar... ¿qué será de nosotros?

—A cada erupción la preceden señales de alerta, fenómenos perfectamente conocidos. Por eso, si ocurriera algo semejante, antes sentirías varias cosas: olor a azufre, movimientos del suelo, estruendos...



—¿Y qué es ese humo que sale de los flancos del volcán? Puedo verlo desde aquí.

—Ese humo es la prueba de que no debemos temer el furor del volcán, Axel. Son como válvulas de seguridad. Quiere decir que la presión escapa con normalidad, que no hay nada que esté comprimido en el interior del volcán.

Intenté poner buena cara, pero sentí como el miedo me subía por la espalda y temblé. Pasé la noche sumido en las peores pesadillas. Cuando llegó el amanecer, me uní a la fila de audaces exploradores. Hans, nuestros tres ayudantes, mi tío y yo, en ese orden.

Poco después, el camino de peñascos se tornó peligroso; las piedras caían con fuerza bajo nuestros pies; estábamos tan concentrados en avanzar que ni nos atrevíamos a hablar. Debíamos pasar sobre los bloques de lava, entre ellos y por debajo de ellos y, en ocasiones, perdíamos de vista a alguno de nosotros.

Poco a poco, subíamos cada vez más cerca de la boca del volcán. Ya no podía más. Comencé a sentir la falta de oxígeno y sentí que me castañeteaban los dientes. Hacía siete horas que habíamos comenzado a escalar. Por suerte, Hans se dio cuenta de que no me sentía nada bien. Enseguida, le dijo algunas palabras a mi tío. Pronto paramos para pasar la noche a menos de una hora de la cima, que apenas distinguíamos entre la bruma y la tormenta.

Me dio la sensación de que el profesor Lidenbrock estaba molesto porque había tenido que detenerse tan cerca de la meta, pero como era mi tío, demostró algo de compasión por mí y vino a decirme algunas palabras de aliento.

¡Si hubiera sido por él, ya se habría arrojado al vacío para descender rumbo a las entrañas del cráter! Este hombre demostraba una resistencia y una determinación increíbles.

Por la mañana, gracias a que comí algunas frutas y galletas secas, me sentí como nuevo. La noche se había llevado consigo a la tormenta. El cielo estaba despejado, y la temperatura era tolerable. ¡Sin duda era un buen día para ir a hacerle frente a la garganta del diablo!

—¡La sombra del Scartaris ya cae sobre el volcán! —dijo mi tío—. ¡Seguiré adelante!

Salió casi brincando hacia la cima. Desde lo alto, la vista sobre la isla era espectacular. Pero mirar dentro del cráter era aún más sorprendente... Parecía la boca de un cañón que apuntaba al cielo.

Descender en las profundidades de un cañón e imaginar que, tal vez, está cargado, y que puede dispararse en cualquier momento... Pensé para mí mismo que solo un loco podía tener una idea semejante. Al mediodía, llegamos intactos hasta el fondo. Al levantar la cabeza, pudimos ver que, en efecto, sobre la circunferencia que el volcán había recortado en el cielo, se destacaba la punta del Scartaris.

—¡Saknussem había dicho la verdad! —exclamó mi tío, y su voz hizo eco durante un buen rato sobre las paredes que lo rodeaban.

Estaba como loco de entusiasmo. Ahora todos mis temores estaban confirmados. El profesor Lidenbrock se acercó a un lado de las tres chimeneas volcánicas, esperando que la sombra del monte se posara sobre una de ellas. La sombra avanzaba, y mi tío la seguía, saltando de piedra en piedra, con los brazos en alto y emitiendo gritos incoherentes.

Nuestros cuatro acompañantes lo miraban sin levantar las cejas. Pero luego la sombra eligió su lugar. Justo antes de tocar la cuenca volcánica, se deslizó hasta la entrada de la chimenea central.

—¡Es aquí! —gritó el profesor—. ¡Esta es la entrada del túnel que conduce hasta el centro de la Tierra!

Me vi obligado a acompañarlo, así que me asomé al borde del abismo. Las paredes eran vertiginosas, casi caían a pico, aunque estaban salpicadas de algunas pequeñas cornisas sobre las que nos apoyaríamos para poder bajar.

A pesar de esto, el panorama era aterrador.

Por otra parte, los tres ayudantes, que no pensaron ni por un instante en acompañarnos al interior del planeta, dieron por concluida su tarea. Hans, mi tío y yo nos quedamos solos con nuestro equipaje y nuestro destino, sobre los que no daba gran cosa. ¡El peligro estaba cerca!

Hans lanzó el extremo de una de las cuerdas más largas hacia el fondo de la chimenea del volcán. Gracias a un ingenioso sistema de retorno, podríamos recuperar cualquiera de las cuerdas después de utilizarla, para luego repetir la operación tantas veces como fuese necesario.

Como era de esperar, mi tío fue quien descendió primero, aferrándose a la cuerda y dejándola deslizarse entre sus manos. Con una enorme mochila sobre mis espaldas, lo seguí. Hans era el último, e iba cargado como una mula. En fin, una vez que nos lanzamos a la aventura, ya no me pareció tan terrible. La pendiente era muy inclinada, pero cada vez que avanzábamos, encontrábamos algún apoyo bajo nuestros pies.

—Cuanto más descendemos, más se desmorona la teoría según la cual el corazón de nuestro planeta es una amalgama de rocas en fusión —afirmó mi tío—. ¿Te das cuenta de que la temperatura no sube más de un grado?

En efecto, no sentía ningún calor en particular. Descendimos aún más, dejando a Hans el control de cuerdas. No veía todavía el fondo del conducto, pero por encima de nosotros, poco a poco, se fue reduciendo el círculo de cielo aún visible.

—¡Axel, atención, estás caminando sobre mi cabeza!

Absorto en mis pensamientos, yo había pensado poner el pie sobre una piedra más dura que las demás, y era la cabeza de mi tío. Por fin, habíamos llegado.

Tan pronto como tocamos el fondo, mi tío, el profesor, sin ni siquiera pensar en sacarse la mochila, se fue a explorar los alrededores, no sin antes encender por primera vez su linterna.

—¿Entonces?

—Entonces —me dijo—, veo una especie de pasillo que dobla hacia la derecha. Todo va lo mejor, ¿no?

Levantando la mirada hacia el estrecho túnel que se elevaba hasta el cielo, se me cerró la garganta.

—A decir verdad —me atreví a decir—, aquí se siente algo aterrador.

Hans se reunió con nosotros y prendió su linterna. Estas dos lámparas disipaban bastante la oscuridad, por lo que podíamos avanzar por la galería de lava negra y brillante. Eso fue lo que hicimos. La lava formaba un ángulo de casi cuarenta y cinco grados, lo que nos permitía ahorrar esfuerzos y deslizarnos casi como si estuviésemos patinando.

Después de descender durante tres horas con este método, cuando llegamos hasta una cueva más o menos horizontal, mi tío dio la orden de que nos detuviésemos. Con las lámparas suspendidas de los picos que formaba la lava, nos tendimos sobre nuestros sacos de dormir.

Yo que pensaba que el aire no circularía a estas profundidades sentía, por el contrario, que soplaba sobre nosotros una suave brisa. ¿De dónde provenía y qué causas la producían?

—Yo soy igual que tú, Axel, me hago preguntas —dijo el profesor, inclinando la cabeza, mientras que Hans asaba para nosotros unas lonjas de carne seca.

Sin dejar de masticar, inicié una conversación sobre una cosa que me resultaba inquietante:

—Nuestra reserva de agua casi se ha terminado, tío. Nos queda apenas para dos días más.

—Puede ser, pero cuando se termine, recurriremos a las reservas subterráneas que encontraremos una vez que dejemos atrás este túnel de lava.

Después pasó a otro tema, y más tarde regresó a sus anotaciones, para luego calcular que nuestro recorrido bajo la Tierra alcanzaba ya los tres mil metros de profundidad. La idea de tener todas estas rocas sobre mí me distrajo a tal punto que tuve que luchar contra las enormes ganas de dormir que tenía.

La galería por la que seguimos era, a veces, estrecha, a veces, amplia; por momentos, era altísima y, por otros momentos, muy baja, y también tenía partes que parecían las bóvedas de las catedrales góticas.



En ocasiones, tuvimos que arrastrarnos a lo largo de estrechos corredores. Habíamos avanzado unas cuantas horas, cuando comenzamos a sentir una especie de sopor. El aire era tan seco que teníamos que detenernos con frecuencia por la sed. Y yo ya sabía que pronto nos quedaríamos sin agua.

Si me quedaban cuatro sorbos en la cantimplora, era mucho. Sentía calambres en todo el cuerpo. Poco a poco, me quedaba sin fuerzas. Al final, tuve que apoyarme en Hans, quien, literalmente, tuvo que arrastrarme.

Cuando estaba casi desmayado, y pensaba que había llegado mi última hora, sentí un par de brazos vigorosos que me levantaban.

—¡Pobre niño! —dijo entonces mi tío.

Sosteniéndome contra sí, destapó la cantimplora que colgaba de su cintura, para hacerme beber las últimas gotas de agua.

—Guardé estas preciosas y últimas gotas para ti, porque pensé que en un momento u otro te ayudarían a recobrarte.

—Gracias. ¡Muchas gracias! —murmuré.

Guardar las últimas gotas de agua de su cantimplora era un gesto digno de un tío para con su sobrino. Me sentí conmovido. Pero aparte de eso, su locura aventurera no se había atenuado. No iba a darse por vencido, así que me aconsejó que subiera con Hans hasta la cima de Sneffels, al aire libre.

—¡Salva tu vida, Axel! ¡Regresa a la superficie, sal de este lugar!

Pero yo no iba a detenerme ahora.

Había emprendido este viaje, y seguiría hasta el final aunque no regresara a casa. Además, no me sentía capaz de abandonarlo. Me hablaba siempre de confianza, de esas palabras de Cristóbal Colón cuando les había pedido a sus hombres tres días de paciencia antes de llegar a tierra firme, cuando la tripulación estaba a punto de amotinarse.

Como resultado, habían descubierto América. Finalmente, decidí seguirlos una vez más. La pendiente era bastante pronunciada, y pasábamos a través de formaciones rocosas graníticas salpicadas de líneas de cuarzo y de mica, donde se reflejaban las luces de nuestras linternas hasta el infinito. Pero nada de esto, lamentablemente, nos ayudaba a luchar contra la sed. Avanzábamos como fantasmas.

Justo entonces, escuchamos un sonido lejano, como un trueno a la distancia. El profesor Lidenbrock levantó la mano, nos detuvo y escuchó con atención.

—¡Hans, Axel, escuchen! Es el sonido de un torrente...

Apoyó la oreja contra la roca, y nosotros lo imitamos. Un río parecía circular a pocos metros de nosotros. Pero al pasar la mano sobre la pared, no sentí ni el menor indicio de humedad. Cinco metros más lejos, Hans se detuvo y sacó un pico de su mochila.

Atacó el lugar donde el espesor de la roca le parecía más delgado y, en instantes, salió un chorro de agua por el orificio, con tan fuerza que chocó contra la pared opuesta.

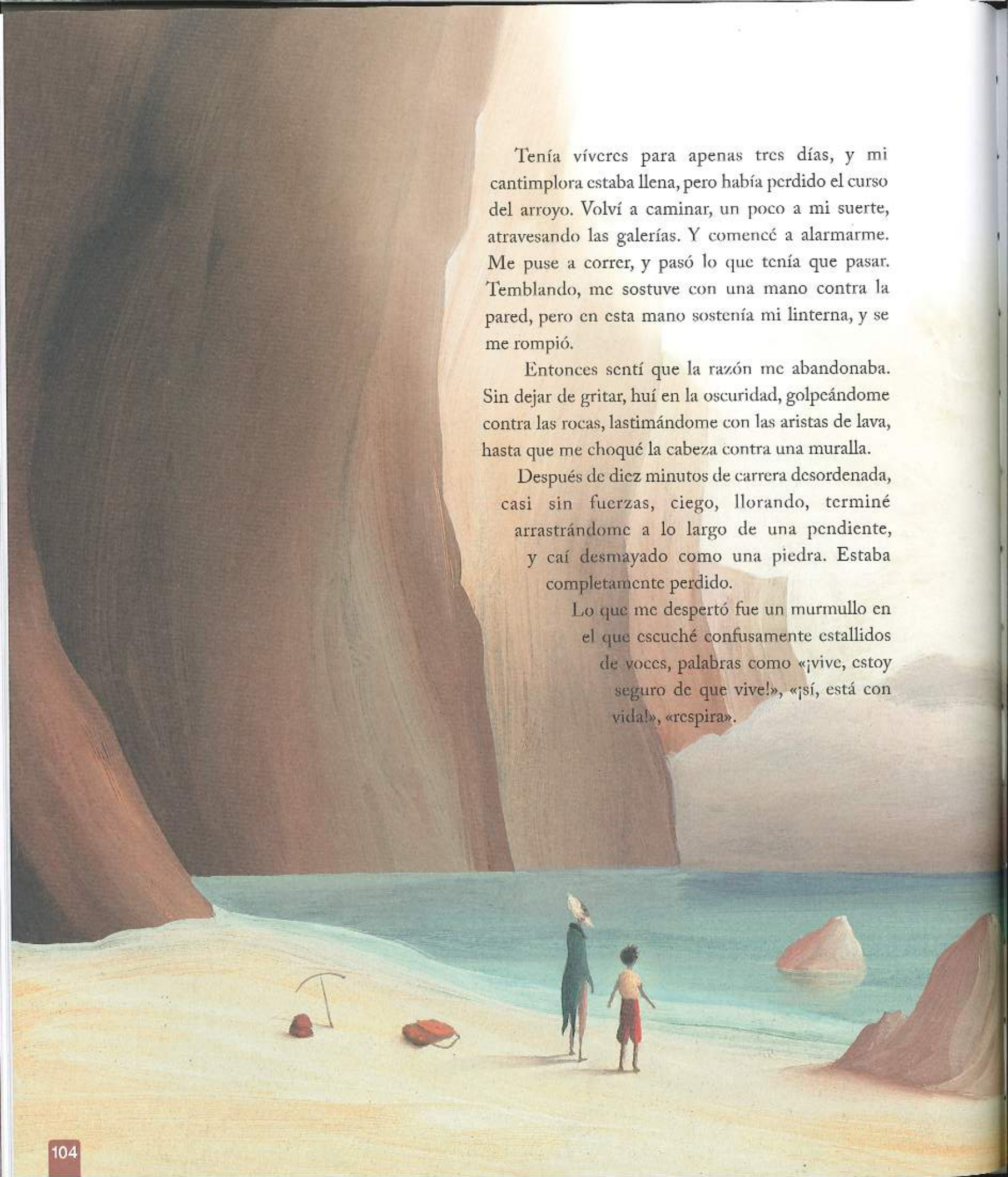
No obstante, nuestros gritos de alegría se ahogaron en nuestras gargantas. ¡Era agua hirviendo! Pero cuando nos alejamos un poco en el sentido de la pendiente, el torrente se convirtió en un hilito de agua, y el agua se enfrió. Entonces bebimos hasta casi estallar.

Después de habernos llenado con el agua con sabor mineral, recuperamos las energías y seguimos adelante. A partir de ese instante, ya no llenamos nuestras cantimploras, porque seguimos el arroyo que murmuraba bajo nuestros pies. En estas profundidades, el camino parecía enredarse sobre sí mismo, descendiendo como una escalera de caracol.

Era el 10 de julio, según los cálculos de mi tío, quien pensaba que estábamos a alrededor de veinte kilómetros bajo la superficie terrestre, precisamente, bajo el océano Atlántico. Entregado a mis propios cálculos, pensé que al ritmo al que avanzábamos, tardaríamos dos mil días, cinco años y medio, en descender hasta el centro de la Tierra. Pero para que mi tío no se enojara, preferí no decirle nada.

Durante los días siguientes, descendimos aún con más rapidez que antes, ya que los trayectos eran casi verticales. Justo en ese momento, cuando estábamos atravesando un descenso particularmente monótono, dejé de escuchar el susurro del arroyo que ya me parecía familiar.

Cuando iba a hablar con mi tío, me di cuenta de que ni Hans ni él estaban conmigo. Fui marcha atrás y los llamé una, dos, cinco, veinte veces, pero no respondieron. ¡Estaba solo! Distráido por quién sabe qué idea, los había dejado seguir por su camino mientras yo continuaba por el mío.

A painting of a beach scene. In the foreground, a sandy beach is shown with a red lifebuoy and a red bag. Two figures, a taller one in a blue robe and a shorter one in a red tunic, stand on the beach looking out at the sea. The sea is a deep blue-green color. In the background, a large, dark brown rock formation dominates the left side of the frame. To the right, a large rock formation is partially visible. The sky is a pale, hazy blue. The overall style is that of a classic illustration or painting.

Tenía víveres para apenas tres días, y mi cantimplora estaba llena, pero había perdido el curso del arroyo. Volví a caminar, un poco a mi suerte, atravesando las galerías. Y comencé a alarmarme. Me puse a correr, y pasó lo que tenía que pasar. Temblando, me sostuve con una mano contra la pared, pero en esta mano sostenía mi linterna, y se me rompió.

Entonces sentí que la razón me abandonaba. Sin dejar de gritar, huí en la oscuridad, golpeándome contra las rocas, lastimándome con las aristas de lava, hasta que me choqué la cabeza contra una muralla.

Después de diez minutos de carrera desordenada, casi sin fuerzas, ciego, llorando, terminé arrastrándome a lo largo de una pendiente, y caí desmayado como una piedra. Estaba completamente perdido.

Lo que me despertó fue un murmullo en el que escuché confusamente estallidos de voces, palabras como «¡vive, estoy seguro de que vive!», «¡sí, está con vida!», «respira».

Sentí que alguien me apretaba contra el pecho; era mi tío que me había encontrado. Pero yo tenía un terrible dolor de cabeza.

—¿Dónde estamos? ¿Qué fecha es hoy? —balbuceé.

—Hijo mío, hoy es el 9 de agosto, estamos en las entrañas de la Tierra, y es necesario que descanses. La verdad es que es un milagro que te hayamos encontrado. Por suerte, tus heridas son superficiales.

Estábamos dentro de una enorme gruta tapizada de estalactitas, y la luz que la atravesaba no tenía nada que envidiarle a la de nuestras linternas. Me pregunté si no estaría soñando, porque escuchaba lo lejos un murmullo que se parecía a los gemidos del oleaje cuando rompe sobre la arena. ¿Acaso me había dañado el cerebro con la caída? ¿Había mi tío renunciado a su expedición y estábamos de regreso en la superficie terrestre?

—Tío, ¿estoy realmente intacto? Creo que escucho ruidos que no corresponden al lugar donde nos encontramos. ¿Puede explicarme qué pasa?

—No puedo, porque es inexplicable, pero iremos a ver lo que pasa juntos, si lo deseas.

Apoyándome en él, lo seguí hasta la entrada de la gruta. Allí, iluminada por una extraña luz azulada, logré divisar una gran fuente de agua bajo un cielo cargado de nubes amenazantes.

Haciendo un gran gesto con el brazo, mi tío, con una sonrisa brillante, dijo estas palabras:

—¡Axel, he aquí el mar de Lidenbrock!

Estábamos en la costa de un verdadero océano, a más de veinte kilómetros debajo de la superficie del mundo, con su horizonte distante, su cielo con nubes, y con el viento que golpeaba acantilados de basalto. Solo el sol faltaba en ese cuadro, y con razón.

Después de tantos de días encerrado en las cavernas y las estrechas galerías, este aire marino me hacía muy bien.

—Y aún no se han terminado tus sorpresas —prosiguió el profesor que acababa de dar su nombre a este mar interior.

Un bosque espeso cubría la rivera no muy lejos de nosotros. Estaba formado por helechos gigantes y monstruosas plantas carnívoras; estábamos en una especie de invernadero.

—¡Jamás ha habido botánico que encontrara semejante fiesta, mi querido sobrino! ¡Y aún no has visto los huesos!

Sin duda, durante todo el tiempo que había estado perdido e inconsciente, la ciencia había hecho progresos considerables. Frente a mí, en el suelo, parecidos a los troncos de árboles desecados, había huesos gigantes: mandíbulas de mastodontes, fémures de *Diplodocus* y esqueletos enteros de otros dinosaurios.

Pasando su brazo alrededor de mis hombros, mi tío me condujo hasta la gruta para compartir conmigo sus emociones.

Allí, encontré a Hans, ya en busca de troncos para fabricar una balsa. Para el profesor Lidenbrock y él, era cuestión de embarcar lo más rápidamente y comenzar la exploración de este mar de tesoros. Pero yo aún necesitaba recuperarme.

Unas diez horas más tarde, cuando desperté, no me dolía nada y estaba listo para seguir. Hans y mi tío habían construido una balsa al unir firmemente entre ellas los troncos, a los que ataron unas mantas para usarlas como velas, así como un timón improvisado. La brisa soplaba del noreste, y nos lanzamos a gran velocidad, para satisfacción de mi tío.

Pronto, perdimos de vista la tierra firme: alrededor de nosotros no había sino olas, espuma y nubes. Más tarde, después del atardecer, al caer la noche, seguía habiendo luz.

De pronto escuché unos gritos. Un pez acababa de morder el anzuelo de la caña de pescar que mi tío había fabricado.

—¡Es una especie de esturión! —gritó— ¡Pero es un esturión prehistórico!

Aún medio dormido, me puse a soñar con pájaros gigantes que caían sobre nuestra balsa, pterodáctilos hambrientos que venían a buscar carne humana.

Cuando desperté, en el horizonte, el agua se confundía con las nubes. Y en cuanto a la expresión de mi tío, parecía frustrado.

—¿Estás preocupado, tío?

Sin embargo, avanzamos a gran velocidad.

—¡Qué me importa! El problema no es la velocidad sino que el mar es inmenso. Y sobre todo que no avanzamos. No vine hasta aquí para hacer una pasco por un estanque.

Intercambié una sonrisa con Hans. Con la mirada a lo lejos, mastiqué una lonja de carne seca como desayuno. Este mar era, por lo menos, tan vasto como el Mediterráneo.

Justo cuando estaba perdido en mis pensamientos, nuestra balsa fue sacudida por las olas, y fue a parar a unos diez metros de distancia. Apenas tuve tiempo de aferrarme a una cuerda para no salir disparado.

—¿Qué es eso?

Mi tío extendió el brazo y apuntó:

—¡Allá, mira! ¡Una serpiente marina!



A unos treinta metros de nosotros, surgió una bestia verdosa de entre las olas y después volvió a sumergirse con energía. Entonces, Hans nos advirtió que había otro monstruo marino cerca de nosotros. Y era aún más peligroso que el primero: un cocodrilo gigantesco que se lanzaba sobre la serpiente.

Con los ojos abiertos de par en par, paralizados de terror, vimos como las dos bestias comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo con brutalidad. Las bestias furiosas hacían que las olas se levantasen, como montañas líquidas, y que con ellas hicieran bailar a nuestra frágil embarcación. En cualquier momento, podíamos volcar. Afortunadamente, el viento empujó nuestras velas, y nos alejamos de este campo de batalla en pleno mar. Sin embargo, pronto se desató una tormenta.

Las nubes grises se acumularon en el cielo, a la vez que el aire se llenó de electricidad.

—¡Por fin! —exclamó el profesor— ¡Que el viento nos sacuda! ¡Que la tormenta nos lleve! ¡Pero veo que no lejos están las rocas de la costa!

Un huracán se levantó sobre nosotros y descargó su lluvia de granizo. Nuestra balsa volvió a sacudirse. Mientras que la desesperación me ganaba, miraba a mis compañeros: Hans, con el rostro impasible bajo la luz de los relámpagos, conducía el timón; mi tío, en cambio, lucía una extraña sonrisa, como si le diera placer lo que nos sucedía.

No puedo decir cuánto tiempo duró este diluvio; sin poder intercambiar ni una palabra, habíamos soportado la furia de los elementos. Seguíamos en el mar... Empujados a una velocidad incalculable, precipitados hacia el fin del mundo... Lo que ocurrió luego fue que la balsa chocó contra los escollos de la costa. Lo que sé es que no quedé destrozado contra los bordes de rocas gracias a la mano firme de Hans, quien me salvó de la muerte, mientras con la otra mano sostenía al profesor Lidenbrock.

El valiente islandés nos ha llevado fuera del alcance de las olas descontroladas, antes de salir en búsqueda de lo que quedaba de nuestra balsa. Mientras seguía lloviendo, nos resguardamos como pudimos antes de quedarnos profundamente dormidos.

Por la mañana, toda huella de tormenta había desaparecido, el tiempo era espléndido.



—¡Se te ve de buen humor, tío!

—Estamos sanos y salvos, es una buena noticia, y, además, hemos llegado al fin de este mar que parecía interminable.

Dicho esto, se secó y limpió todos los instrumentos que Hans había logrado salvar del naufragio. Entonces vi que su rostro cambiaba por completo. Minutos atrás, estaba feliz y seguro de sí, pero ahora lucía desilusionado.

Preocupado, me mostró la brújula. La aguja indicaba una dirección inesperada. Sin importar la orientación, el norte siempre iba hacia el interior de la Tierra y no hacia el mar abierto.

La tormenta nos había desorientado y había empujado a la balsa hacia la costa que mi tío creía antes haber dejado atrás. El asombro, la incredulidad y la ira se reflejaron en su mirada. Pero no era un hombre que se dejara vencer fácilmente.



—Al parecer, dijo, los elementos conspiran contra mí. No hay más que una forma de demostrarlo. Ya veremos qué consecuencias tendrá, ya sean en el hombre o en la naturaleza.

La idea del profesor era reiniciar el recorrido, pues imaginaba que esta vez todo estaría tranquilo y podríamos viajar al este. Tuve que someterme a la voluntad de mi tío, que era de hierro. Mientras esperaba que Hans terminara de reparar la balsa, mi tío me llevó otra vez a recorrer la llanura cubierta de restos prehistóricos.

Era un verdadero cementerio donde había toda clase de huesos de animales, tantos como para llenar todos los muscos de Paleontología del mundo. Los huesos crujían bajo nuestros pies mientras caminábamos. Hasta que el profesor me mostró algo.

—¡Mira, Axel! ¡Una cabeza humana!

Frente a este personaje de otra era, que me miraba fijamente con los ojos abiertos, me quedé mudo. Mi tío, también callado, observaba a veinte pasos el cuerpo momificado de una persona semivestida que parecía haber fallecido el día anterior, aunque sin duda había perdido la vida hacía cien mil años. Los dientes estaban intactos; las uñas, horriblemente largas; la piel, perfectamente momificada.

—Es un hombre de la época del Cuaternario, contemporáneo de los dinosaurios —concluyó mi tío en voz baja—. ¡Esto es un descubrimiento sin precedentes! Me pregunto cómo llegó hasta este lugar, no tengo idea...

Durante media hora más caminamos entre estos restos óseos y encontramos otras momias de hombres prehistóricos, todas ellas con la piel como un pergamino.

Pero era hora de retomar el camino y de regresar al mar. En el medio de la ruta, nos encontramos con un objeto brillante que se destacaba entre las piedras. Lo levanté y comprobé que era un puñal herrumbrado por el tiempo. Nos miramos, pensando la misma cosa en el mismo momento.

Y al mismo tiempo distinguimos que, grabado en el mango, tenía las iniciales «A. S.»: Arnc Saknussem.

Nuestro ilustre predecesor también había pasado por aquí. ¿Acaso había atravesado esta galería, la que nosotros no habíamos visto la primera vez? Bajar aún más, bajar sin detenerse, esa era la obsesión del profesor Lidenbrock. Lamentablemente, tras haber recorrido unos pocos metros de esta galería, un montón de rocas nos obstruyó el paso.

—¿Saknussem también se habrá detenido por estas rocas?

—No —me respondió mi tío, mientras agitaba la cabeza—. Estos desprendimientos de tierra no tienen más de cincuenta años, mientras que Saknussem pasó por aquí hace cuatro siglos.

Puesto que era imposible que caváramos las rocas con pico y pala, mi tío optó por un método más directo. Como llevábamos con nosotros un cargamento de pólvora, decidimos abrirnos paso con explosivos.

Hans encendió la mecha donde habíamos colocado la carga explosiva y nos alejamos corriendo.

¡Diez kilos de pólvora nos abrirían un paso digno de reyes!

Por seguridad, nos quedamos en el mar, sobre la balsa, después encender la mecha... Estábamos a una buena distancia del fuego.

El resultado superó nuestras expectativas.

Con el impacto, toda la costa se plegó y luego subió. Se abrió el suelo y caímos en el abismo con nuestra pequeña embarcación. La explosión hizo surgir una ola gigante que nos devoró de inmediato. El mar nos empujó directamente hacia la galería donde habíamos hecho explotar el barril de pólvora. Pero ¿qué espantoso abismo nos esperaba más abajo?

Inmersa en la oscuridad, nuestra balsa, empujada por la corriente, chocaba contra las asperezas de la galería, retumbando de un extremo a otro.

Este era, sin duda, el camino que había recorrido Saknussem, pero en lugar de bajar solos, habíamos traído con nosotros a todo un mar.

El viento, que soplaba con fuerza, me hacía pensar que íbamos a más de cien kilómetros por hora.

Agarrados al mástil, con la luz de un simple fanal que Hans había podido encender, nos miramos sin poder decir nada. Tres vidas humanas sacudidas por las olas.

Después de varias horas de una carrera insensata, el ritmo se hizo algo más lento.

—Axel, ¿piensas lo mismo que yo?

Era la primera vez que mi tío me hablaba después de la explosión.

—Sí, vamos más lento.

—Y no solo eso... ¡Subimos!

El profesor tenía razón. La corriente rápida que nos había precipitado hacia el fondo ahora remontaba a lo largo de una galería que casi era vertical.

Cuanto más avanzábamos, más calor hacía.

Cuando quise comprobar la temperatura del agua, sumergí la mano en el torrente, pero no pude evitar gritar, porque estaba hirviendo.

Cada vez sentía con más intensidad que nos acercábamos a una catástrofe.

De las entrañas de la Tierra, surgían ruidos ensordecedores. Las paredes de la galería no cesaban de temblar.

—Estamos perdidos, creo. ¡Este calor, estos temblores, este humo! ¡Estamos atrapados en un terremoto!

—¡No es así! —me corrigió mi tío con un tono relajado. Estamos en una chimenea volcánica. Se trata de una erupción.

—¿Acaso ahora vamos a seguir el camino de la lava incandescente? ¿Vamos a salir expulsados por el aire entre las cenizas encendidas y las rocas en fusión?

—¡Pues podría ser, ya que es la única posibilidad que tenemos de regresar a la superficie terrestre!

El aire quemaba como el fuego, y las llamas casi nos alcanzaban; Hans las apagaba en seguida.

Afortunadamente, parte de la madera de nuestra balsa estaba ya fosilizada, de lo contrario, se habría quemado con facilidad.

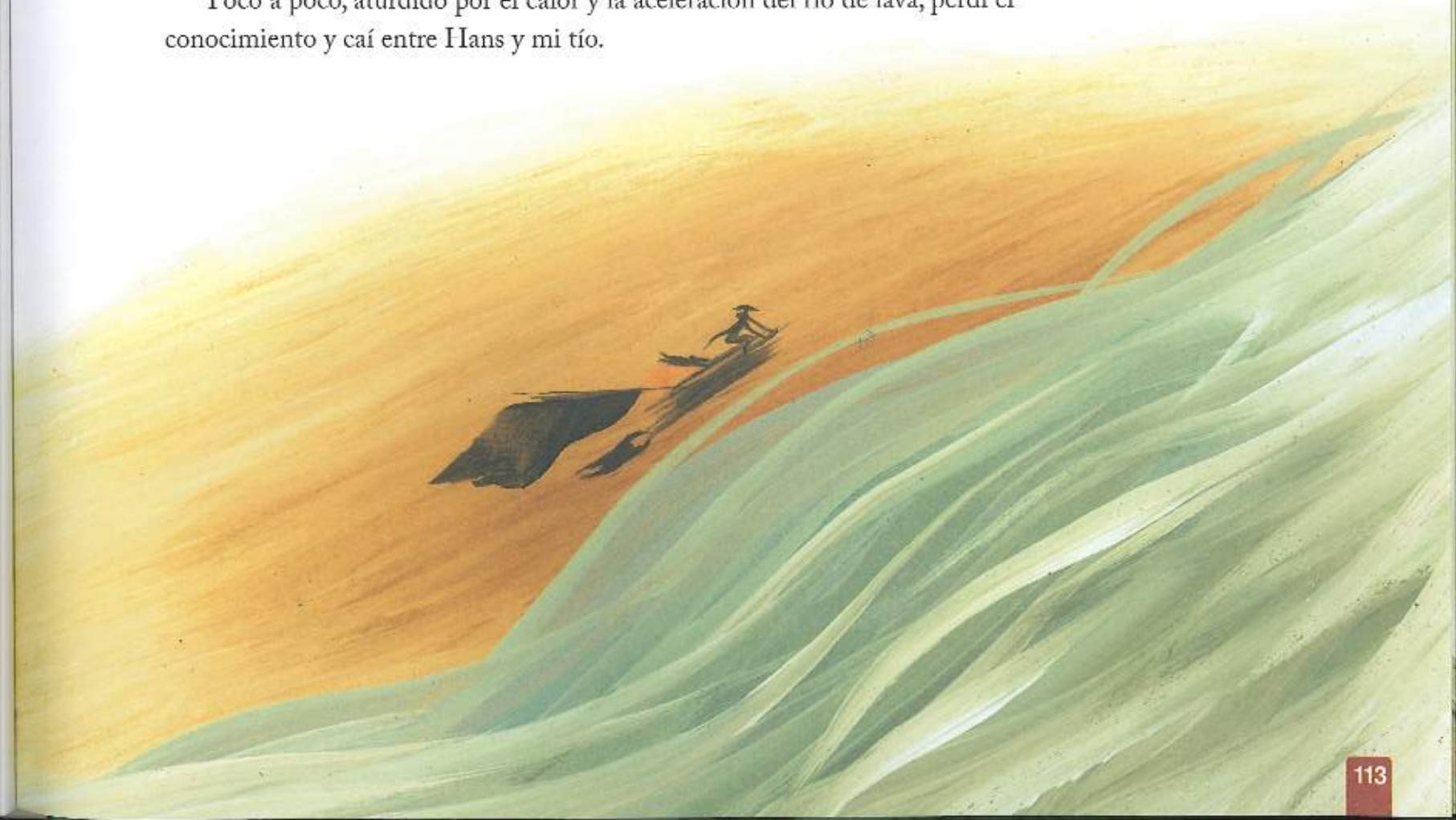
Una fuerza irresistible nos hacía subir.

El agua sobre la que flotábamos aún estaba en ebullición, y podíamos sentir que un torrente de lava la empujaba.

Me preguntaba si íbamos a salir por el cráter de un volcán en actividad...

No pasó mucho tiempo hasta que el agua comenzó a hacer remolinos y a subir. Las paredes de la chimenea comenzaron a temblar, y el aire saturado de humo dio paso a las detonaciones que cada vez eran más frecuentes.

Poco a poco, aturdido por el calor y la aceleración del río de lava, perdí el conocimiento y caí entre Hans y mi tío.



Y después hubo una erupción, mucha luz, fuego y golpes.

Cuando recobré la conciencia, estaba a mitad de la ladera de una montaña, no lejos de la boca de un cráter que aún escupía fuego.

—¿Dónde estamos? —gemí con la voz exhausta—. ¿En Islandia?

Escuché la respuesta a una veintena de metros.

—¡No, no! —respondió Hans.

A la vez que gritaba, se protegía los ojos del sol vivo que inundaba el volcán.

Más abajo en la pendiente, yendo hacia el mar, divisamos higueras silvestres, plantaciones de olivos, viñas.

Con dificultad, soportando miles de quemaduras y lesiones, nos pusimos a caminar hasta el pie de la pendiente, ansiosos de saber donde habíamos llegado. De pronto, apareció un niño en harapos por un sendero. Aterrado al vernos, antes de que huyera, lo detuvimos.

—Oye, niño, ¿cuál es el nombre de esta montaña?

No respondió, ni tampoco manifestó haber comprendido nuestro idioma.

Intentamos en alemán, en griego y en francés, incluso, intentamos en italiano:

—*Dove noi siamo?*

—¡Stromboli! —respondió, por fin, el muchacho.

Estábamos en el medio del Mediterráneo, en una isla situada en pleno archipiélago cólico.

A lo lejos, distinguimos el Etna, cuyo humo cubría Sicilia.

Habiendo entrado por un volcán, salimos por otro que estaba a alrededor de cuatro mil kilómetros del primero.

En fin, esto es lo que íbamos a contar a nuestro regreso, tal vez, provocaríamos admiración o incredulidad.

Tuvimos que separarnos de Hans, a quien le pagamos mucho más de lo que habíamos convenido, y luego regresamos a casa a través de Francia.



Varios días más tarde, volví a ver a mi querida Graüben en Hamburgo.

—Ahora que eres un héroe, no es necesario que vuelvas a dejarme, Axel —me dijo con lágrimas en los ojos.

Así fue. Hasta ahora no he vuelto a viajar demasiado. Mi tío se ha convertido en un hombre famoso, y yo, en el sobrino de un hombre famoso, lo que no es poca cosa.

FIN DEL VIAJE







Veinte mil leguas DE VIAJE SUBMARINO

En los mares, el año 1866 estuvo marcado por una serie de fenómenos inexplicables. En varias ocasiones, los barcos se habían cruzado en pleno océano con una «cosa enorme», un animal submarino, a veces fosforescente, más grande y más rápida que una ballena. Si todo el mundo piensa, al principio, que es un cetáceo, es porque la «cosa» proyecta en el aire columnas de vapor de agua como lo hacen estos mamíferos cuando salen a la superficie.

Durante seis meses, hubo testimonios procedentes del Atlántico, el Pacífico y el Índico. Las descripciones y los interrogantes fueron los mismos: el monstruo se había convertido en un islote, un peñasco, un escollo, siempre inasible. A principios de 1867, ocurrió un incidente en el Scotia, barco de la compañía marítima británica.

Este flamante barco de vapor fue embestido por algo que produjo un agujero enorme en el casco, a pesar de que tenía este un grosor de cuatro centímetros. En la chapa del casco, quedó perforado un triángulo cuya nitidez era perfecta.

Por suerte, este orificio de dos metros de ancho se abrió por encima de la línea de flotación, por lo que el Scotia pudo regresar a buen puerto sin perder a ninguno de sus tripulantes.



Pero el peligro no resultaba menos real por la falta de incidentes. La opinión pública exigió que los mares se librasen definitivamente del depredador.

Así fue como me adentré en esta aventura, pues me nombraron enviado especial del Gobierno francés, dado que era profesor al Museo de Historia Natural de París y especialista en criaturas marinas.

—¿Señor Aronnax?

—Soy yo.

—¡Encantado de darle la bienvenida a Nueva York! ¿Ha tenido un buen viaje?

Había partido de Francia la semana anterior, a fines de junio, para no perder la salida del *Abraham Lincoln*, y tuve el tiempo de sumergirme en el expediente completo de estos fenómenos inexplicables.

Mi interlocutor pronto sacó el tema:

—¿Entonces? ¿Maquinaria de guerra submarina o especie de narval mutante?

—Prefiero no adelantarme.

Nuestra expedición responderá sin duda a estas cuestiones, así que prefiero esperar antes de hacer una comunicación oficial sobre el tema.

El «monstruo» volvió a ser divisado el 2 de julio de 1867, en una zona al norte del océano Pacífico. Farragut, el capitán del *Abraham Lincoln*, decidió zarpar al día siguiente.

Me dirigí al puerto, acompañado por mi sirviente, Conscil, un valiente muchacho que me seguía a todas partes y que era hábil y servicial.

—Este es un barco muy bien equipado —constató Conscil después de que recorrimos la embarcación—. ¡Ningún cetáceo se escapará de nosotros!

—Para eso fue diseñado —confirmé.

Entre otros equipos, aparte de los arpones, había un cañón preparado para disparar a cualquier posible sospechoso.

El comandante Farragut se tomaba la misión muy en serio. Si el monstruo existía, lo sacaría del mar, lo había jurado.

O mataba al narval o el narval lo mataba a él.

Toda la tripulación compartía esta convicción. Uno de sus integrantes era el canadiense Ned Land, rey de los arponeros, especialista en la caza de cetáceos. Era, además, un hombre al que le gustaba hablar, y sobre todo con un francés, estas curiosas personas de los que los canadienses se sentían primos.

—Así, pues, señor Aronnax, usted persiste en pensar que estamos persiguiendo un mamífero marino, ¿no es verdad? —me preguntó sin rodeos.

—¿No es así?

—Yo he cazado ballenas, cachalotes y narvales... Pero por fuertes que fuesen, ninguno habría podido perforar el casco de un barco, mucho menos, de uno como este, construido con el mejor acero del mundo.

Nuestra conversación no fue larga, pues ni yo podía probar que él tenía razón, ni él podía probar que yo me equivocaba.

Mientras tanto, el barco navegó hacia el horizonte y comenzó su itinerario. Navegando casi sin rumbo, cruzamos el cabo Horn.

Luego subimos por el Pacífico hasta pasar por el trópico de Capricornio, para después seguir rumbo al oeste hasta el mar de la China.

Así pasaron dos meses de viaje. El barco cruzaba los mares y se encontraba con toda clase de istmos.

A decir verdad, el aburrimiento y el desaliento habían golpeado a los hombres de la tripulación cuando un día de septiembre, se escuchó a bordo la fuerte voz de Ned Land que gritaba:

—¡Por mil demonios!

Todo el mundo se precipitó. Del estribor, el mar parecía iluminado desde debajo. Sumergido a algunos metros bajo la superficie, el «monstruo» lanzaba un resplandor intenso y fosforescente. El espectáculo era a la vez impresionante y aterrador. Todos estábamos silenciosos e inmóviles.

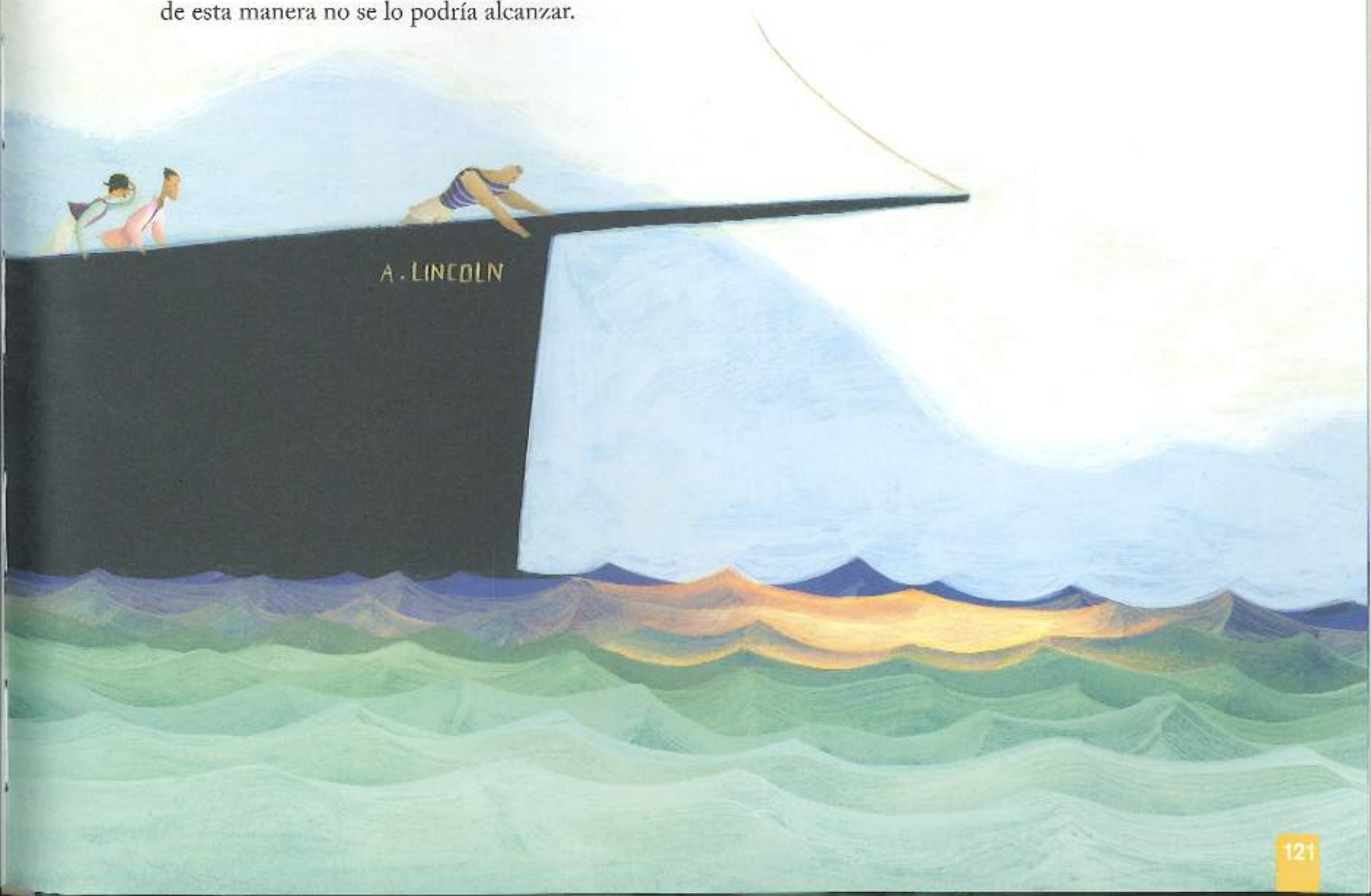
—Es aborrecible —murmuró Conseil, viendo que el animal se alejaba una o dos millas, dejando atrás una estela luminosa.

Mientras que todos los miembros de la tripulación la observaban, la criatura lanzó dos chorros de vapor que alcanzaron por lo menos cuarenta metros.

¡Jamás un cetáceo había demostrado esa fuerza!

El *Abraham Lincoln*, propulsado hacia adelante por su poderosa hélice, se dirigió derecho hacia el animal.

Este se desplazó sin prisa, contentándose con mantener la distancia entre él y su enemigo; tras casi una hora a esta velocidad, fue evidente que avanzando de esta manera no se lo podría alcanzar.



—Muy bien —anunció el comandante Farragut— vamos a aumentar la potencia.

El barco comenzó a navegar con más velocidad. Pero el maldito animal también lo hizo, por lo que permaneció fuera del alcance de los arponeros.

El barco, que cruzaba las olas, hacía vibrar su casco.

—¿Y están cargadas las válvulas? —preguntó al maquinista.

—¡A seis atmósferas y media!

—¡Pues cárguenlas a diez atmósferas!

Se cargaron las válvulas, se reforzó la alimentación de carbón y se activó el funcionamiento de los ventiladores sobre el fuego. La velocidad del *Abraham Lincoln* aumentó hasta hacer temblar a los mástiles

—Conseil —le dije a mi valiente sirviente, que estaba muy cerca de mí—, ¿sabes que es posible que tengamos que saltar?

—Como usted diga, señor —me respondió.

La velocidad del *Abraham Lincoln* había aumentado aún más.

La de nuestra presa también, y alcanzaba un récord sin precedente en materia de rapidez animal.

—¡Muy bien —admitió el capitán, que se tiraba de la barba en todos los sentidos —este narval gigante avanza más rápidamente que nosotros, pero vamos a ver si puede esquivar las balas de nuestro cañón!



Una fuerte detonación estalló, y se disparó una bala. Pero el proyectil pasó por encima del cetáceo y luego se perdió en el mar. La bestia era tenaz. Cuando cayó la noche, el animal disminuyó el ritmo, y nosotros hicimos lo mismo. Este era el momento para Ned. Con todos los motores apagados, el *Abraham Lincoln* continuó su ruta hasta casi rozar al animal. Se hacía casi de noche.

Apenas unos metros lo separaban de monstruo. De pronto, el arpón voló por los aires. Y chocó contra un cuerpo duro, que poco se parecía al de un animal marino. Después de unos segundos de silencio, dos enormes trombas de agua se abatieron sobre el puente de la fragata y corrieron como un torrente de la proa a la popa, derribando a los hombres y rompiendo la cubierta.

Se produjo un choque espantoso y, lanzado por encima de la cubierta, sin tiempo para pensar o aferrarme a algo, caí al mar.

Apenas tuve tiempo para pensar. En cuanto pude nadar hasta la superficie, lo primero que hice fue buscar el *Abraham Lincoln*. Apenas tuve tiempo de divisar cómo se alejaba el barco. Mis gritos se ahogaron en el agua que me entraba por la boca. Estaba condenado.

—Si el señor fuera tan amable de apoyarse en mi hombro, nadaría con más facilidad.



Mi mano se asió del brazo de mi fiel Conseil, quien al escuchar mis gritos, había ido a buscarme.

—¡Gracias, mi valiente! Gracias. De a dos, será más fácil soportar las olas mientras el barco regresa por nosotros.

—¡La fragata! —respondió Conseil, volviéndose de espaldas—. Creo que el señor hará bien en no contar con ella.

En el momento en que me arrojé al mar, oí que los timoneles gritaban: «¡Se han roto la hélice y el timón!».

Estaba a punto de caer en la desesperación cuando sentí un cuerpo vigoroso bajo mis pies, sobre el que pude apoyarme.

Dos brazos musculosos vinieron a socorrernos... Era Ned.

—¡Ned!

—En persona, señor. Creí que me había devorado, pero como usted me paré sobre esta superficie.

—¿El narval?

—Ciertamente. Este animal no es otra cosa que una construcción humana, hecha de acero.

Las últimas palabras del canadiense habían dado un vuelco a mi cerebro. Rápidamente me subí a lo alto de este animal u objeto semisumergido que



nos servía de refugio y golpeé con el pie. Era evidentemente un cuerpo duro, impenetrable, y no la sustancia blanda que forma la masa de los grandes mamíferos marinos. El «monstruo» submarino, este cetáceo gigante que perseguían los grandes arponeros del mundo era, en realidad, un submarino.

En cierta forma, estábamos salvados.

—En tanto navegue horizontalmente en la superficie, no hay peligro —murmuró Ned—. Pero si acaso se sumerge, no doy ni dos dólares por nuestro pellejo.

Acostados sobre la embarcación, golpeamos varias veces contra el casco, esperando que alguien nos escuchara desde el interior. Pero sin éxito.

Por la mañana, cuando estábamos aún medio dormidos, una puerta se abrió con brusquedad en la parte que daba a la superficie, y aparecieron ocho hombres que nos empujaron sin demora al interior de este «monstruo».

Todo sucedió en cuestión de segundos. Nada más cerrarse la estrecha escotilla, me envolvió una profunda oscuridad. Mis ojos, aún llenos de la luz exterior, no pudieron distinguir cosa alguna. Sentí el contacto de mis pies descalzos con los peldaños de una escalera de hierro. Al pie de la escalera, se abrió una puerta que se cerró inmediatamente tras nosotros.

No nos habíamos acostumbrado a la oscuridad de nuestra prisión cuando todo se iluminó, y un desconocido ingresó al lugar.

Este hombre se plantó ante nosotros, el cuello erguido y los hombros rectos, con aire firme y calmo. Debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años.

Su mirada, sobre todo, era impresionante... Era una mirada que a uno le penetraba el alma.

Nosotros nos presentamos e intentamos hacerle preguntas en francés, inglés, alemán e, incluso, latín.

Pero en ningún momento el hombre pareció entender los que le decíamos. Algunos minutos más tarde, se dio media vuelta y se fue sin hacer ni un movimiento de más.

Ned se puso aún más colérico que antes:

—¡Qué infamia! ¡Este hombre ni siquiera dice una palabra o hace un gesto!

—¡Y lo peor es que no hemos comido nada durante cuarenta y ocho horas! —añadió Conseil.

Como si sus palabras hubieran retumbado por los pasillos del submarino, se abrió la puerta, y apareció un mozo con una bandeja de frutos de mar exquisitamente preparados.

Nos lanzamos sobre los platos y, más tarde, caímos en un sueño reparador, no sin antes preguntarnos dónde estábamos.

¿Quién era este extraño individuo? ¿Qué extraño poder nos gobernaba?

Algunas horas más tarde, cuando despertamos, una corriente de aire puro y perfumado, procedente de conductos invisibles, llenó nuestros pulmones.

Era una brisa marina refrescante y cargada de yodo.

El monstruo de acero acababa de llegar a la superficie, para respirar de la misma forma que las ballenas.

—Puede ser la oportunidad de escapar —sugirió Ned, llenándose los pulmones de aire fresco.

—Señores, ni lo piensen —pronunció en buen francés una voz grave—. Ahora que han venido perturbar mi existencia después intentar destruirme con un arpón, están obligados a acompañarme.

El hombre de mirada franca acaba de asomarse a la puerta de nuestra celda. Con la misma voz, sin enojarse, pero con convicción, volvió a hablar:

—Debería tratarlos como enemigos si tuviese en cuenta que me atacaron. Sin embargo, quiero tratarlos como si fueran mis invitados. Sepan que he dejado de ser un hombre civilizado. He roto lazos con la sociedad por razones personales. No podrán salir de mi barco, pero podrán circular a bordo con toda libertad.

—¿Llama a esto libertad? —respondió Ned.

—Señores, con un solo gesto podría haber ordenado que los arrojaran al agua cuando estaban en cubierta. Pero les salvé la vida, y ahora les propongo que compartan conmigo un viaje al fondo del mar. Considérense afortunados.

—¿Cuál es su nombre? —le pregunté.

—Soy el capitán Nemo, y este barco se llama *Nautilus*. Profesor Aronnax, por favor, acompáñeme.

Tras escuchar su invitación, crucé la puerta y me encontré con un pasillo curvo y bien iluminado. El capitán Nemo demostró un entusiasmo desbordante mientras me hablaba:

—¡El mar, señor Aronnax, el mar es todo! ¡Cubre el setenta por ciento de la superficie del planeta! Es puro y sano, es una fuente prodigiosa de alimentos, es inagotable. Me alimenta, me viste, me oculta, me protege. Encuentro una tranquilidad suprema en el mar. ¡Es un lugar inaccesible para los hombres déspotas que pasa la vida peleando en tierra firme! ¡En el mar, está la independencia, me siento libre, nadie me domina!

El capitán Nemo, que antes parecía tan tranquilo, comenzó a vibrar de emoción. Le brillaban los ojos y caminaba con decisión.

No hice ningún comentario todo el tiempo que se prolongó mi visita.

Luego me llevó hasta su gran biblioteca, poblada de miles de libros bien ordenados, y después fuimos hasta una sala más lujosa, después de lo cual me condujo hasta la habitación que había hecho preparar para mí.

—Capitán, ¿puedo preguntarle qué tipo de energía emplea el submarino?

—Energía eléctrica, querido profesor —dijo—. La energía que nos hace ir tan rápido, que también nos proporciona luz y calor. ¿Quiere ver nuestra sala de máquinas?

El capitán Nemo me condujo a la cabina donde se operaban las hélices que giraban fuera de la nave. En la sala de máquinas, no había rastros de suciedad: se respiraba una energía muy limpia.

Allí aprendí que el *Nautilus* tenía la forma de un cigarro, que medía setenta metros de longitud y ocho de altura, que podía descender hasta dos mil metros de profundidad y que su velocidad máxima alcanzaba las cincuenta millas por hora.

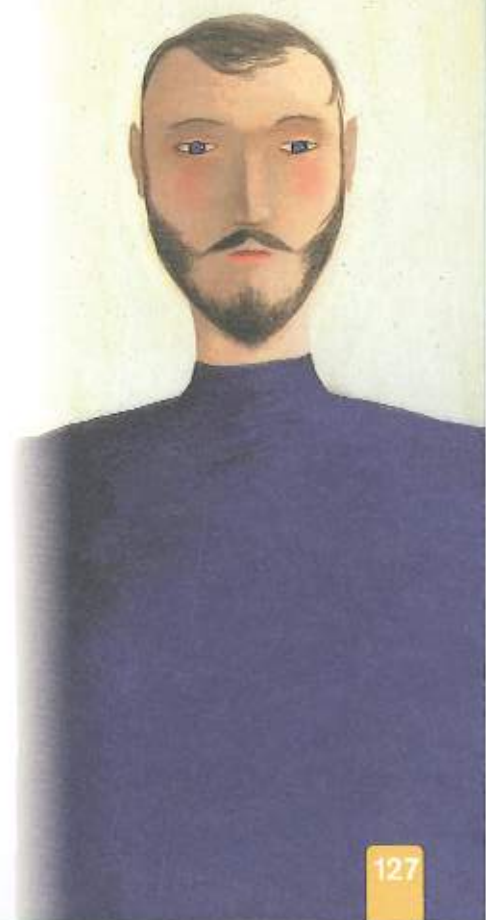
—¿Acaso usted mismo es un ingeniero, capitán?

—Sí, estudié en Londres, París y Nueva York, cuando vivía en la superficie de los continentes.

En ese momento, confirmé que Nemo tenía un resentimiento contra toda la humanidad. Intenté averiguar más:

—Capitán, ¿sabe usted que al embestir al *Abraham Lincoln* puso a toda su tripulación en peligro?

—Señor Aronnax, sepa usted que lo lamento, pero al mismo tiempo su comandante ordenó que dispararan el cañón contra mí. ¡No hice más que defenderme! No se equivocaba.



Puesto que estábamos bajo la superficie, el capitán me condujo hasta la plataforma superior del *Nautilus*.

Observé que las placas de chapa casi entrelazadas se parecían a las escamas que cubren el cuerpo de los grandes reptiles terrestres.

Comprendí mejor que habían confundido al barco con un animal marino. El mar era magnífico; el cielo, puro.

Una brisa suave empujaba la superficie del agua, no teníamos nada a la vista. La inmensidad desierta.

El capitán Nemo calculó la altura del sol con su sextante.

—Ya es mediodía —dijo con aire soñador—. Le pido permiso para retirarme. Pronto volveremos a sumergirnos. El salón está a su disposición, allí se reunirá con sus compañeros.

Me quedé solo un momento, de pie, en medio del mar infinito. Todas mis pensamientos giraban en torno al capitán Nemo.

Esc odio que tenía contra la humanidad, ¿a qué se debía? ¿Acaso era un genio ignorado por la sociedad?

¿Un Galileo moderno, rechazado por la comunidad científica?

Cuando regresé al salón, me encontré con Conseil y Ned Land, quienes me hicieron toda clase de preguntas.

—¿Estuviste con él? ¿Qué le dijiste? ¿Cuántos hombres componen la tripulación?

—Todo lo que puedo decirles, mis amigos, es que el *Nautilus*, donde nos encontramos, es una obra maestra de la industria moderna.

Por mi parte, me complace estar a bordo de este submarino.

Ned Land me miró con sorpresa. Para él, no era nada alentadora la sensación de estar encarcelado. Estaba a punto de decírmelo con las palabras más convincentes cuando nos encontramos en plena oscuridad. Los paneles se levantaron y frente a nuestros ojos tuvimos todo un panorama de la vida submarina a través del grueso vidrio de un ventanal.

La luz eléctrica producida por la embarcación nos permitió ver porciones enteras del océano. No era agua iluminada sino luz líquida.

Maravillados, nos quedamos mudos y con la boca abierta frente a este espectáculo. Decenas de especies marinas, de todos los tamaños y todas las formas, nos acompañaron durante casi una hora antes de que se volvieran a cerrar los paneles y de que nuevamente quedáramos en la penumbra.

Al día siguiente, el 10 de noviembre, mis compañeros y yo aprovechamos la comodidad de nuestros camarotes sin compañía de nadie más.

En el salón, había algunos indicadores que nos permitían conocer la velocidad a la que avanzábamos.

—¿No se sabe nada del capitán Nemo hoy? —se preguntó Ned Land con las mandíbulas apretadas.

—Espero que no haya cambiado de parecer con respecto a nuestro destino, y no nos piense dejarnos abandonados en el fondo de mar —se quejó Conseil.



A la noche, descubrí que el capitán Nemo me había dejado una nota a través de la que nos invitaba a cazar el día siguiente en «sus bosques de la isla Crespo».

Cuando amaneció, el capitán llegó a golpear la puerta de mi camarote y dijo:

—Señor profesor, verá que mis bosques no le piden luz y calor al sol... Solo yo los conozco, y se trata, de hecho, de bosques submarinos. ¡Y lo invito a recorrerlos sin mojarse los pies!

Me condujo hasta una cámara, no lejos de la sala de máquinas, donde nos esperaban Ned Land y Conseil.

Mis amigos ya estaban vestidos con trajes de buzo y escafandras, y parecían verdaderos anfibios. Dos hombres me ayudaron a vestirme y me dieron un arpón.

Una vez que me puso el enorme caso de la escafandra, se encendió un sistema automático de respiración. Estábamos listos.

Poco a poco, la cámara se llenó de agua, y pronto pudimos pisar el suelo arenoso, avanzando y dejando atrás al *Nautilus*. Así pudimos movernos con libertad a veinte metros de distancia y respirar con comodidad. ¡Nemo era un ingeniero sin igual!

Por encima de nuestras cabezas, los rayos del sol tocaban la superficie de las olas... Bajo nosotros, la luz iluminaba rocas, moluscos y peces de una variedad de colores raramente vista.

Fuimos los invitados de un espectáculo grandioso que podíamos apreciar sin ningún esfuerzo. Recorrimos una y otra vez estrechos bancos de arena e infinitas praderas de coral.

Alrededor del mediodía, llegamos hasta el bosque de Crespo del que hablaba el capitán Nemo. Se trataba de un grupo impresionante de algas que medía alrededor de treinta metros de altura. Las algas se balanceaban como sauces gigantes en el agua.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, puede distinguir el asombro que esta vista provocaba en Conseil.

Pero luego, en el camino de regreso, experimenté el miedo más grande de mi vida. Una monstruosa langosta salió bruscamente desde detrás de una roca y me enfrentó con sus afiladas pinzas. Enseguida, dos hombres de la tripulación del *Nautilus* se lanzaron contra la bestia y la mataron a golpes.

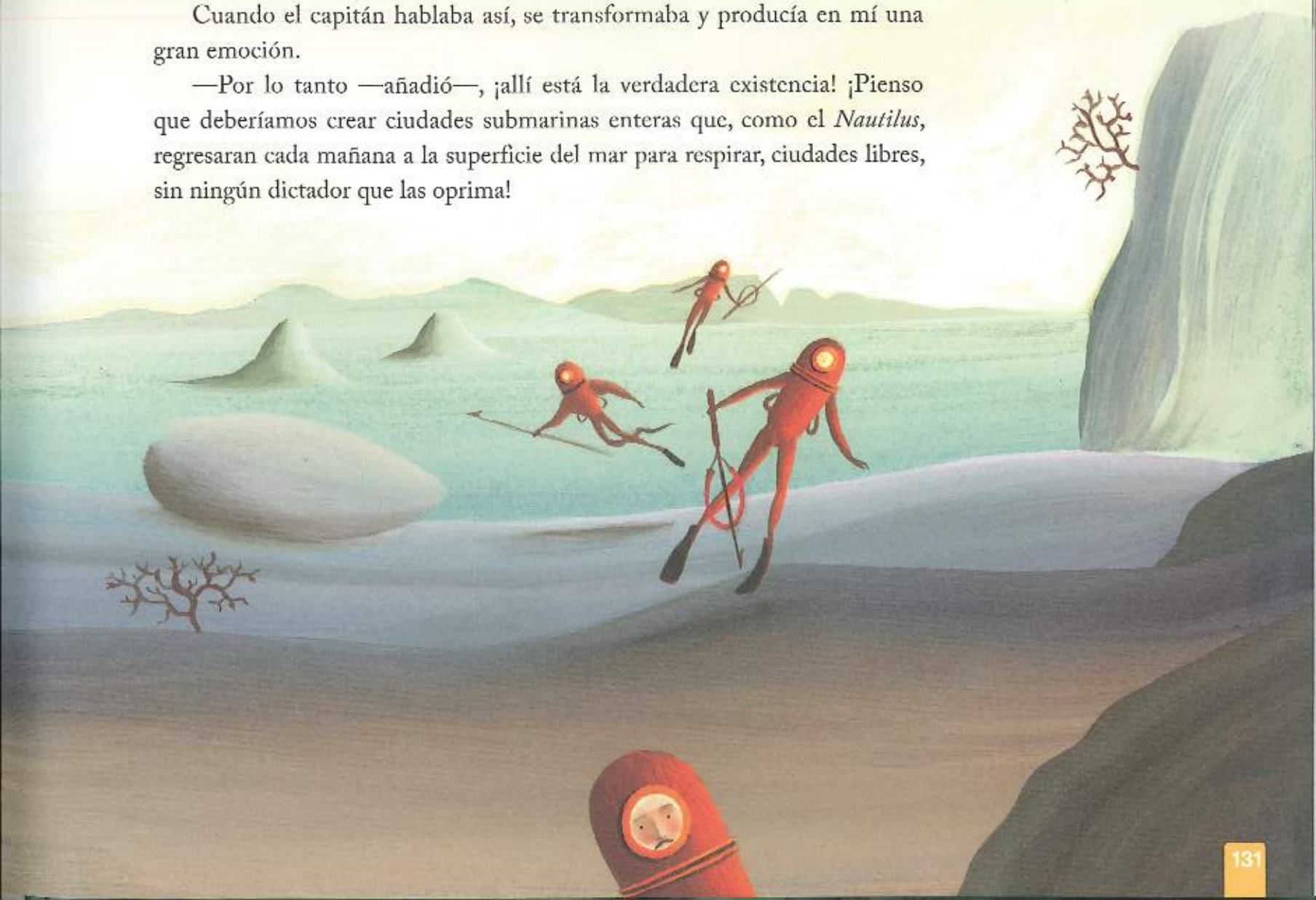
Me quedé junto a mis salvadores, convencido de que muchos otros monstruos marinos vivían en esas aguas. Mi escafandra no me parecía lo suficientemente segura en ese lugar.

Por suerte, no hubo ningún otro problema durante nuestro regreso a la cámara. Tras varias horas de marcha en el fondo del mar, estábamos extenuados. Tras llegar al submarino, pasamos una noche perfecta, recordando los rincones llenos de colores que habíamos visitado.

—¿Ahora comprenden? —me preguntó el capitán Nemo a la mañana siguiente cuando compartimos el desayuno—. ¡Nada en la naturaleza está más vivo que el océano! Tiene pulso, arterias, respiración, alberga toda clase de criaturas, gigantes o microscópicas. ¡Por lo que a mí respecta, le doy la razón a ese genio que dice que el mar tiene un verdadero sistema de circulación, tan real como la circulación sanguínea en los animales!

Cuando el capitán hablaba así, se transformaba y producía en mí una gran emoción.

—Por lo tanto —añadió—, ¡allí está la verdadera existencia! ¡Pienso que deberíamos crear ciudades submarinas enteras que, como el *Nautilus*, regresaran cada mañana a la superficie del mar para respirar, ciudades libres, sin ningún dictador que las oprima!



El 26 de noviembre, cruzamos el trópico del Cáncer.

El 27 de noviembre, pasamos por las islas Sándwich.

La dirección del Nautilus se mantenía al sudeste.

El 1 de diciembre, atravesamos el Ecuador, dejando atrás las islas Marquesas.

—Señor, ¿quiere venir un momento? —me pidió Conseil una tarde en la que descansaba en uno de los sillones del salón. Me levanté y pronto me reuní con él frente a los ventanales desde los que se veía el fondo del mar.

A plena luz, una enorme masa negra permanecía inmóvil.

—¿Qué clase de cetáceo es ese?

—¡No es un cetáceo, señor, es un barco!

Conseil tenía razón.

Ned se sumó inmediatamente a nosotros y lo confirmó:

—Sí, es un barco hundido.

Resultaba evidente que el naufragio había sucedido hacía mucho tiempo.

Triste espectáculo el de esta carcasa hundida en el fondo del mar, pero mucho más triste la vista de la cubierta, donde los cadáveres amarrados con cuerdas seguían prisioneros.



Un marinero con el rostro pasmado por la desesperación y la muerte, tenía la mano aferrada al timón, como si aún navegara su barco hundido a través de las profundidades del océano.

¡Qué escena! Nos quedamos mudos de horror, con el corazón latiendo fuerte, frente a este naufragio, pero, sobre todo, llenos de terror al ver cómo unos enormes escuálidos avanzaban, con sus ojos de fuego, sin duda alentados con la idea de hacerse un festín con nosotros.


Este terrible espectáculo inauguró una larga serie de catástrofes que el *Nautilus* encontró durante el resto del viaje.

Cerca del 15 de diciembre, llegamos al trópico de Capricornio, habiendo recorrido casi diez mil kilómetros bajo el mar.

Cuando navegamos a la altura de Haití, la víspera de Navidad, nos encontramos con el lugar donde había desaparecido las famosas fragatas del viaje de exploración de La Pérouse en 1785.

Algunos días más tarde, el valiente Conseil se reunió conmigo en la plataforma del submarino cuando el *Nautilus* se recargaba de aire fresco.





—Señor, ¿me permite usted desearle un buen año?

—Acepto con mucho gusto tus deseos, Conseil. Y de mi parte, te desco un buen año 1868. ¿Será durante este año el final o la continuación de nuestro viaje?

—En realidad, señor, desde hace dos meses, no hemos tenido tiempo de aburrirnos con todas estas cosas raras que hemos visto...

Y eso era solo el comienzo... Cuando atravesamos el estrecho de Torres, entre el extremo septentrional de Australia y Nueva Guinea, se desató una tormenta en medio del mar. Tan fuerte fue la tormenta, que el *Nautilus* apenas si la soportó, a pesar de que estaba a cinco metros por debajo de la superficie.

Y pasó lo que tenía que pasar...

Una mañana, estábamos cómodamente instalados en el salón, a punto de mirar los preciosos volúmenes de la biblioteca, cuando un gran impacto hizo que nos cayésemos.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Conseil, yendo hacia mí para evitarme cualquier daño.

De hecho, el *Nautilus* acababa de chocar contra un escollo, un crecimiento de coral escondido en la parte alta de un canal. Corrí a reunirme con el capitán Nemo y su subalterno, que ya estaban en la plataforma, al aire libre. El *Nautilus* había quedado atrapado entre las rocas, no lejos de la isla de Gueboroar.

—¿Un accidente? —pregunté.

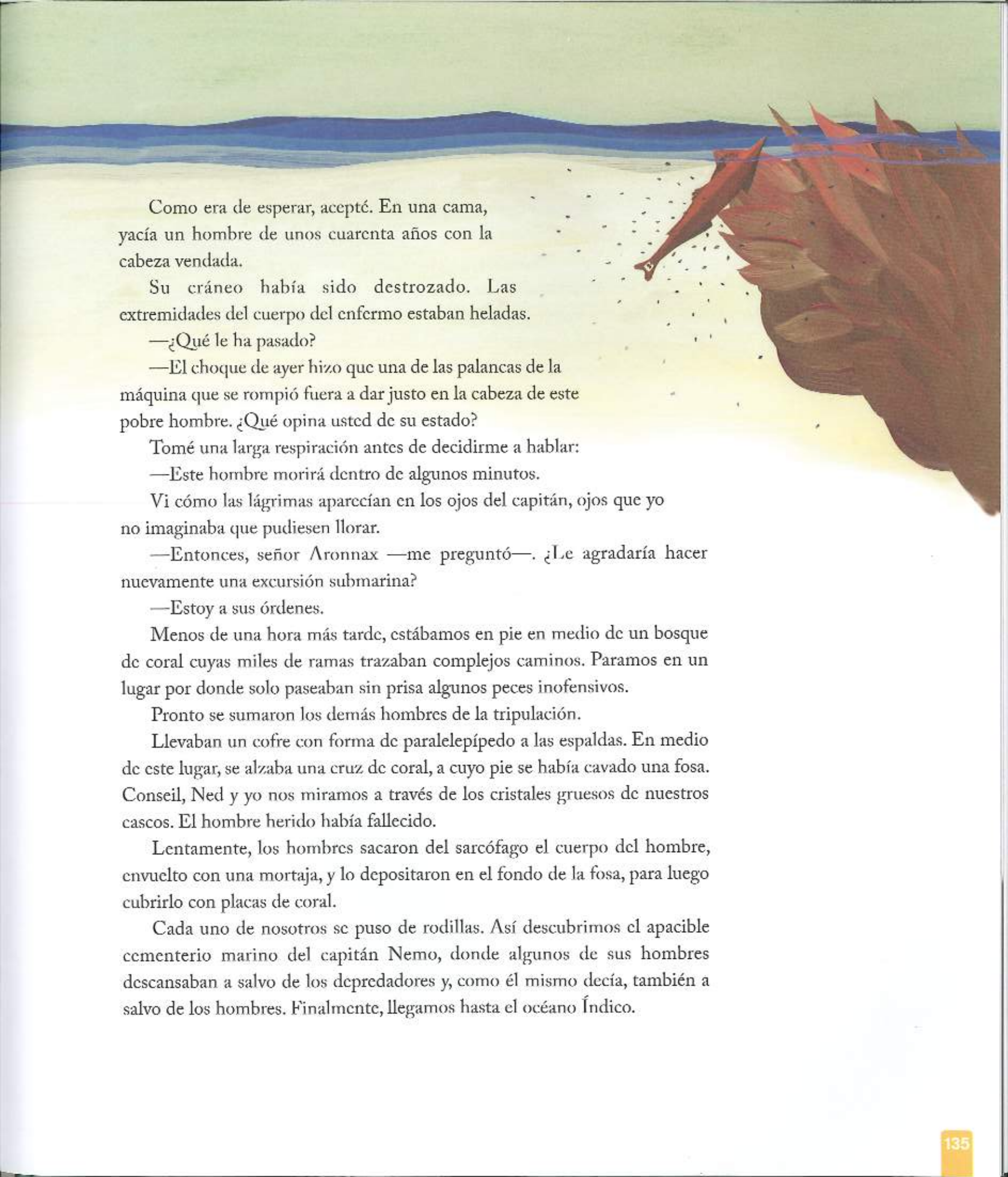
—No, un incidente —me respondió—. Tenemos que esperar la marea alta prevista para mañana, y nuestro submarino regresará a flote.

Por la noche, la marea subió hasta que el barco pudo liberarse, tal como había previsto el capitán. Esperaba que los días siguientes a finales de enero fuesen más apacibles, pero, en realidad, fueron infinitamente más complicados. Por la mañana, el capitán, con la voz grave, me pidió que fuese a la enfermería:

—¿Es usted médico, señor Aronnax?

—Se podría decir que sí, practiqué la Medicina varios años antes de ingresar en el Museo.

—¿Aceptaría prestar sus servicios a uno de los hombres de la tripulación?



Como era de esperar, acepté. En una cama, yacía un hombre de unos cuarenta años con la cabeza vendada.

Su cráneo había sido destrozado. Las extremidades del cuerpo del enfermo estaban heladas.

—¿Qué le ha pasado?

—El choque de ayer hizo que una de las palancas de la máquina que se rompió fuera a dar justo en la cabeza de este pobre hombre. ¿Qué opina usted de su estado?

Tomé una larga respiración antes de decidirme a hablar:

—Este hombre morirá dentro de algunos minutos.

Vi cómo las lágrimas aparecían en los ojos del capitán, ojos que yo no imaginaba que pudiesen llorar.

—Entonces, señor Aronnax —me preguntó—. ¿Le agradecería hacer nuevamente una excursión submarina?

—Estoy a sus órdenes.

Menos de una hora más tarde, estábamos en pie en medio de un bosque de coral cuyas miles de ramas trazaban complejos caminos. Paramos en un lugar por donde solo paseaban sin prisa algunos peces inofensivos.

Pronto se sumaron los demás hombres de la tripulación.

Llevaban un cofre con forma de paralelepípedo a las espaldas. En medio de este lugar, se alzaba una cruz de coral, a cuyo pie se había cavado una fosa. Conseil, Ned y yo nos miramos a través de los cristales gruesos de nuestros cascos. El hombre herido había fallecido.

Lentamente, los hombres sacaron del sarcófago el cuerpo del hombre, envuelto con una mortaja, y lo depositaron en el fondo de la fosa, para luego cubrirlo con placas de coral.

Cada uno de nosotros se puso de rodillas. Así descubrimos el apacible cementerio marino del capitán Nemo, donde algunos de sus hombres descansaban a salvo de los depredadores y, como él mismo decía, también a salvo de los hombres. Finalmente, llegamos hasta el océano Índico.

En algunos días, estábamos en la isla de Ceilán. Fue entonces cuando el capitán Nemo nos propuso que nos sumergiéramos para ir a ver una reserva de ostras perleras. Había que ver al capitán nadando en el fondo del mar: estaba en su medio. Se dirigía sin vacilar hacia su destino, aun cuando hacía varios años que no buceaba.

Esta vez, nos condujo hasta una de las joyas de su universo submarino. Era una ostra de dimensión extraordinaria, cuya anchura superaba los dos metros. El capitán Nemo nos hizo una señal, nos invitaba a mirar entre las valvas del enorme molusco: entre los pliegues de su carne, se encontraba una perla tan grande como un coco, traslúcida y nacarada, de un valor incalculable.

Sorprendidos, Ned y yo extendimos las manos para tocarla, pero el capitán lo impidió. Solo él conocía este escondite. Sabía que con cada año, las secreciones del animal harían que este tesoro único creciera aún más.

Al dejar pasar el tiempo, su fortuna sería mayor. Pero rápidamente nos atrapó otro espectáculo.



Una sombra se perfiló sobre nosotros, tapando los rayos del sol que atravesaban las olas. Se trataba de un pescador de perlas que, sin ningún utensilio, se sumergía para despegar las ostras de una roca y subía a la superficie inmediatamente, llevando su magra cosecha a bordo de su bote.

Cada minuto, volvía a hacer lo mismo, sin vernos, con gestos precisos y aire de determinación.

¿Cómo podía adivinar este pobre hombre que scres parecidos a él estaban allí, bajo el agua, espiando cada uno de sus movimientos?

Sin embargo, de pronto, algo cambió en su comportamiento. Con un movimiento súbito, tomó envión para regresar lo antes posible a la superficie. Otra sombra mucho más grande, impresionante, apareció a pocos metros de distancia. Se trataba de un tiburón adulto, que nadaba directamente hacia él, con ojos de fuego y mandíbulas entrecabiertas.

Al comienzo, el pescador evitó el ataque, pero el tiburón le dio un violento golpe que lo hizo caer hacia el fondo del mar. Todo esto sucedió en apenas unos segundos. Mientras miraba paralizado, el capitán Nemo sacó su puñal y avanzó decidido hasta el desafortunado pescador y su agresor.

El animal reaccionó de inmediato, dirigiéndose con la boca abierta de par en par hacia este recién llegado. Nemo lo esperó con los pies bien plantados. Con habilidad y rapidez, clavó el puñal sobre el flanco del animal. El mar se tiñó de rojo. Doblándose las aletas una por una, el capitán Nemo siguió hundiendo el puñal en el vientre del tiburón.

El tiburón no paraba de agitarse, y terminó por derribar al capitán. Entonces, las mandíbulas del animal se abrieron como guillotinas, pero Ned, que nunca se separaba de su arpón, reaccionó justo a tiempo para salvar al capitán Nemo, y le dio a la bestia un golpe final en el medio del corazón.

El tiburón se sacudió con espantosos espasmos, mientras Ned ayudaba al capitán a incorporarse. De inmediato, el capitán se acercó al hombre herido, y lo llevó en brazos hasta la superficie.

Poco después, nos reunimos en el bote del pescador de perlas.

El pobre, doblado en dos, vomitó los litros de agua que había tragado, para luego darse cuenta de que unos extraños hombres acuáticos lo habían salvado de ese mal paso.

En cuanto a Nemo, le dijo algunas palabras al arponero:

—Gracias, señor Land

Yo agregué:

—Usted ha hecho gala de una valentía sin igual.

—El pescador, señor Aronnax, es un habitante del país los oprimidos, y hasta mi último aliento, voy a defender a esta gente.

Tras decir estas palabras, el capitán dio la orden de regresar.

Dejamos al pescador en su puerto de origen. Habíamos recuperado el *Nautilus*, así que cada uno cubrió su puesto y seguimos nuestra ruta rumbo al mar de Omán.

Al ver el nuevo destino, Ned Land exclamó:

—¡El golfo Pérsico no es el lugar indicado! ¡No es precisamente viajando en esta dirección que nos acercaremos a Europa y la civilización!

No me privé de opinar acerca de este tema:

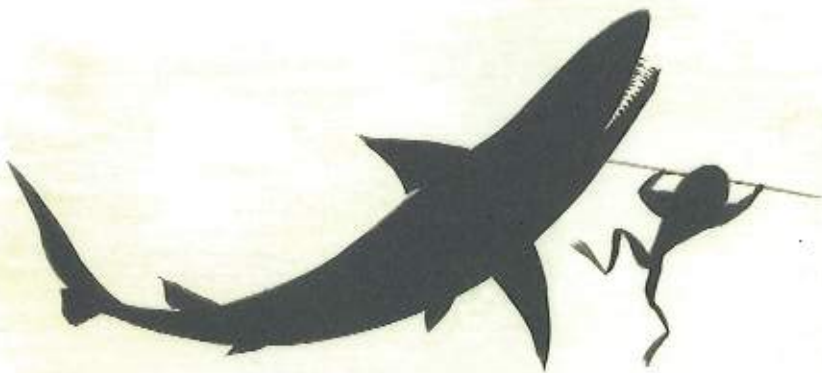
—Así es, pues, pero... ¿estas maravillas submarinas no lo conmueven?

En lo que a mí respecta, me entristecería dar fin a este viaje que tan pocos hombres habían tenido la suerte de emprender...

—¿Sabe usted, profesor, que hace casi tres meses que estamos prisioneros en este submarino?

—No, no lo sé, yo no cuento ni los días ni las horas...

En resumen, no estábamos en la misma longitud de onda. Cansados, no intercambiamos más que breves comentarios, y vimos desfilas frente a nuestros ojos los paisajes de las costas del mar de Omán. Durante el trayecto, admiramos las ciudades árabes de Mascate, Aden y Moka, dominadas por numerosos minaretes. A principios de febrero, comenzamos a navegar sobre las olas del mar Rojo.



El sol jugaba sobre la superficie poco profunda y dejaba ver las infinitas variaciones de corales multicolores que hacían de este lugar uno de los más extraordinarios del mundo.

Un mañana, el capitán Nemo me llamó para que estudiara varios mapas marinos que había desplegado sobre la gran mesa del salón.

—Quisiera mostrarle algo, profesor. Al mirar estos mapas, ¿se imagina que pasado mañana estaremos en el mar Mediterráneo?

—No creo que sea posible. Tendríamos que atravesar parte de África y atravesar el cabo de Buena Esperanza.

—¿Pero quién le ha dicho que eso es necesario? Tengo un secreto. Después de muchos viajes he descubierto un paso que todos ignoran. Se trata de un paso subterráneo. La naturaleza ha creado un estrecho túnel submarino que parte cerca de Suez y desemboca en el mar Mediterráneo, no lejos de Puerto Saíd.

Me quedé callado. El capitán Nemo había dicho la verdad. El 11 de febrero, nos admitió en la cabina de navegación. Pocos hombres trabajaban allí, pero con una concentración extrema.

Estábamos a menos de diez metros de profundidad, la velocidad de la hélice se encontraba considerablemente reducida.

Observé en silencio cómo pasábamos frente a la alta muralla rocallosa del fondo del golfo de Áqaba. Una gran galería, negra y profunda, se abría frente a nosotros.

Un susurro poco habitual se escuchó alrededor del submarino: eran las aguas del mar Rojo que ingresaban a la boca del túnel que conducía al mar Mediterráneo. El *Nautilus* seguía el curso de la corriente, rápido como una flecha. Sobre las murallas estrechas del paso, las luces de *Nautilus* formaban franjas de fuego. A las diez y media de la noche, el capitán Nemo dejó el timón y se dirigió hasta donde yo estaba.

—Profesor, ¡nos encontramos en las aguas del Mediterráneo!

En un poco más de una media hora, el *Nautilus*, empujado por la corriente, había atravesado el istmo de Suez.

Pero si bien yo no salía de mi admiración, mis compañeros, que me esperaban en el salón, no compartían mi entusiasmo.

—Todo es muy bonito, claro —suspiró Ned—. Pero no cambia en nada nuestra situación.

—¿Y qué piensa hacer, entonces, Ned?

—Ahora que estamos muy cerca de sus costas europeas, esperaremos a que caiga la noche para largarnos de aquí.

Al parecer, Ned había logrado convencer a Conseil de que lo acompañara. Sin embargo, para mí era impensable perder a mi sirviente en la aventura.

Le pregunté a Ned:

—¿Intentará salvarse nadando?

—O en canoa, después de vencer a los hombres que estén de guardia.

No puede evitar decirles lo que pensaba:

—Para el capitán Nemo, queda fuera de toda cuestión que vayamos a contarle a alguien acerca de nuestra aventura. Sin duda, se ocupará de prevenir a los guardias si el *Nautilus* se acerca a las costas inglesas o francesas...

Mientras tanto, el submarino se dirigía hacia el noroeste.

Atravesamos las aguas del Mediterráneo hasta acercarnos al estrecho de Gibraltar. Allí, a falta de maravillas naturales, pudimos observar las ruinas de las luchas de antaño.

En este lugar, habían sucedido gran cantidad de batallas navales de toda clase. En todas partes, quedaban restos de navíos, galeones cubiertos de algas, anclas, hélices, cañones...

Indiferente, el *Nautilus* siguió su camino hasta llegar al océano Atlántico la noche del 18 de febrero.

Nemo se reunió con nosotros en el salón, evocando un suceso de la historia marítima:



—Señores, ¿el año 1702 significa algo para ustedes? Una armada de galeones españoles cargados de oro y joyas, fue atacada por una escuadra de naves inglesas en la entrada al puerto de Vigo. Y antes de que estos tesoros cayeran en manos de los ingleses, los almirantes españoles prefirieron incendiar sus galcones. Toda la armada se hundió con su incalculable riqueza. Fue aquí mismo.

Levantó la mano y tras decir estas palabras, se abrieron los paneles del salón, dejando frente a nosotros un escenario escalofriante: alrededor del Nautilus, sobre el fondo de arena, un grupo de hombres con escafandras trabajaba alrededor de los cofres en medio los restos ennegrecidos.

Cascadas de oro y joyas se escapaban de los cofres: la arena estaba cubierta de alhajas y monedas. Cargados con este botín, los hombres se dirigieron al *Nautilus*.

Así, a cientos de metros de profundidad, el capitán Nemo atesoraba todos los millones que le eran necesarios... Tanto aquí como en los sitios de otros naufragios, era el heredero de todos los tesoros que el mar se había tragado.

—¿Comprenden mejor ahora, señores, de donde obtengo mis ingresos? Quédense tranquilos, no los uso para fines personales, sino para ayudar a quienes lo necesitan.

Este espectáculo nos dejó soñando. Pero al día siguiente, mientras que nos encontrábamos sumergidos en el Atlántico, el capitán consideró oportuno invitarnos a ver el más sorprendente de los descubrimientos submarinos.

De hecho, se veían llamas sobre el mar. De la boca de un volcán aún encendido, surgían chorros de lava.

Pero eso no era el más extraordinario de los sucesos.

Ante nuestros ojos apareció una ciudad antigua destruida con techos hundidos, templos derrumbados y columnas derribadas.

Allí, los restos de un acueducto, los vestigios de los muelles de una ciudad portuaria; aquí, una especie de Partenón y toda una Pompeya que nuestro anfitrión nos presentaba. Nemo tomó una piedra y dibujó sobre una roca basáltica las letras siguientes:

ATLÁNTIDA

Sin duda, estábamos en el lugar más legendario de todos, en la ciudad sumergida sobre la que tanto habían hablado los historiadores desde la Antigüedad.

No puede evitar tocar estas ruinas ancestrales. No podía creer que mis pies pisaban las calles adoquinadas de este mundo desaparecido. Hubiera querido recorrer este continente que se había perdido bajo las aguas en medio de Europa y las Américas.

El capitán Nemo, inmóvil ante este espectáculo, parecía sumido en un profundo sueño. ¿Acaso pensaba en esas generaciones perdidas, añoraba la opulencia de la Antigüedad, soportaba tan mal la vida moderna?

Al cabo de una hora de contemplación, dio señales de volver a la realidad. Como un pájaro empujado por el viento, el *Nautilus* pasó diez metros por encima de la Atlántida.



Hasta el último segundo, inundé la vista en estas tierras asoladas por el cataclismo, estas ruinas cubiertas de algas que a lo lejos evocaban su pasado esplendor. Desde nuestra captura, habíamos recorrido unos trece mil kilómetros bajo el mar.

Durante los quince días que siguieron, me pregunté por qué el capitán Nemo seguía tanto tiempo encerrado en la cabina, aparentemente, preso de una grave melancolía.

En cuanto a Ned Land y Conseil, veían con desesperación como el *Nautilus* se introducía en el mar, lejos de tierras civilizadas.

La monotonía de la vida a bordo parecía cada vez más insoportable al arponero, acostumbrado a una vida libre y activa. Sin embargo, había comenzado a hacer frío, mucho, ya que avanzábamos hacia el sur rumbo al polo.

El 13 de marzo cruzamos los primeros glaciares, bloques solitarios y azulados. Pero cuanto más descendíamos, mayor era la cantidad de islas flotantes y heladas. Dirigiendo el submarino con precisión, Nemo evitaba los desafíos con habilidad. Algunos glaciares tenían varios kilómetros de largo y una altura entre setenta y ochenta metros sobre la superficie.

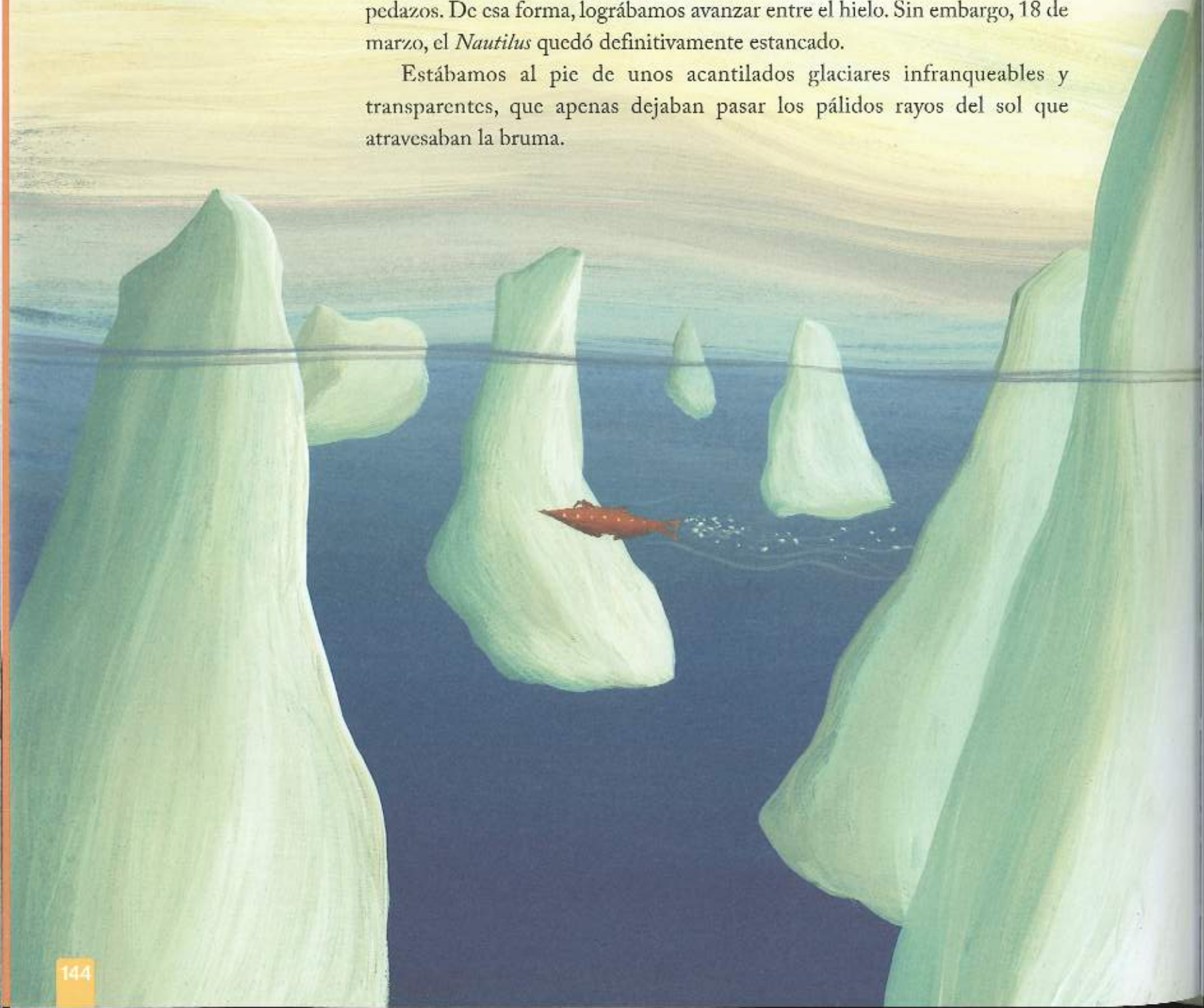


El 16 de marzo, el *Nautilus* cruzó el círculo polar antártico. Estábamos rodeados de glaciares por todas partes, de tal forma que quedábamos prácticamente encerrados entre ellos.

El 17 de marzo, el mar congelado obstruyó nuestra ruta. Pero estos obstáculos no detenían al capitán Nemo.

A veces, hacía que el *Nautilus* chocara contra estos bloques de hielo. El espolón del submarino golpeaba esta masa helada que se deshacía en mil pedazos. De esa forma, lográbamos avanzar entre el hielo. Sin embargo, 18 de marzo, el *Nautilus* quedó definitivamente estancado.

Estábamos al pie de unos acantilados glaciares infranqueables y transparentes, que apenas dejaban pasar los pálidos rayos del sol que atravesaban la bruma.



—Ya ven, su capitán se ha quedado varado —dijo con enojo Conseil.

— Me ha afirmado lo contrario. Quiere ir hasta el polo —contesté.

Ned Land puso a reír, lo que no sucedía a menudo.

—¿Y cómo, en un dirigible? ¿Es una broma?

Me limité a repetir lo que el capitán me había confiado:

—No por vía aérea, sino por las rutas que franquean los hielos. Me dijo que puede encontrar corrientes marinas más cálidas que impidan que el agua se congele.

Lo que no les detallé, en cambio, fue que existía un gran riesgo que el capitán Nemo no había tenido en cuenta. ¿Cuántos días podría el submarino permanecer bajo el agua sin renovar su suministro de aire?

¿Sobreviviría su tripulación? Ya no quedaba tiempo para hacer planteos. Una decena de hombres armados con picos quebraban el hielo que rodeaba el Nautilus, para permitirle hacer una gran zambullida en el agua.

Finalmente llegó la noche: las grandes maniobras polares pudieron comenzar. Fue necesario descender a menos trescientos metros para pasar por debajo de los cimientos de hielo polar.

Entonces, siguiendo el meridiano que conducía al polo, avanzamos con lentitud.

Traté de dormir. De vez en cuando, me despertaba por un golpe. Sentía que el submarino intentaba regresar a la superficie, luego sentía que volvíamos a caer hasta el fondo del mar.

La capa de hielo era demasiado dura, demasiado gruesa. Era necesario continuar cada vez más lejos hacia el sur.

Durante las doce horas que siguieron, el casco superior del Nautilus chocó varias veces contra la muralla que lo separaba de la superficie. Los instrumentos de medición nos indicaban que alcanzaba, a veces, novecientos metros de espesor.

La noche siguiente, a las cuatro de la mañana, un gran conmoción azotó el submarino.

Me balanceé en mi sofá, y todo el salón quedó colgando en un ángulo de cuarenta grados. Escuché que alguien corría por los pasillos. Aferrándome a los objetos fijos de la decoración, salí del salón para averiguar qué pasaba; cuando finalmente logré cruzarme con el capitán Nemo, un poco más tarde, me explicó la situación:

—Un enorme bloque de hielo se dio vuelta y cayó sobre nosotros. Estamos atrapados. Y solo tenemos aire para veinticuatro horas.

En el momento en que pronunció estas palabras, sentí que el aire que ingresaba a mis pulmones era más seco, menos puro, muy cargado de monóxido carbónico.

—¿Tenemos una solución?

—Poco a poco... El hielo rodea el *Nautilus*, así que no podemos hacer nada por ahora.

Pero estoy pensando. Afortunadamente, pensaba rápidamente.

La solución que imaginaba el capitán me pareció imposible de aplicar, y puesto que el tiempo pasaba, cada vez había menos oxígeno. Deseé de todo corazón que lográramos salvarnos.

El capitán ordenó que las bombas de submarino aspiraran el agua de mar, la que luego se llevó a ebullición mediante resistencias eléctricas, para después librarla bajo presión contra las paredes de hielo.

Así pues, poco a poco, gracias a estos proyectiles de agua hirviendo, el *Nautilus* pudo recuperarse y avanzar lentamente hacia la superficie.

Abracé con fuerza a Conseil, pero no demasiado, pues nadie quería sofocarse. Ambos abrimos los pulmones a más no poder para poder tomar al menos un poco de aire. Más tarde nos quedamos dormidos, sintiendo cada vez más pesadas nuestras cabezas, casi más desmayados que adormecidos.

Me desperté algunas veces para echar un vistazo a los instrumentos de medición. Cerca de las seis de la mañana, solamente sesenta metros de hielo nos separaban aún de la superficie. A las ocho, se abrió la puerta del salón, y el capitán Nemo hizo su entrada triunfal.

—Hemos regresado a la superficie. ¡Podemos navegar libremente!
—anunció.

Su mirada reflejaba una intensa alegría.

Los sistemas de ventilación nos enviaron un aire finalmente renovado, nuevo y fresco, helado, pero delicioso. ¡La felicidad de respirar libremente! Recobramos las fuerzas.

El hombre se reponc rápidamente a las carencias que ha sufrido: apenas una hora más tarde estábamos listos para emprender el recorrido por la orilla virgen.

Me vestí de prisa. Hacía tanto frío que fue necesario que usáramos pieles de focas y pieles de osos. Por eso, le pregunté al capitán :

—¿Estamos en el Polo?

—Será necesario que caminemos un poco...

Lo seguí por la plataforma externa. Al pie del *Nautilus*, se extendía una pequeña playa de arena negra. Contra toda expectativa, había de la vida aquí: moluscos, pájaros y pingüinos.

Tuvimos que caminar unos diez minutos sobre el suelo volcánico e inestable antes de que nos detuviéramos con Nemo y su equipo.

—Señores, la tierra que pisamos se encuentra ubicada exactamente en el polo sur de nuestro planeta. ¡Y somos los primeros que la recorremos! ¡Por eso tomo posesión, en nombre del *Nautilus* y de mis hombres, del continente antártico!

Posteriormente, se celebró una breve ceremonia durante la cual todos nos abrazamos antes de regresar a bordo del submarino.

Con el capitán Nemo, todo era a la vez simple y cargado de emoción.

A lo largo de las tres semanas que siguieron, pudimos continuar sin tener que enfrentar nuevos peligros u otro descubrimiento excepcional.

Con tranquilidad, recorrimos el océano Atlántico, lejos las costas de América del Sur, desde Tierra del Fuego y la Patagonia hasta las Antillas.

Y si bien yo estaba muy entusiasmado con nuestra expedición, Ned Land cada vez se sentía más desalentado, y el valiente Conseil apenas si soportaba el encierro. Cuando nos aproximamos a la costa americana, sus deseos de huir fueron cada vez más fuertes.

Yo mismo empecé a hacerme preguntas. Aunque el capitán Nemo se sintiese a gusto en las profundidades del mar, no era lo mismo para mí. Yo no había roto con el resto de la humanidad. Aún tenía sed de aprender y de exponer mi saber, escribiendo, por ejemplo, el relato de la aventura.

Un día en el que atravesábamos los altos acantilados submarinos que sirven de base a las islas Bahamas, Ned Land observó por el ventanal del salón un enjambre formidable de animales que encontraba bajo las rocas, a través de las algas y los fucus gigantes.

—Calamares, creo, pulpos gigantes.

Los animales eran impresionantes, sus tentáculos tenían una veintena de metros de largo. Conseil tembló. Entonces, uno de esos calamares monstruosos se acercó y pegó los ojos, los tentáculos y el hocico sobre el otro lado del ventanal del salón.

—¡Qué bestia espantosa! —gritó Conseil.

—¿Sabes que cada uno de sus tentáculos cuenta con doscientas cincuenta ventosas?

—No quería saberlo, pero ahora lo sé.

Pronto otros calamares se sumaron al primero. El conjunto formó una escolta terrible alrededor del *Nautilus*. Sonreímos algunos minutos antes de que el ritmo del submarino comenzará a hacerse más lento.

Conseil, Ned y yo escuchamos con atención: las hélices del *Nautilus* estaban detenidas.

Con paso rápido, me dirigí hasta la cabina de navegación donde se encontraban el capitán Nemo y el timonel.

—¿Pasa algo malo? —pregunté.

—¿No se ha dado cuenta, profesor, de que tenemos una bella colección de pulpos? Me temo que uno de estos animales se ha trenzado con uno de sus tentáculos alrededor de nuestra hélice principal. Vamos a tener que salir para resolver este asunto. ¿Nos da una mano?

—¡Por supuesto!

Ocho de nosotros, armados de hachas, junto con Ned Land, quien prefirió su arpón, salimos en busca de una solución.

Cuando el *Nautilus* volvió a la superficie, uno de los marineros comenzó a aflojar las tuercas del panel de la cabina superior, pero no tuvo tiempo de terminar.

El panel se levantó de pronto, empujado por las poderosas ventosas de un tentáculo esponjoso. El capitán Nemo le dio un golpe de hacha al tentáculo.

Pero sin darnos tiempo para reaccionar, surgieron del agua dos tentáculos más que atraparon a uno de los marineros y lo sacudieron en el aire como si fuese un trofeo.

El desafortunado, aspirado por los ventosas, era sacudido a gusto de esta enorme trompa, y gritaba sin parar.

Todos nos abalanzamos sobre la criatura y disparamos las armas que teníamos a mano, pero no logramos salvarlo.

Aunque le habíamos amputado casi todos los tentáculos, el monstruo echó marcha atrás y se llevó al marinero.

Sobre la plataforma, continuaba la lucha. Había trozos de tentáculos sobre la cubierta, un olor asqueroso a carne rebanada lo invadía todo. Y el más grande de los calamares gigantes casi atrapó al valiente Ned Land.

Esta vez, Nemo tuvo que golpear el hacha sobre el cráneo de la bestia hasta partirlo por la mitad.

—Le debía esta revancha —dijo, dirigiéndose al arponero—. Creo que nos hemos librado de estas bestias horrendas.

Tras este combate, rojo de sangre, el capitán permaneció durante un largo rato sobre la plataforma, con los ojos perdidos en el vacío, mirando hacia las profundidades, donde había muerto uno de sus hombres.



Libre de los tentáculos que había detenido su hélice, el *Nautilus* retomó la ruta, errante, mientras que el capitán, desorientado, no lograba dar con un rumbo fijo. Como si, en relación al drama que acababa de ocurrir, nada fuese demasiado importante.

Recorrimos las costas americanas, empujados por la corriente del Golfo, esa corriente de agua cálida que al igual que un río fluye bajo el mar. Nemo había pasado a ser casi invisible, casi no salía de su cabina. Había perdido peso, no hablaba. Me pareció que ya era hora de pedirle una explicación.

—¿Qué quiere?

—Hace siete meses, señor, estamos a bordo de su submarino, y queremos saber si su intención es retenernos para siempre.

—Señor Aronnax, ya se lo he dicho. Quien entre en el *Nautilus* no debe volver a salir de él.

Me pidió que saliera de su camarote. La conversación había terminado, regresé con mis compañeros. Pero el tiempo pasaba, y su idea de huir me parecía ahora razonable.

Continuamos hasta la desembocadura del río San Lorenzo, para luego continuar hacia Terranova. ¿Llegaríamos a Inglaterra?

El capitán Nemo, cada vez que estábamos en el aire libre, subía a la plataforma y observaba con su sextante, para luego mirar la brújula.

Buscaba algo.

Cuando escuché todas las máquinas del *Nautilus* detenerse, me dije a mí mismo: «Eso es, Nemo ha encontrado lo que buscaba».

En efecto, algunos minutos más tarde, me invitó a un nuevo espectáculo: los restos de una nave.

—Hoy se cumplen setenta y cuatro años, desde que este barco francés, el *Vengeur*, fue atacado por la marina inglesa. La tripulación de trescientos cincuenta y seis marineros prefirió ahogarse antes que rendirse. Desaparecieron bajo las olas mientras gritaban «¡Viva la República!».

Era evidente que este suceso había marcado al capitán, que no había sido un mero capricho el que lo había alejado de los hombres, sino un odio abominable que el tiempo no lograba debilitar.

Esto se confirmó algunos días más tarde, cuando nos sorprendió el disparo de un cañón.

—¡Es un buque de guerra! —observó Ned Land, que se aferraba contra mí sobre la plataforma, y que miraba como se acercaba la embarcación.

—¡Avanzan hacia nosotros! —exclamé, volviendo la cabeza sobre los hombros.

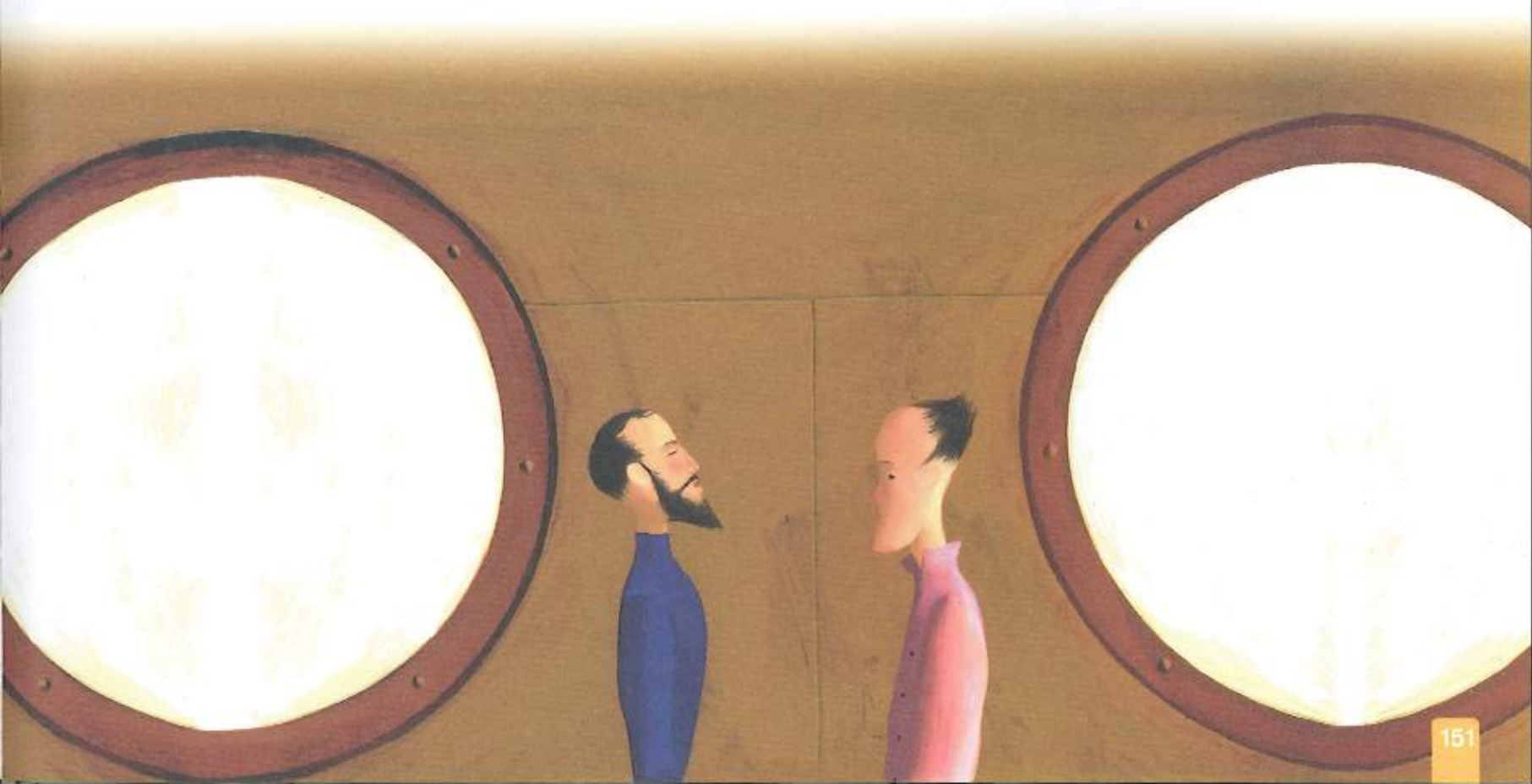
—Sin duda han reconocido el submarino y saben que su capitán librará batalla contra el resto del mundo.

El buque de guerra estaba a menos de tres millas de distancia. Las balas que no nos alcanzaban chocaban contra las olas a nuestro alrededor. Con prudencia, el capitán ordenó que el submarino se sumergiera bajo las aguas del mar.

—Han hecho bien en regresar. Ese barco fue demasiado lejos, me veo obligado a hundirlo —nos dijo el capitán al cruzarse con nosotros cerca de la cabina de navegación.

—No hará nada de eso.

—Lo haré. Me han atacado, mi respuesta no tendrá piedad.



Intercambié una mirada con mis compañeros. La proximidad de este barco era una oportunidad para huir. Cuando llegara la noche, podríamos atacar a los hombres que montaban guardia, robar un bote y remar hasta allí. Si Nemo nos daba tiempo, claro. Lamentablemente, antes de la noche, pasó lo peor.

Después de que se nos ordenó ir a nuestros camarotes, notamos que la velocidad del *Nautilus* aumentaba, hasta que hubo un choque brutal.



Era evidente que el submarino había perforado la cubierta del navío enemigo. Salí corriendo de mi camarote y corrí hasta el ventanal del salón. El capitán Nemo estaba allí, mudo, sombrío, implacable, observando el terrible espectáculo que había provocado. Una masa enorme se hundía bajo las olas, la cubierta aún plagada de sombras que se agitaban.

Cuando todo terminó, el capitán se dirigió hacia un rincón del salón donde había dos paneles cubiertos con telas. Se trataba de una dos retratos: el de una mujer aún joven y el de dos niños. Nemo se arrodilló, extendió los brazos hacia ellos y comenzó a llorar.





Epilogo



Finalmente, fue gracias al maelström, el gran remolino de la costa noruega, que logramos escapar. Después de ese ataque, Nemo y su tripulación dejaron de vigilarnos tan de cerca.

Aprovechando la tormenta que se desencadenó sobre el Atlántico norte, aprovechamos que los marineros del *Nautilus* estarían concentrados en el huracán, y que podríamos escapar de nuestra prisión y de nuestros guardias.

—El viento será violento, las olas se desatarán con brutalidad, el mar podría tragarnos —le dije a Ned y Conseil.

—Yo prefiero morir antes que no intentarlo —afirmó Ned, apretando los puños.

Habíamos llegados a esa franja del mar que separa el norte de Escocia de las islas Feroe. La tormenta era aún peor que lo que habíamos imaginado. Las olas tenían una altura de cerca de ocho metros, el viento era terrible.

—Esta depresión ahonda el océano como si estuviéramos en el fondo de un lavatorio —dijo Conseil, entre dientes, cuando llegamos a la plataforma del *Nautilus*.

—Esto es similar a la boca de un maelström —murmuré, pensando que había llegado nuestra última hora.

Ned Land estaba decidido:

—¡Tenemos que seguir! ¡Al menos no tratarán atraparnos!

Con gran esfuerzo, logramos desenganchar uno de los botes del *Nautilus*, y pronto nos vimos atrapados en la vorágine del remolino del maelström.

El remolino nos llevó consigo a una velocidad vertiginosa. Me golpeé contra algo y perdí el conocimiento. Al menos así logré evitar confrontarme a la visión de mi propia muerte en el fondo insondable del océano. Cuando desperté, me encontré postrado en la cabaña de un pescador de las islas Lofoten, en Noruega.

Nunca he comprendido por qué clase de milagro estos pescadores nos encontraron allí, salvándonos de desaparecer con el remolino. Pero sin ellos, me hubiera llevado al otro mundo todo este relato. Quiero decir, todo lo que vivimos durante esas largas semanas a bordo del *Nautilus*.

¿Me crecerán? Tal vez sí, tal vez no. Pero poco me importa. Yo sé lo que mi memoria me cuenta. ¿Qué fue del *Nautilus*? ¿Resistió a los embistes del maelström? ¿Qué representaban los retratos de la sala? ¿Aún vive el capitán Nemo? ¿Continúa sus extraordinarias represalias submarinas? No lo sé.

Todo lo que le deseo a él, gracias a quien viví la aventura más prodigiosa que se pueda imaginar, es que el contemplar las maravillas del mar haga tierno su corazón y extinga su afán de venganza.

FIN DEL VIAJE



Verne, Julio

Los viajes fantásticos de Julio Verne / Julio Verne ; adaptado por Claude Carré ; ilustrado por
Éric Puybaret. - 1a ed. , 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2018.
160 p. : il. ; 29x25 cm.

Traducido por: Marcela García Henríquez de Sury
ISBN 978-950-02-0887-1

1. Literatura Infantil Francesa. I. Carré, Claude, adapt. II. Puybaret, Éric, ilus. III.
García Henríquez de Sury, Marcela, trad. IV. Título
CDD 843.928 2

Los viajes fantásticos de Julio Verne

Título original: *Les Voyages Fantastiques de Jules Verne*

Autor: Julio Verne

Adaptador: Claude Carré

Ilustrador: Éric Puybaret

Traductora: Marcela García Henríquez de Sury, para Boutique Editorial – www.boutiqueeditorial.com

© Éditions AUZOU, París (Francia), 2014, *Les Voyages Fantastiques de Jules Verne*

ISBN 978-950-02-0887-1

Primera edición: octubre de 2016

Primera reimpresión: abril de 2018

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@clatenco.com - www.editorialelateneo.com.ar

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Impreso en China.







Los viajes Fantásticos de Julio Verne

Adaptación de Claude Carré
Ilustraciones de Éric Puybaret

Sumérgete en cinco historias extraordinarias a través de las cuales descubrirás el universo increíble de Julio Verne. El maestro indiscutible de los relatos de aventuras fantásticas despliega una grandiosa imaginación y una visión adelantada a su época, describiendo despegues en un cohete rumbo a la Luna, descensos a las profundidades de la Tierra, expediciones científicas a bordo de un mítico submarino y recorridos alrededor del mundo en elefante, trineo, tren, barco y... ¡mucho más! ¡Apenas abras este libro, partirás de viaje con sus inolvidables personajes!

Los viajes fantásticos de Julio Verne

Cinco semanas en globo
La vuelta al mundo en ochenta días
Alrededor de la Luna
Viaje al centro de la Tierra
Veinte mil leguas de viaje submarino